

Grazia Deledda

EL PUEBLO DEL VIENTO

Seguido por
LA LUNA DE MIEL



Estudio preliminar y traducción
María Virginia Di Pietro

Editorial Biblos
CLÁSICOS UNIVERSALES

EL PUEBLO DEL VIENTO

**Seguido por
LA LUNA DE MIEL**

GRAZIA DELEDDA

Estudio preliminar y traducción
María Virginia Di Pietro

Editorial Biblos

Deledda, Grazia

El pueblo del viento. Seguido por La luna de miel / Deledda, Grazia. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2017
Libro digital, EPUB

Traducción de María Virginia Di Pietro.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-691-597-7

1. Novela. I. Di Pietro, María Virginia, trad. II. Título.
CDD A863

Títulos originales: *Il paese del vento* (Nuoro, Il Maestrato, 2016) y “La luna di miele”, en *Versi e prose giovanile* (Milano, Fratelli Treves, 1938)

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

Imagen de tapa: *Landscape with Windmill*, Yale Center for British Art, Paul Mellon Collection

Conversión a formato digital: Libresque

© De la traducción: María Virginia Di Pietro, 2017

© Editorial Biblos, 2017

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por

cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446

ESTUDIO PRELIMINAR

MARÍA VIRGINIA DI PIETRO¹

VIDA Y OBRA DE GRAZIA DELEDDA

Grazia Deledda nació en Nuoro, una ciudad en la isla de Cerdeña, Italia, el 27 de septiembre de 1871, dentro de una familia con buena posición económica. Su padre, Giovanni Antonio, era propietario de tierras y se dedicaba al cultivo; comerciaba azúcar, queso y lana, además de carbón. Su madre, Francesca Cambosu, veinte años más joven que su esposo, podría verse como una fiel representante de las mujeres de la civilización rural sarda. En la novela *Cósima*, la escritora la describe como una mujer “de rostro pálido, de nariz un poco aguileña, la boca algo mustia y los cabellos grises: ni joven ni vieja, como siempre la había conocido la niña; ni alegre ni triste, casi impasible y casi enigmática” (Deledda 964).

El recuerdo infantil de la autora reconoce el afecto callado y silencioso del amor maternal frente al padecimiento de una angina infantil:

Yacía en la cama del cuarto del piso bajo, y en los momentos de lucidez, observaba el rostro pálido de la madre inclinarse sobre el suyo, y percibía una sensación de frescura como si la acariciara una ninfa húmeda. 970)

Tuvo dos hermanos, Santus y Andrea, y cuatro hermanas, Vincenza, Giovanna, Giuseppa y Nicolina. Quienes recibieron una instrucción más

completa fueron los varones, tal como lo pautaba la época, y a las mujeres se les permitió estudiar hasta el cuarto grado del nivel elemental. Esta situación llevó a Grazia a nutrirse de los libros que traían sus hermanos y a leerlos con avidez, además de las revistas literarias de moda que llegaban a su alcance.

Debió vivir experiencias tristes, a veces traumáticas, como la muerte de dos de sus hermanas: Giovanna, a los seis años, y Enza, quien murió durante un aborto espontáneo en 1896.

El fallecimiento de su padre, en 1892, provocó un desequilibrio en la intimidad de la familia, tanto en el nivel económico como en el afectivo. Sus dos hermanos generaron inquietantes situaciones: Santus abandonó sus estudios y se entregó al alcoholismo que lo acompañaría toda su vida. Andrea fue apresado por robo y falsificación. En varios textos se recuerdan estas circunstancias dolorosas, encarnándolas en diferentes personajes novelescos o despojados de las vestiduras de la ficción: *Elías Portolu* (1903),² *La hiedra* (1906),³ *Cañas al viento* (1913),⁴ *Cósima* (1937).

En 1895 publicó su primera novela, *Almas honestas*, y al año siguiente, *El camino del mal*, esta última en la editorial Speirani de Turín. A partir de ese momento, no dejó la escritura. En 1900 se casó con Palmiro Madesani y se trasladó a Roma, abandonando la isla. La escritura de sus novelas se sucede de manera constante: *El viejo de la montaña* (1900), *Después del divorcio* (1902), *Elías Portolu* (1903),⁵ *Cenizas* (1904), *Nostalgias* (1905), *La hiedra* (1906), y una serie que continúa el ritmo de producción adquirido.

Luego de un tiempo de permanencia en Roma, la visión nostálgica del mundo sardo se agudizó en estos textos y fue desarrollando una percepción más idealizada de la vida simple y rústica de la isla, aunque nunca dejó de referirse negativamente a las envidias, las maledicencias y los prejuicios que tanto la hicieron sufrir durante su adolescencia. Esos primeros años en Roma fortalecieron su escritura y “con el alejamiento de la isla, pareciera ser más nítido lo peculiar y específico del mundo sardo en su narrativa” (De Giovanni, *Come leggere* 35). Su vida pública era muy limitada. Vivió en la intimidad de su matrimonio y sus dos hijos, acompañados por unos pocos amigos, entre los que se pueden contar a Federigo Tozzi y Marino Moretti. Años más tarde también se incorporó Giuseppe Ungaretti a su círculo.

Entre 1929 y 1935 pasaron sus vacaciones en Cervia, ciudad frente al Adriático. Es en este lugar donde ubica las tramas de muchas de sus historias,

entre las que se encuentra tanto *El pueblo del viento* (1931), así como *La fuga en Egipto* (1925) y *La viña sobre el mar* (1932), donde también se describen paisajes marítimos que concuerdan con esa ciudad.

Desde el punto de vista del reconocimiento a su trayectoria literaria, el más grande suceso fue la obtención del Premio Nobel, en 1926. Para Italia, representó un honor ya que hasta ese momento el único compatriota que lo había obtenido había sido Giosuè Carducci, en 1906. Después de Deledda, lo recibieron Luigi Pirandello (1934), Salvatore Quasimodo (1959) y Eugenio Montale (1976). Ella continúa siendo la única mujer italiana en obtenerlo. Neria De Giovanni relata el efecto que produjo el premio sobre los representantes del gobierno italiano:

El 10 de noviembre Deledda tuvo el anuncio oficial de Estocolmo y cinco días después un telegrama del jefe de Gobierno: “Por favor, le ruego recibir mis congratulaciones en esta hora en la que el mundo consagra vuestra gloria como escritora italiana”. Conjuntamente, un regalo de Mussolini: una foto suya con un marco de plata bruñida y una dedicatoria: “A Grazia Deledda con profunda admiración, Benito Mussolini”. (*Come leggere* 39)

Esta mujer que siempre guardó un perfil bajo, íntimo, sencillo, fue ampliamente reconocida en todo el mundo de las letras. Escribió más de cincuenta obras y en todas sus producciones volcó, además de sus vivencias infantiles del mundo rural sardo, sus experiencias adultas en los ambientes culturales romanos y los paisajes estivales de Cervia.

Murió en Roma el 15 de agosto de 1936.

AUTOBIOGRAFÍA DELEDDIANA

Grazia Deledda escribió dos novelas netamente autobiográficas donde vuelca no solo sus experiencias personales sino también los cambios socioculturales y políticos que fueron muchas veces expresamente criticados por ella. Aun frente a la multiplicidad de puntos de vista sobre el corpus de la escritora

sarda -Eurialo De Michelis y Mario Miccinesi la ubican entre el verismo y el decadentismo-, se puede afirmar que existe en Deledda una interpretación minuciosa de la antropología de la cultura y de las costumbres; así lo indican las perspectivas críticas de Nicola Tanda y Dubravka Dubravec Labas, que corresponden a una visión más moderna.

La situación histórica y cultural de la mujer en textos ficcionales aporta información valedera para la historia de la vida privada y la historia del tercer nivel de una época.⁶ En los relatos autobiográficos de los siglos XIX y XX, la voz femenina hablaba de la mujer en su entorno familiar, social y cultural. Pero Deledda transgredió lo que se esperaba de ella: su voz se centró en el ámbito rural regional aunque proyectó su mirada hacia enfoques más universales y críticos, manifestando su particular punto de vista.

En efecto, la escritura del yo sirve como instrumento de indagación de una realidad que se manifiesta en un permanente juego dialógico del narrador con su sociedad. Sin embargo, la escritura autobiográfica no posee la misma dimensión de veracidad propia de la historia, aunque no pertenece al “mundo de lo pseudo” (Minellono 3). Por otra parte, “en lo íntimo no reside la verdad de la Historia, sino la vía -hoy privilegiada- para comprender la Historia como síntoma” (Catelli 9). La representación autobiográfica genera una nueva dimensión donde se conjuga la historia con la visión subjetiva de la interioridad de un sujeto individual que, a su vez, se ha nutrido de sus vivencias personales.

El abordaje seleccionado se sitúa en el marco del pacto autobiográfico descrito por Philippe Lejeune, a través del cual el narrador abre sus puertas a una intimidad que se inserta en una realidad social compleja, que el lector asume como verdadera, más allá de que sea consciente de que está aceptando una convención.

Es motivador, en este marco, plantear la posibilidad de analizar la mirada autobiográfica deleddiana, que a inicios del siglo XX se abrió camino y logró una posición reconocida dentro del mundo de la literatura, en una época donde las figuras femeninas comenzaban a posicionarse de manera efectiva: Virginia Woolf, Victoria y Silvina Ocampo, Alicia Jurado, y la misma Grazia Deledda.

La literatura autobiográfica italiana presenta un vasto campo de investigación, muy rico y variado en infinidad de escritores: desde las figuras representativas del siglo XIV, como Dante Alighieri, Francesco Petrarca y

Giovanni Boccaccio, quienes expresaron sus vivencias en obras reconocidas canónicamente, hasta los escritores de épocas más cercanas a nosotros, como Vittorio Alfieri o Gabriele D'Annunzio, entre otros. Sin embargo, se observa un vacío importante de la crítica literaria en cuanto al análisis de la autobiografía femenina italiana, aunque existen manifestaciones importantes en el siglo XX, entre las cuales se podrían nombrar, además de las obras deleddianas, las producciones de Elsa Morante, de Natalia Ginzburg y de Dacia Maraini.

Existe en el siglo XX una necesidad de “decir” problemáticas femeninas, más allá de un límite geográfico. No hay márgenes específicos porque se elabora una mirada crítica sobre la mujer en el ámbito social, urbano y rural. Estas expresiones literarias no pueden prescindir de las transformaciones de los roles generales de la mujer y de las escritoras en particular en el contexto de la gran guerra y en el marco teórico de la postura beligerante de las primeras feministas (especialmente inglesas, francesas y norteamericanas).

En cuanto a la problemática de género, Deledda se posiciona en el marco del feminismo de principios de siglo. Todavía no se había desarrollado metodológicamente la deconstrucción del sujeto. De todas maneras, algunos estudios posteriores serán útiles para clarificar los procesos compositivos de los textos propuestos.

TRAYECTORIA ESTILÍSTICA

Los estudios críticos concernientes a la obra de Grazia Deledda se han enfocado generalmente en la problemática del estilo narrativo y de la corriente literaria donde podría ubicarse la producción de la escritora sarda. Tal es el caso de Eurialo De Michelis, quien en 1938 elaboró un exhaustivo estudio donde analizó las corrientes literarias frecuentadas por Deledda: por un lado, observa un romanticismo tardío, con clara influencia de Alejandro Dumas y de Víctor Hugo, y en referencia a este punto de contacto estilístico, cita las palabras de la escritora: “¡Oh, la pluma, la pluma de Víctor Hugo por una sola hora, para describir estas luchas internas, estas tempestades en un cráneo! Sin ella, ¿quién podrá jamás describirlo? No mi pobre pluma por

cierto” (14); por otro lado, se inclina a una “profundización realista-moral” para pasar luego a la experiencia decadente-simbolista (135).

Dubravec Labas trazó un panorama de los estudios críticos sobre la escritora y observó que otros han analizado su obra a partir de tópicos recurrentes, tales como la moral y el folclore, subrayando el regionalismo presente en sus páginas. En este recorrido crítico se encuentra Giuseppe Petronio, quien afirma de todas maneras que el término “decadentismo” le parecía todavía válido, lo que significa que no se opone a la visión crítica anterior, sino que la enriquece con nuevos aportes, que responden a los movimientos interiores y estéticos de Grazia Deledda.

A partir de la década de 1970, los críticos reconocieron otros aspectos de la obra deleddiana, con su inclusión en el verismo y, asimismo, estudios más actuales se han focalizado en la relación de la escritora con el público y la tradición sarda, pero desde una mirada más atenta a la expresión social y cultural de su contexto histórico.

Tal fue el caso de Olga Lombardi y de Nicola Tanda, un estudioso de las tradiciones de la isla, que fundamenta su análisis en los aspectos geográficos y la relación de los escritores sardos con su tierra. Tanda retoma la idea de Alberto Asor Rosa y sustenta sus estudios sobre la “base antropológica de la literatura” (9). Se sitúa así en el mundo cultural de la isla que vio nacer a Grazia Deledda, y afirma:

Si se considera que el sistema literario nacional se ajusta y se consolida con la unidad de Italia y se especifica en los subsistemas de las diferentes culturas regionales, se puede con razón sostener que el subsistema regional sardo, que insiste sobre la cultura y la lengua sarda, se comporta y funciona desde lo interno hacia lo externo como un verdadero y propio diasistema lingüístico y literario. (13)

A su vez, Neria De Giovanni, en *“Europea” Identità e scrittura*, aborda los textos deleddianos desde diversas perspectivas, entre las cuales plantea una lectura que interesa particularmente para este trabajo, que es la de la escritura femenina, a través de la cual relaciona diversas voces literarias europeas para analizar las representaciones comunes, los imaginarios y las sensibilidades factibles de ser confrontadas unas con otras.

En cuanto a la autobiografía, existen estudios recientes que han analizado

el género en *Cósima* (1937), la novela inconclusa de Grazia Deledda publicada luego de su muerte, que escribió en tercera persona pero sin ocultar su carácter testimonial. Sin embargo, no se la ha estudiado de manera conjunta con *El pueblo del viento* (1931), otra de las novelas de su madurez, perteneciente a los relatos que se inspiran en los paisajes de Cervia, la ciudad balnearia de la región de Emilia-Romaña (Ricci y Gagliardi 33). Según el pacto autobiográfico de Lejeune, el texto se caracteriza por la narración en primera persona de la protagonista.

Aún no ha sido estudiada en Grazia Deledda la trama testimonial que se sustenta en las experiencias de un amor infortunado vivido por la joven escritora cuando todavía habitaba en Nuoro. En este sentido, la investigación que realizó Anna Folli a partir de la recopilación de las cartas que la escritora envió a su amigo Stanislao (Stanis) Manca entre 1891 y 1909 abre un campo significativo para el estudio.

Folli analizó la relación tempestuosa que osciló entre la idealización y la desilusión, entre la admiración y la vergüenza por su experiencia afectiva.

Deledda aborda la prefiguración autobiográfica de Jean Starobinski en *El pueblo del viento*, producción perteneciente al período de su madurez como escritora. A través de la correspondencia recuperada por Anna Folli, se podría asociar *El pueblo del viento* con la relación establecida entre Deledda y Manca. La distancia cronológica existente entre las cartas de la juventud y la escritura de *El pueblo del viento* aporta una mayor decantación en la tarea compositiva, y permite alcanzar un alto nivel de simbolismo y depuración de las vivencias personales despojadas de la pasión juvenil.

EL PUEBLO DEL VIENTO: TRANSFORMACIONES LITERARIAS DE UN AMOR INFORTUNADO

Diálogos epistolares: Stanis Manca y Grazia Deledda

Cuando Deledda tenía diecinueve años comenzó a mantener una correspondencia regular con un crítico del diario *La Tribuna* de Roma, que

había nacido en Cerdeña y compartía con la escritora el amor por la tierra; se llamaba Stanislao Manca y pertenecía a una familia aristocrática de la isla. Este joven escritor, periodista y crítico literario fue durante varios años su gran amor, un amor que pasó por diversas etapas y estados anímicos cambiantes, desde la ilusión y la esperanza hasta la más profunda humillación. Con él compartían ideas acerca de temas y proyectos literarios, juicios sobre lecturas que estaban realizando sobre la sociedad sarda y también de cuestiones estéticas y existenciales más generales.

Esta correspondencia abre un campo interesante para el análisis de las representaciones autobiográficas de la escritora. Stanis Manca era alto y rubio, de contextura grande, lo que provocó en Deledda el epíteto de “*gigante biondo*”, con el cual alude al joven en su novela *Cósima*; esa misma expresión dio el título al estudio de Anna Folli sobre el epistolario. La estudiosa italiana trabajó la relación fluctuante de ambos escritores sardos y rescató de las cartas el paulatino enamoramiento que se refleja en cada una de las misivas de la joven escritora. Muchas veces se hace referencia a comentarios cariñosos de Manca hacia ella, lo que supone un acercamiento mutuo. La creciente sensación de cariño entre ambos continuó hasta la visita que el crítico literario anunció a su amiga. Además, se enviaron retratos. La joven llegó a pensar que Manca venía a proponerle matrimonio, y así se lo comentó a su amigo Angelo de Gubernatis en una carta fechada el 27 de septiembre de 1893:

En el mes de mayo del 91, un joven periodista sardo que reside en Roma, y que pertenece a la más aristocrática y tradicional familia sarda, actualmente en decadencia, me escribió solicitándome un artículo sobre Nuoro. Le respondí. Me volvió a escribir y una vez más yo le contesté. Una profunda amistad creció entre nosotros y nos intercambiamos nuestros retratos. E incluso, ¡él comenzó a cortejarme! Sin ser nunca explícito, sin escribir nunca una rotunda palabra de amor, me hizo comprender en cada línea que me adoraba. Yo era demasiado ingenua dos años atrás, y soñaba mucho. De esa manera, resulta fácil comprender cómo me enamoré de él. ¿Por qué? Aún no lo sé y nunca me lo he podido explicar. Ha sido una gran ilusión que pesará siempre sobre mi vida. Me enamoré de él sin haberlo visto, me enamoré aunque fuese la negación completa de mi ideal: él era noble, rubio, robusto, artista mediocre... Pero ¡qué sueños, qué visiones, qué ilusiones,

amigo mío! Sus cartas, sus esquelas, se volvían cada vez más apasionadas: en septiembre viajó a Nuoro para conocerme. ¡Yo estaba segura de que venía a pedirme como esposa, y en lugar de ello...! O no le agradé, o se disgustó por mi entorno humilde, o lo intimidó el recibimiento que le di -muy amable pero poco entusiasta, para no traicionarme y dejar ver mis sentimientos-. Después de ese momento, se volvió frío y poco a poco dejó de escribirme. Cayeron mis ilusiones, los sueños, las esperanzas, pero continué amándolo. Un amor muy triste, muy amargo y humillante para mí, que afectaba mi constitución frágil y nerviosa y me destruía. Más que por amor, mi agonía surgía de la humillación. (Deledda, *Lettere ad Angelo* 63-64)

En efecto, el destino fue desafortunado. Muchas cuestiones los separaban: diferencias sociales, culturales y la mala impresión que causó que el crítico la rechazara al conocerla.

Folli editó 41 cartas de las cuales cerca de la mitad fueron escritas entre mayo de 1891 y agosto de 1892. En septiembre de 1891 se llevó a cabo la visita aludida. Todavía el 8 de octubre de ese año Deledda no había recibido ningún comentario negativo de su amigo y continuaba esperanzada con la relación: “Pero el futuro es nuestro. Como usted me escribe, y quién sabe si un día no recorreremos y admiraremos juntos los montes y los valles de nuestro gran Logudoro” (Folli 81).

Las cartas posteriores al encuentro (22 de octubre y 30 de noviembre de 1891) instalan un tenso silencio que se hace evidente por los comentarios que Deledda vuelca en sus cartas: “Mi buen amigo: hace diez o doce días que le escribí una carta [...] pero me temo que no la haya recibido” (Folli 82). La carta siguiente plantea aún la misma línea discursiva: “Mi selecto amigo: en el mes de octubre le escribí dos veces, la primera en realidad le envié un estudio sardo para la T.I., pero como temo que no ha recibido mis cartas tengo el placer de escribirle aún” (85).

De manera velada, todavía Deledda manifiesta su afecto; en esa misma carta, comenta:

Perdone a vuestra pequeña amiga que calla siempre, y piense que si le escribe así es porque tiene mucho afecto por usted. No sé por qué, pero cuando comienzo a escribirle no querría terminar más, y también

contra mi voluntad, la pluma le revela mis más íntimos pensamientos, mis esperanzas y mis fantasías. (Folli 89)

Otras frases, en las cartas sucesivas, apuntan a la cuasi negación de lo que ha acontecido; por ejemplo, la que escribe en la carta del 21 de marzo de 1892: “¿Se ha olvidado de mí?” (Folli 100).

También podemos deducir los pensamientos que recorrieron la psiquis de la joven escritora en otros textos:

He pensado [...] que usted, leyendo mis cartas demasiado espiritualmente afectuosas, ha creído que yo estoy enamorada de usted, y, formándose un mal concepto de mí, ha retirado su amistad, considerándome indigna. (Folli 103)

Casi un año después del encuentro en Nuoro, Deledda aceptó el silencio de Manca y le confesó: “Le escribo aún una vez más, si todavía me infligirá la humillación de no responderme, será esta la última vez que le escribiré” (Folli 105).

Aunque no hay constancia de la respuesta, esta debe haber sido muy rápida, porque el 9 de ese mismo mes de agosto, cinco días después de la carta anterior, Deledda le contestó exponiendo toda su ofensa y su humillación: “¡Bendito sea Dios! ¡Finalmente he podido hacerlo... confesar!” (Folli 107).

Abundantes expresiones de enojo, indignación y amargura ante la respuesta de Manca; con profunda ironía, recuerda una carta donde él le “habla el lenguaje de los enamorados”, con el sarcasmo de una expresión afirmando que él se había equivocado de dirección al enviarla (Folli 108).

Amor, pasión y odio se liberan en las líneas del epistolario.

El 16 de agosto de 1892 lo trata de malvado y le escribe que ya no es una bofetada sino un golpe de fusta o un latigazo cuando él le confiesa que parecía una enana. Finalmente, con sentimientos encontrados, Deledda le reveló y le confesó su amor apasionado e imposible:

Bueno, sí, Stanis, ya que lo sabe, ya que está seguro de esto, ya que desea de mí esta confesión brutal que rompe nuestra amistad, para siempre, para siempre... sí, os he amado, perdidamente, con el amor

más extraño, el más doloroso que se pueda imaginar [...] No he osado jamás esperar, ni siquiera en sueños, ser amada por usted: he visto siempre con lúcida visión la distancia que corre entre nosotros y no lo he esperado nunca. Y sin embargo, os he amado... (Folli 113)

Aunque existieron algunas cartas esporádicas, recién recibió el pedido de perdón de Manca en diciembre de 1899; sabemos de ello por la contestación que el 18 de diciembre le envió Deledda:

No me pida perdón. Yo os he perdonado desde que creía tener algo que perdonarle: ahora no veo ningún error. Ha sido la suerte, las circunstancias, las pequeñas pero grandes fatalidades de la vida que así lo han querido. (Folli 148)

También le escribe sobre su futuro esposo, un mes antes de su casamiento:

Sueño con un poco de felicidad: el hombre que me dará su nombre es joven, bello, inteligentísimo, pero sobre todo es bueno y me ama por mí misma, cosa que hasta ahora no me había sucedido, y que me decide a desposarlo. (Folli 148)

Una última referencia a sus cartas, porque tiene relación con el análisis comparativo que realizaré seguidamente. El 18 de enero de 1900, durante la luna de miel, le escribió a Manca:

Estoy aquí, delante del mar luminoso e infinito. Estoy feliz por una felicidad pura y serena. Mi marido es un gentilísimo joven, me ama, lo amo; somos dueños del mundo entero. Gracias por todo aquello que ha hecho usted por mí. (Folli 149)

La escritora de tantas historias de amor, a veces trágicas, a veces felices, brindó en este epistolario su historia de amor imposible e infortunado, experimentado en carne propia, en su vida misma.

Experiencia amorosa y ficción

¿Se podrían encontrar huellas autobiográficas del amor juvenil de Deledda

por Manca en los personajes de Nina y de Gabriel de *El pueblo del viento*?

Nina, la protagonista de *El pueblo del viento*, acaba de casarse y relata el inicio de su vida matrimonial, el viaje en tren que la lleva a la luna de miel en una población marítima, ya conocida por su flamante esposo. En ese sitio se encuentra sorpresivamente con Gabriel, un joven que había sido huésped en su casa y que le había dado vagas señales de amor y, aunque de manera indirecta, le había prometido su regreso.

Nina relata en las primeras páginas los sentimientos frustrados por la espera inútil de aquel joven y sus sueños esfumados por el destino. Le oculta sus pensamientos a su marido, asegurándose interiormente que no tiene culpa, porque no hubo nada concreto entre ellos, y el esposo ya conocía ese sueño de amor que no había podido ser tiempo antes de haberlo conocido y amado a él.

Los hechos se van sucediendo hasta que, en el encuentro final, Gabriel le manifiesta su amor, su desilusión y su enojo por el destino que les negó una posible felicidad. En este diálogo se respira un clima diferente al de una típica novela romántica, como si se tomaran los modelos del siglo XIX pero desde una perspectiva diferente, donde irrumpe algo demoníaco y cruel. Gabriel se muestra como un ser bajo y malsano, contracara del esposo de Nina, inteligente y noble, sumamente recto, paciente y cariñoso. Se reescribe el binomio de ángel y demonio del amor romántico, pero en este caso en la versión de los personajes masculinos.

El esposo envía a un ciego, dueño de la pensión donde reside Gabriel, para rescatarla y llevarla a una cena donde la está esperando. Durante el brindis final, clima de alegría y distensión, una especie de *in crescendo* festivo, Nina percibe, como un vívido recuerdo, los brazos anhelantes de Gabriel, en un acto desesperado pero infructuoso: “Como un espectro en la fiesta, también me pareció ver su sombra que vagaba entre las de los invitados” (Deledda 51).

También se supone que el ciego percibe esta situación en medio de la distendida charla de sobremesa, porque inmediatamente se levanta preocupado por su inquilino y se retira del banquete. Estas actitudes coinciden con el momento en que Gabriel muere solo en la casa de huéspedes. El viento y el mar se constituyen en una clave simbólica y acompañan la tensión narrativa en los momentos de mayor complejidad sentimental.

Es al lado del mar ventoso, como a orillas de la vida, donde se

reencuentran y hablan los dos personajes luego de años de separación. El viento se desencadena furioso durante el momento de mayor complejidad interior de Nina; es la presencia del inconsciente que une el pasado con su actual tormento interior.

Otro símbolo recurrente como extensión del lamento de Gabriel lo constituye la música de su violín. La recuperación de las reminiscencias proustianas por medio del sonido es un tema recurrente en Deledda. El sonido despierta la irrupción de los recuerdos del amor que no pudo ser y da inicio al recuerdo mediante el cual el lector conoce la historia de Gabriel. Romanticismo tardío y simbolismo se fusionan en la novela para ficcionalizar lo autobiográfico. Tanto en *El pueblo del viento* como en *Cósima*, la narrativa se vuelca al interés dirigido al análisis psicológico, a la interioridad y al inconsciente, según lo afirma la ya citada Dubravec Labas.

Además, se destacan algunos elementos que pueden ser cotejados entre la juventud de Deledda y su ficción novelada. En primer lugar, la protagonista posee características similares a las de la escritora:

Nacida en una región donde la mujer era considerada todavía con criterios orientales, y por ello confinada en su casa con la única misión de trabajar y procrear, yo tenía todas las características de mi raza: pequeña, oscura, desconfiada y soñadora; como una beduina que vislumbra desde el umbral de su tienda los confines del desierto, los espejismos de oro de un mundo fantástico, así yo absorbía en mis ojos el destello de esa extensión ardiente, de ese horizonte que al caer la tarde tenía los colores fluidos de mi pupila. (Deledda 4)

Es un motivo recurrente de la escritora la connotación a lo oriental cuando se refiere a su aspecto, su mirada, sus ojos y sus cabellos. Volviendo a su figura, dice en *Cósima*, su otra novela autobiográfica:

Pequeña de estatura, con la cabeza más bien grande, manos y pies minúsculos con todas las características sedentarias de la mujer de su raza, quizá originalmente líbica, con el mismo perfil un poco chato, los dientes salvajes y el labio superior muy alargado; pero tenía un cutis blanco y aterciopelado, hermosísimos cabellos negros, levemente ondulados, y los ojos grandes, almendrados, de un negro dorado y a

veces verdosos, con las extraordinarias pupilas de las mujeres de la raza camítica que un poeta italiano llamó “doble pupila”, de un encanto pasional e irresistible. (984)

En una carta dedicada a Epaminonda Provaglio, fechada el 15 de mayo de 1892, se define a sí misma y con palabras que también podrían aplicarse fácilmente a Nina:

Le haré una *silhouette* con dos o tres trazos. Tengo veinte años y soy morena y también un poquito... fea, pero no tanto como aparece en el horrible retrato colocado en la primera página de *Flor de Cerdeña*... Soy una sencilla joven de provincia que tiene una voluntad férrea y gran valor en cuestiones artísticas pero que en su vida íntima, solitaria y silenciosa, es la mujer más tímida y tranquila del mundo. (*Cósima* 144-145)

Por otra parte, el personaje del marido en *El pueblo del viento* asume características similares a las de Palmiro Madesani, el joven contador de treinta y cinco años que trabajaba como funcionario para el Ministerio de Hacienda y que fue su esposo; lo conoció en Cagliari y tres meses más tarde se casaron.

Elisabetta Rasy en su estudio crítico sobre Grazia Deledda se refiere al vínculo que mantiene con su esposo, que podría equilibrarse en la expresión relativa a que él no es poeta pero ella tampoco es bella.

A su vez, la situación del inicio de la nueva etapa de sus vidas con el matrimonio desarrolla los hechos como un paulatino aprendizaje de mutuo reconocimiento interior. Es un *Bildungsroman* que deja ver la caída de los sueños contruidos en el aire y la aceptación paulatina de la realidad con sus luminosidades y sus sombras. El llanto de la confesión final de Nina representa el momento de mayor profundidad en la crisis y el cierre de un proceso interno de revelación interior. Esas sombras fatídicas le impedían gozar de todas las experiencias nuevas que la rodeaban y el personaje del ciego es quien la guía y le ilumina el camino para que vea lo que no se capta con los ojos corpóreos:

El ciego es un personaje extremadamente simbólico con la función

de hacer conocer a Nina que la verdad no se ve hacia afuera, es decir que no es de naturaleza física, palpable, sino que se la debe buscar dentro de la persona, en sus actos. (Dubravec Labas 111)

Se podría trazar una línea de asociaciones entre el enamoramiento juvenil, el desencanto, la espera infructuosa de alguna carta y la humillación final de la escritora frente a Stanis Manca en la figura ficcional de Gabriel.

Gabriel, como Manca, es poeta y también visitó la isla. Ambos cambiaron promesas de amor, aunque veladas, indirectas, luego de las cuales se extendió un largo período de silencio. La escritora vuelca en la novela los ensueños y las esperanzas de la joven muchacha; esto no significa que haya en el relato una cruda fidelidad verista sino, más bien, una transformación artística de sus vivencias amorosas, demasiado alejadas de la realidad y envueltas en un ensueño irreal pero, a la vez, humillante.

Estas mismas experiencias fueron trabajadas en la lírica por Deledda: en el poemario *La luna de miel* (1900), dedicado a su esposo, y cuyos textos he traducido y agregado en esta edición.

LA POESÍA COMO EXPRESIÓN DE NUEVAS VIVENCIAS

La poesía deleddiana: génesis de su posterior narrativa

Émile Haguenin, uno de los primeros críticos de Grazia Deledda, escribe en la *Revue des Deux Mondes*:

Por más maravillosamente dotada que sea Grazia Deledda, este mérito excepcional de exactitud espontánea no se explicaría si no hubiera abordado la Cerdeña con una curiosidad ya despierta y una inteligencia ya formada. Para reflejar a una región y a sus habitantes con tanta sinceridad, para aplicar sin esfuerzo una representación con muy diversas cualidades de observación, de sensibilidad, de imaginación, es necesario que esas cualidades sean, de alguna manera,

acordes a su propósito; es necesario que, desde la infancia, el espíritu sea asimilado a la materia de la obra futura. (402)

Son muy escasos los trabajos de crítica literaria relativos a su poesía. Esta circunstancia posiblemente se deba a la etapa juvenil de su producción lírica, cuando todavía carecía de un manejo experimentado del género que abordaba. No había alcanzado aún la decantada madurez de la forma literaria que le fue propia y que la guió hacia la obtención del Premio Nobel en 1926.

El análisis de su producción poética sirve de apoyo para un seguimiento de la maduración de las formas literarias que recorrió la poeta durante toda su vida; los primeros poemas ya anticipan toda su percepción cruda y pasional de la realidad que la circunda. La poesía deleddiana “expresa las secretas turbaciones, las tímidas ansias, las nostálgicas aspiraciones de un alma soñadora” (Scano en Deledda, *Versi e prose* 21).

El corpus de poesías de Deledda contiene alrededor de cuarenta textos; el romanticismo tardío surge en cada una de sus composiciones, aunque también se puede observar una marcada inclinación impresionista, rápidas pinceladas de paisajes y lugares campestres propios de la isla.

Un recorrido por algunos poemas de la autora donde pueden advertirse representaciones idílicas del mundo sardo aportará algunos aspectos que pueden confrontarse con su posterior narrativa. Por ello, se ha seleccionado un grupo reducido de sus poemas que nos servirá para una aproximación a Deledda como poeta.

La temática abordada por la autora oscila entre el amor, el paisaje sardo y construcciones lejanas de ensueño. Existen similitudes con los cuadros leopardianos que más adelante reescribirá en *Cañas al viento* en *Cósima*, aunque también reconocemos diferencias notorias con Giacomo Leopardi. Deledda focaliza el paisaje montañoso de la región, en diferentes momentos del día y en diversas estaciones del año, pero no se proyecta hacia una reflexión profunda sobre temas existenciales o metafísicos, como lo hace el citado autor. Los suyos son temas simples y llanos, alejados de cualquier planteo filosófico profundo.

A pesar de esta característica, en los versos juveniles esboza algunos temas que en etapas compositivas posteriores han de ocupar un lugar prioritario y más trascendente: tipologías humanas, como bandidos, pastores y

aldeanas vestidas de rojo, tradiciones e iglesias medievales de la región. Sin embargo, el foco o *punctum* de su lente es el paisaje tratado con un tono oriental y exótico.

Desde el punto de vista personal, Deledda se ve a sí misma unida con aspectos del mundo oriental, tal como lo dijimos al referirnos a sus novelas donde reaparece esta temática, algunas veces de manera más manifiesta que otras.

En el poema “Idilio” (1893) (*Versi e prose* 45) se describe a sí misma del siguiente modo:

Soy pálida y morena. Un amor soberbio
revela mi oscura pupila triste,
frías las manos, claro el vestido,
alta y delgada, el paso siempre ligero.

Soy de ardiente sangre sarracena
y él de gentil sangre latina,
ríe en sus ojos, dulce y opalino
el reflejo de los mares de Oriente.

Vivimos solo de sueños, y aunque la sonrisa
nunca nos ilumine los pálidos semblantes
fluye una vida de paraíso
de mí hacia él, de él hacia mí, apasionados amantes.

Su aspecto oriental contrasta y se fusiona con el de ese amor lejano, identificable con Stanis Manca; en realidad sorprende la corrección que realiza de su propia figura, a la que suma algunos centímetros de altura. Si continuamos con las reflexiones planteadas anteriormente, la descripción de los ojos azules de su amado, como “reflejo de los mares de Oriente”, lo asemeja al *gigante biondo* de *Cósima*.

La fecha de composición de ese poema coincide con el período de las cartas de Deledda y Manca.

El poema “Sobre el mar” fue escrito antes, en 1887:

Nuestra barca vagaba perdida,
entre las sombras del agua tersa.

Recliné la cabeza en tus rodillas
y entre tus besos cerré los ojos.
¡Soñé! Soñé con extraños castillos
a orillas del Bósforo, en Dardanelos.

Había una mezcla de turcos e indianos,
Bey y Bramini, Schindia y sultanes.
Danzas fantásticas de bailarinas
de huríes veladas con gasas negras.

Creo escuchar una música extraña
kémani turcos, trompetas indianas,
y heraldos negros entre los sones,
con voz argentina cantar canciones.

Creo descansar sobre una otomana
de seda, sentada como una sultana.

Y tú postrado a mis rodillas
besabas encajes, besabas bordados
de mi vestido color plateado
con recamados de raso áureo.

Entre vuelta y vuelta, terciopelo y mármol
las odaliscas tocaban laúdes.

Y allá detrás del cortinado
que el sol doraba de trémulo rayo,
veía del Bósforo las ondulantes aguas
espejar las orillas graciosas y verdes.

Allá, por bosquecitos de palmas enanas
se escuchaban alzarse arcanas plegarias
a Brama, el dios y profeta
de indianos y otomanos.

Sentía perfumes en derredor
de las nubes, suaves, olorosas,
veía... pero de pronto todo se esfumaba,
sonidos y danzas y voces y espectros.

Levanté mi vista de las rodillas
y aún entre las ondas reabrí los ojos.

Nuestra barca vagaba extraviada
en la penumbra del agua tranquila,
lejana, lejana por la brisa oscura
sobre el firmamento salía la luna. (29-30)

Aunque el texto no se destaque por su trabajo formal, ya plantea el placer de la descripción de mundos lejanos y exóticos, ajenos a su entorno; se trataría de construcciones imaginarias y atemporales. Por momentos podríamos asociar el poema con las primeras manifestaciones poéticas de Rubén Darío; comparten huellas de un romanticismo premodernista que acompañó a Deledda durante toda su producción literaria lírica y narrativa.

El motivo del mar y de las olas ha sido asociado en estos versos con un ritmo sugerente que intenta dejar al lector en una oscilación propia del movimiento de un barco en el agua. Este poema fue regalado por la escritora a Stanis Manca.

Aunque los poemas no estén referidos directamente a la materia autobiográfica trabajada en las dos obras traducidas para esta edición, resulta pertinente su inclusión en este análisis para enfatizar la relación de la autora con la naturaleza, el diálogo sustentado por un profundo animismo, en una especie de relación “pánica”, además de las alusiones a Manca.

En sus poemas, la reescritura de los paisajes bucólicos virgilianos se fusiona con la idea de Gabriele D'Annunzio de la naturaleza pánica, donde el hombre es interpretado como parte de un todo universal. No se observa en los poemas de Deledda la pomposidad orquestal presente en la poesía dannunziana. No obstante, también se perfilan en su poesía imágenes góticas de cementerios y de espectros que se entremezclan con la luminosidad de los paisajes.

A diferencia de su posterior narrativa, el estilo poético transmite su subjetividad de manera directa y frontal. Puede descubrirse en el poema la incipiente preocupación de Deledda por la pobreza de los habitantes rurales de Cerdeña. Deledda se detiene en los pequeños objetos, en la gente sencilla, en la flor que pasa inadvertida para las composiciones pomposas, tal el caso del poema “Mi pequeña flor”⁷ (1888). Un simple jacinto sirve de tema para sus versos. La influencia dannunziana y sus connotaciones también se perciben en “Mediodía”⁸ (1889). El yo lírico alcanza la paz interior por medio de los sonidos de la naturaleza arcaica, de los perfumes naturales de los helechos y los árboles, y queda expresamente aludida la presencia del dios Pan entre las fuentes de agua pura. El yo poético se funde con ese ambiente natural y paradisiaco.

En “Mediodía” la construcción del escenario alcanza a generar un clima de idilio donde irrumpe la paz alejada de la civilización, pero como ya anticipamos respecto de otras expresiones poéticas, Deledda no ahonda en su reflexión interior.

Deledda publica cuatro poemas en forma conjunta bajo el título *Paisajes sardos* (1897), donde identifica diferentes momentos del día en la región rural de Orthobene, lugar de su infancia y juventud que relaciona con piedras preciosas; sus títulos son: “Paisaje de esmeralda”, “Paisaje de madreperla”, “Paisaje de granito” y “Paisaje de coral”. Existen claras filiaciones con el estilo modernista y sus componentes parnasianos: alusiones a mundos exóticos, piedras preciosas, imágenes plenas de esteticismo y musicalidad.

La poesía de Deledda trabaja cuadros con sinestesias y correspondencias de música y color.

Itinerario existencial en el poemario La luna de miel

El proceso tensional del mundo interior de la poeta durante la permanencia de la pareja en la ciudad balnearia donde transcurrió la luna de miel ha sido descrito en sus versos como eje central de todo el poemario. Las representaciones autobiográficas de la joven se construyen sobre la base de recuerdos idílicos y tonos elegíacos por el mundo de la infancia y de la juventud en la casa paterna de su tierra natal; estos pugnan por instalarse en la mente del yo poético impidiéndole disfrutar de la felicidad del presente.

El esposo es representado como un ser paciente que colabora para superar el tono melancólico y poder construir una nueva vida venciendo la nostalgia del pasado.

Las ocho poesías del poemario intercalan esos pasajes anímicos. Todas ellas escritas en versos endecasílabos, fluctúan entre el idilio y el recuerdo doloroso. La primera, “Los novios”, inicia los estados de idilio y felicidad pacífica en medio de una naturaleza pánica que fusiona a la pareja con su entorno. Existe una proyección subjetiva del amor por medio del animismo de los elementos naturales: “A su pasar enmudecen las cosas, / se hacen sonrientes aunque sombrías; / se curvan las ramas, esplenden las piedras, / como absortas en visiones radiantes”.

La poesía cierra con una declaración de amor, simple e ingenua.

En el ritmo pendular que hemos anticipado, la siguiente poesía muestra el desgarramiento de la despedida de seres amados y de lugares. El idilio ha sido desplazado por la realidad de los cambios suscitados por la boda. También en este marco la naturaleza acompaña el mundo sentimental: “Es el alba. Húmeda y triste alba / el viento tiene como un frío olor a nieve. / Subimos al negro tren. Leve / una sonrisa aún permanece en el rostro pálido. / No lloréis, oh hermanas, oh madre, oh todos / los que quedáis abajo, en el alba, al viento. / ¿Por qué llorar? ¿No es este un momento / de alegría y no río incluso yo?”.

En los versos citados, correspondientes al poema “La partida luego de la boda”, emerge la lengua coloquial fusionada con las imágenes del paisaje pueblerino de la infancia. Aunque aún no ha sido elaborado como símbolo de los estados anímicos tumultuosos, ya se perfila la presencia del viento como compañero de emociones profundas. La novela construye una representación madura y lograda de esta combinación entre la naturaleza ventosa y el mundo de la psiquis.

Asimismo, existe un reconocimiento interior donde los cambios

existenciales producen una irrupción de temores frente al futuro incierto: “Juntos / como dos niños lanzados a un mundo / vacío, perdidos en un pavor desconocido”.

Estas imágenes conducen al tono elegíaco de las últimas estrofas: “¡Todo ha desaparecido! Adiós, fuerte, agreste / patria, montañas, verdes valles, adiós. / Adiós llanuras, dejo mi sangre / en vuestras solitarias inmensidades”.

Estas imágenes poéticas encuentran su correlato en los primeros capítulos de *El pueblo del viento*.

En “La aurora” regresa el idilio amoroso con la descripción del primer despertar junto a su amado, aunque los recuerdos irrumpen y desarticulan la paz.

El doloroso espacio de la memoria retorna en las dos poesías siguientes, “Los recuerdos” y “Todavía recuerdos”. Las reminiscencias proustianas corporizadas en el sonido de campanas conducen al yo lírico hacia una nueva aceptación dolorosa por las cosas perdidas. La iglesia del pueblo natal, la casa paterna, el pequeño huerto, los montes solitarios con sus flores hasta llegar a los afectos familiares que nuevamente son evocados por la joven esposa. Sin embargo, la presencia de su marido la ayuda a superar su tristeza.

La tensión pendular de la dicotomía pasado-presente que se observa en el recorrido del poemario se resuelve paulatinamente a partir del poema “El presente”, donde se asume la muerte del pasado y la aceptación de la nueva vida. Sin negar el sufrimiento que encierra el porvenir, se instala el amor mutuo del presente; de esta manera, el yo lírico logra recuperar las fuerzas emotivas para enfrentar cualquier situación del porvenir. El dominio de la felicidad presente se ratifica en “El pinar”, donde el marco natural de los pinos como escenario de la felicidad de la pareja trae reminiscencias dannunzianas. Finalmente, “Hacia lo desconocido” instala el triunfo del nuevo estado de vida y la aceptación del desafío frente al futuro incierto.

Resulta evidente el paralelismo entre los estados anímicos manifestados en el poemario y las descripciones que sustentan la caracterización de Nina en *El pueblo del viento*. Ambas mujeres plantean una serie de convulsiones sentimentales, una lucha psicológica entre pasado y presente.

PLANTEOS AUTOBIOGRÁFICOS: ENTRE NOVELA Y POESÍA

Cuando un artista se ubica frente a la tela, la piedra o el mármol que debe transformar en una figura, o un músico transcribe en la partitura una melodía, producen representaciones a partir de las cuales comunican una percepción interior de la realidad.

El narrador también es un artesano cuando da forma a sus imágenes mentales con la palabra. La acción de “narrar” tiene su origen en la paciente construcción de texturas, de formas y colores en un entramado de figuras que el escritor organiza, piensa y relaciona entre sí, transformando el papel vacío en un telar de múltiples representaciones de la realidad.

En el relato autobiográfico, la materia es arriesgada y vulnerable, dado que compromete la propia interioridad, pero además debe ser atractiva para el receptor.

Materia atractiva y arriesgada: su propia intimidad se abre hacia afuera y queda expuesta y frágil frente al otro.

Esta coyuntura representa el mayor desafío, pues exige una ruptura invasiva de la propia intimidad recordada que conduce necesariamente a una reescritura donde el yo-narrador cuida los aspectos más íntimos y preciados, eligiendo pronunciarlos, callarlos o distorsionarlos, dado que “los recuerdos autobiográficos no son una copia literal del pasado, sino el resultado de una interpretación de ese pasado” (Amicola 37).

Julio Premat ha designado “figura de autor” a la elaboración de una imagen que dibuja de sí mismo quien escribe, una identidad que se basa en la posición que asume frente a lo que escribe. Existe una elección, una decisión tomada frente al papel en blanco por el yo-autor que conlleva un permanente estado tensional:

Esas tensiones van a procesarse según estrategias diversas; por ello, y paradigmáticamente, las ficciones de autor, en tanto que relato, y las figuras de autor, en tanto que imagen, son espacios privilegiados para proponer soluciones dinámicas. Así, el acto de escritura puede verse como una “puesta en intriga” de la identidad, según la expresión de Ricœur: se construye un relato pero también una coherencia, una

dialéctica identitaria en quien escribe. (12)

A partir de la interpretación que ha desarrollado Premat, se podría estudiar la construcción del yo elaborado por Grazia Deledda en los dos textos autobiográficos de esta publicación desde selecciones y perspectivas diferentes.

Ambas producciones relatan las percepciones íntimas de la escritora sarda durante su luna de miel junto a su esposo en una costa balnearia del Adriático. Podría decirse que la materia que sustenta y da forma a ambos textos es la misma; sin embargo, existen cuestiones que la impulsan a “contar” de manera diversa, sea en lenguaje poético, sea en el formato de novela.

Por ello Deledda entraría dentro del modelo que Premat define como una figura posible: “La modestia o la anulación de sí mismo son modos de definir una identidad de escritor a la vez dialéctica y potente” (14-15).

Además, ambos textos trabajan la misma experiencia existencial pero se dirigen a receptores diferentes, ya que las poesías, escritas en su juventud, fueron resguardadas por la escritora para su ámbito familiar e íntimo, y nunca quiso que fueran reeditadas luego de su publicación inicial. La novela, en cambio, recorre otro camino. Publicada en 1931, fue compuesta en sus años de madurez como escritora, y la materia autobiográfica del amor infortunado ha sido decantada a lo largo de su vida; esto produce una delicada elaboración simbólico-romántica de la trama para resguardar su intimidad y, al mismo tiempo, dar forma ficcional a fuertes experiencias juveniles.

La figura de autor ha sido construida a partir de la elección del yo narrativo, y manifiesta el conflicto interior de Deledda, dado que sus experiencias personales se esconden bajo el relato en primera persona de la protagonista Nina, donde el yo protagónico suscita una distancia respecto de la materia autobiográfica. Por el contrario, el poemario dedicado a su esposo revela un yo poético en sintonía con la joven escritora. En este caso no se advierten conflictos internos para contar su intimidad porque el receptor pertenece también a su mundo privado y, además, no existen alusiones a su amor juvenil.

En *La luna de miel* se evidencia el mismo proceso de adaptación a la nueva vida aunque la filigrana de imágenes, figuras y experiencias juveniles conforma bordados muy diversos. Cada una de las poesías tiene su correlato

en la novela; tanto el poemario como la novela relatan las despedidas, los duelos por desaparegos afectivos tanto familiares como espaciales, junto con la adaptación existencial de la joven recién casada. Así se expresa la voz poética en “La partida luego de la boda”: “Húmeda y triste alba / el viento tiene un frío olor a nieve. / Subimos al negro tren. [...] Todo desaparece, todo huye. Todo / dejo por ti, y lloro sobre tu corazón: / cada fuerza es vana, / algo muere, y se rompe dentro de mí”.

Una imagen similar se describe en las primeras páginas de la novela pues, aunque la trama es contada en primera persona, se desplaza el rol protagónico a Nina y no a Grazia.

Este conflicto plantea el eje diferenciador de ambas composiciones. Stanislaio Manca representó para Deledda la figura del amor que no pudo ser, y esa experiencia tan traumática se ha transformado artísticamente en la relación de Nina con Gabriel.

Para narrar vivencias tan íntimas que comunican un amor humillante de su juventud, Deledda realiza en el relato un “giro autobiográfico” y desplaza las acciones en un personaje que no lleva su nombre; de esta manera logra distancia, y la primera persona colabora para crear la escritura autobiográfica y construir un campo propicio donde pueda resguardar el rincón más recóndito de su intimidad.

Desde el punto de vista estilístico, resulta fácil detectar la distancia existente entre el poemario juvenil y la novela de la madurez, donde los juegos simbólicos, las representaciones y los cuadros descriptivos alcanzan un acabado prolijo y sugerente. A diferencia de su posterior narrativa, el estilo poético transmite su subjetividad de manera directa y frontal con ingenua sinceridad.

Resulta interesante volver a la problemática del receptor, dado que los versos “narran” la intimidad de la escritora únicamente a su esposo. Se percibe ingenuidad, esperanza y dolor entremezclados. Sin embargo, en la novela los hechos se expresan tamizados por el tiempo, relatados luego de treinta años y dirigidos al lector común, ajeno al mundo privado recordado por Deledda.

De esta manera, el ámbito privado se hace público pero una vez transformado en ficción literaria. El relato se ha convertido no solo en *Bildungsroman* sino también en catarsis de conflictos antiguos y lejanos,

ocultos en lo recóndito de la memoria, que necesitaban ser narrados para alcanzar la purificación existencial.

ALGUNAS REFERENCIAS ACERCA DE LAS TRADUCCIONES EXISTENTES

En la Argentina, Grazia Deledda no ha sido abordada en profundidad por la crítica. Esta circunstancia posiblemente se deba a que su obra no ha contado con traducciones en vida de la autora. En español solo existe hasta este momento una edición de obras escogidas de Aguilar (1958) en dos tomos. Además, se encuentran dos traducciones de su novela *Cósima*: una de 1946 (Espasa Calpe) y otra de 2003 (Arci Solidarietà Cesenate, Proyecto Un Mar de Sueños, Italia). Respecto a *El pueblo del viento*, se cuenta únicamente por el momento con la traducción de Aguilar correspondiente a la edición ya citada.

El poemario *La luna de miel* ha sido publicado por Antonio Scano (Fratelli Treves Editori) en 1938 y no se han hecho traducciones al español.

La presente traducción permite la aproximación del lector a esta obra de la escritora sarda. Resulta importante realizar una consideración acerca de las traducciones elaboradas para esta edición, dado que traducir poesía implica múltiples decisiones en cuanto al léxico, el ritmo, la musicalidad y la rima, sin perder el sentido general del texto.

Por ello, el abordaje realizado frente a los poemas en lengua original tiene como objetivo mantener el sentido general y preservar, dentro de lo posible, las cuestiones estilísticas de la escritora. En cuanto a la novela, se han incluido observaciones al pie para enriquecer la lectura y profundizar la comprensión textual y analítica.

BIBLIOGRAFÍA

AMICOLA, José. *Autobiografía como autofiguración*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

BARTHES, Roland. *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.

BÉGUIN, Albert. *El alma romántica y el sueño*. México: FCE, 1996.

CATELLI, Nora. *En la era de la intimidad. Seguido del espacio autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

DELEDDA, Grazia. *Versi e prose giovanili*. Antonio Scano (ed.). Milano: Fratelli Treves, 1938.

- *Cósima*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1946.

- *Obras escogidas*. Tomo II. Madrid: Aguilar, 1958.

- *Lettere a Epaminonda Provaglio*, en *Opere scelte*. Eurialo De Michelis (ed.). Milano: Mondadori, 1964.

- *I grandi romanzi*. Roma: Newton Compton, 1993.

- *Il paese del vento*. Roma: Newton Compton, 1995.

- *Lettere ad Angelo de Gubernatis (1892-1909)*. Roberta Masini (ed.). Cagliari: Cucc Editrice, 2008.

DE GIOVANNI, Neria. *Lettere inedite di Grazia Deledda ad Arturo Giordano direttore della Rivista Letteraria*. Alghero: Nemapress, 2004.

- *Come leggere Canne al vento di Grazia Deledda*. Milano: Mursia, 1993.

- *“Europea” Identità e scrittura*. Alghero: Nemapress, 1995.

DE MAN, Paul. “La autobiografía como desfiguración”. *Anthropos: Boletín de información y documentación*, N° 29, 1991, pp. 113-118.

DE MICHELIS, Eurialo. *Grazia Deledda e il decadentismo*. Firenze: La Nuova Italia, 1938.

DUBRAVEC LABAS, Dubravka. *Grazia Deledda e la “Piccola avanguardia romana”*. Roma: Carocci, 2011.

FLIER, Patricia y María MINELLONO. “Las paradojas de lo escrito: placer y verdad en el discurso historiográfico. Conversaciones con Roger Chartier”, dossier *Revista Sociohistórica*, N° 8, Facultad de Humanidades, 2001, pp. 155-174.

FOLLI, Anna. *Amore lontano. Lettere al gigante biondo (1891-1909)*. Milano: Feltrinelli, 2010.

GAGLIARDI, Elena. *I romanzi cervesi di Grazia Deledda*. Ravenna: Longo, 2010.

HAGUENIN, Émile. “Le roman de la Sardaigne. Grazia Deledda”, *Revue des Deux Mondes*, 15 de marzo de 1903, pp. 391-425.

INCANI CARTA, Clara. *Luoghi, paesaggi, uomini per voce di Grazia Deledda*. Cagliari: Scuola Sarda, 2007.

LEJEUNE, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul, 1994.

LEOPARDI, Giacomo. *Canti*. Edición bilingüe de María de las Nieves Muñiz Muñiz. Madrid: Cátedra, 1998.

LOMBARDI, Olga. *Invito alla lettura di Grazia Deledda*. Milán: Mursia, 1989.

MICCINESI, Mario. *Grazia Deledda*. Firenze: La Nuova Italia, 1981.

MINELLONO, María Teresita. *Literatura e historia*. La Plata: Memoria Académica, FAHCE, 1997.

PETRONIO, Giuseppe. “Grazia Deledda e i suoi critici”. En *Atti del seminario di studi “Grazia Deledda e la cultura sarda fra ‘800 e ‘900”*, vol 2. Nuoro, 25-27 de septiembre de 1986. U. Collu (ed.), Cagliari, STEF, 1992-1994.

PREMAT, Julio. *Héroes sin atributos. Figuras de autor en la literatura argentina*. Buenos Aires: FCE, 2009.

RICCI, Manuela y Elena GAGLIARDI. *Nel paese del vento*. Ravenna: Longo, 1998.

STAROBINSKI, Jean. *La relation critique*. Paris: Gallimard, 1970.

TANDA, Nicola. *Dal mito dell’isola all’isola del mito: Deledda e dintorni*. Roma: Bulzoni, 1992.

RASY, Elisabetta. *Tre passioni. Ritratti di donne nell’Italia Unita*. Milano: BUR, 2011.

EL PUEBLO DEL VIENTO

A pesar de todas las precauciones y medidas del caso, nuestro viaje de bodas fue desastroso.

Nos casamos en mayo y partimos inmediatamente luego de la ceremonia. Rosas, numerosas rosas nos acompañaban: las niñas las tiraban desde sus ventanas, con puñados de grano y miradas de envidia amorosa; la estación estaba adornada con guirnaldas de flores, y también colmados de rosas rojas estaban los arbustos del valle. Rosas y trigo: amor y fortuna, todo nos sonreía.

La mitad de nuestro viaje estaba organizado, acorde a la situación: una casita entre la campiña y el mar donde mi esposo ya había veraneado alguna vez. Una mujer anciana, discreta, buena para las tareas domésticas, y ya conocida por él, debía encargarse de todas nuestras necesidades materiales. Nosotros podríamos pasear por la orilla del mar, o entre los prados estrellados de ligustros, o aún más lejos entre los meandros aterciopelados de musgo del pinar sonoro.

Deliberadamente me había comprado un sombrero de paja de Florencia, flexible y ligero como una gran mariposa, con una cinta carmesí agitada por el viento, similar a las que llevaban las heroínas de Alejandro Dumas hijo.

Y hasta la primera parada de nuestro tranquilo trencito, el viaje se realizó según la tradición: primero, pequeñas lágrimas, por las personas y las cosas abandonadas, luego sonrisas recíprocas, manos entrelazadas, ojos brillantes reflejados en la profundidad infinita de los ojos amados, corazones rebosantes con la certeza de un mundo transformado en un paraíso terrenal propio, exclusivamente nuestro. Pétalos de rosa y trocitos de trigo permanecían todavía entre los pliegues de mi vestido.

La realidad destruyó el sueño presuntuoso en la primera parada del pequeño tren.

No, el mundo no es todo nuestro. ¡Todos se lo disputan! La pequeña estación en medio de los prados parecía invadida por un rebaño y el trencito fue tomado por asalto, como los que en verano parten desde la ciudad hacia las playas; pero esta era una multitud más prepotente e ingrata.

Son todos hombres jóvenes, casi niños: aldeanos, campesinos, ganaderos, vestidos de modo grotesco, con botas de montaña, desmañados, rústicos, con olor a armamento y a humanidad en contacto con la tierra.

En un primer momento, me parecieron inmigrantes; pero para ser exiliados voluntarios eran demasiado jóvenes, y todos demasiado alegres, aunque de una alegría forzada y salvaje.

-Son reclutas -me explica mi marido-. ¿No adviertes al sargento que los dirige?

De hecho este sube a nuestro compartimiento, y dado que la tercera clase no basta para todos, es seguido por algunos de sus subalternos.

Y adiós felicidad.

Nuestra presencia fue rápidamente notada, nuestra situación juzgada y condenada; y como una pareja de esposos en su primer día de boda está destinada a las chanzas, ya de por sí entre gente tranquila, figurémonos entre semejante calaña.

Nuestras manos se soltaron, y así parecieron separarse también nuestras almas.

Mi marido era, y es, un hombre civilizado, es decir, sociable, de carácter correcto; optimista, por otra parte, y muy confiado en su prójimo para él siempre honesto, como lo es él.

Sus ojos son como las ventanas abiertas de su alma: todos pueden mirar adentro, dado que en su interior no existe ningún rincón oscuro que pueda esconder un misterio.

Sin embargo, es un hombre que pretende lo mismo de los demás; y quiere que se respeten las formas, por respeto a sí mismo y a los otros. Por eso fue el primero en intuir nuestra situación frente a aquella manada de humanidad joven, sensual y también, en aquella ocasión, un tanto brutal. Se apartó de mí, aparentemente se comprende, para salvarnos ambos de la atmósfera perversa que se había formado repentinamente en torno a nosotros. Más bien comenzó a hablar con el sargento y luego con los mismos reclutas; él también había sido soldado y había alcanzado el grado de capitán de la reserva y aún lo tenía. El contacto con la nueva compañía pareció alegrarlo y animarlo. Comenzó a contar con sumo detalle toda la historia de su carrera militar, incluidas las aventuras galantes: y para no ser menos que él, el sargento narró las suyas.

Ahora los jóvenes escuchaban y reían, sin reparar más en mí. Terminaron por ponerse a cantar todos juntos el coro de una canción militar: y más bien fue él, mi compañero, quien la entonó.

Parece algo trivial, y sin embargo, con tantos años de distancia, hoy no puedo recordar aquel momento sin un sentimiento de amargura.⁹

Me pareció estar sola en el medio del mundo y aún peor; más que sola, prisionera de un destino equívoco, arrastrada como una verdadera esclava, por una horda de soldados luego de un asalto guerrero.

Yo tenía mi temperamento: nacida en una región donde la mujer era considerada todavía con criterios orientales, y por ello confinada en su casa con la única misión de trabajar y procrear, yo tenía todas las características de mi raza: pequeña, oscura, desconfiada y soñadora; como una beduina que vislumbra desde el umbral de su tienda los confines del desierto, los espejismos de oro de un mundo fantástico, así yo absorbía en mis ojos el destello de esa extensión ardiente, de ese horizonte que al caer la tarde tenía los colores fluidos de mi pupila.

Todo en mi mente se transformaba en fantasía: los hechos más triviales se convertían en temas grandiosos; los más ínfimos signos de la realidad adquirían forma de símbolos, de profecías, de augurios. Y todo ello me exaltaba, para deprimirme en cuanto la fantasía se apagaba.¹⁰

Mi instinto, el mismo de mi raza, era el de ocultarme: incluso para las cosas y las tareas más sencillas. Ninguno debía ver mi piel ni mis cabellos sueltos; también escondía mis manos. A veces, como los animales tímidos y salvajes, comía a escondidas, en los rincones de mi casa. ¿Por qué? ¿Por el instinto primordial de salvar mi alimento de la voracidad ajena o porque el acto mismo de alimentarse me parecía un acto impuro y vulgar?

En conclusión, mi cuerpo no debía existir para los demás, ni siquiera tal vez para mí misma: pero los sentidos, justamente por esta voluntaria compulsión, eran intensos. Todas las cosas externas, bellas y feas, se apropiaban de mí con violencia, ya sea por placer o por aversión.

Principalmente escondía mis ojos bajo los párpados anchos y las largas pestañas, para ocultar la intensa necesidad de vida y pasión que componían el fondo de mi ser; y también, quizá, para huir de la luz violenta de mis propios

sueños, así como los ojos de los pájaros de vuelo sólido y extenso están provistos de doble párpado para no ser, en el impulso de su viaje, cegados por el viento y por el sol.

Sin embargo lo que yo quería esconder me pertenecía exclusivamente pues, en los escrupulosos exámenes de conciencia previos a la confesión, no me consideraba hipócrita y menos todavía ambiciosa; por el contrario, sabía más bien que el tesoro que custodiaba en mi interior era hereditario: la riqueza maravillosa de las razas vírgenes, la elevación del espíritu entre los ardores de la carne como la luz del fuego, y junto al instinto de la pureza y por consiguiente de la conservación física, la búsqueda de un punto inalcanzable, que es la misma búsqueda de Dios.

Por todo ello, había elegido al hombre que ahora me acompañaba en mi primer viaje sobre la tierra, porque en esos ojos que nada escondían encontraba el inicio del misterio que yo buscaba.

Pero el horrendo viaje con los reclutas que duró hasta la llegada a nuestra estación, el contacto con una humanidad tan lasciva de la que también me parecía formar parte, comenzaban a mostrarme el rostro tangible de la realidad.¹¹

Acurrucada en el rincón del compartimiento sin disfrutar de los paisajes primaverales que parecían ser llevados por el viento, yo elaboraba, con lúcida desolación, el proyecto de mi vida.

“Estoy condenada a vivir sola. Ahora lo comprendo pero no me lamento. He vivido siempre sola, incluso junto a mi madre y a mis hermanos. Creía haber encontrado un compañero de espíritu en mi esposo, pero me he engañado. Ese quizá sea el destino de todos: la soledad.”

En el fondo, sentía un dolor duro y frío, como si mi esposo, que todavía no lo era, ya me hubiese traicionado. Y no advertía que mi imaginada tragedia se sustentaba en mi propia ignorancia de la vida y en la desconfianza ancestral frente a todo lo nuevo y desconocido.¹²

Entonces descendimos del tren, entre hurras, gritos, bromas y felicitaciones ambiguas de los compañeros de viaje. Hasta el mismo saludo deferente y cortés del sargento me parece irónico y quizá realmente lo es desde mi aspereza selvática. Todas las cabezas diabólicas de los reclutas se asoman en racimos a las ventanillas de los compartimientos, puesto que no

existe otro entretenimiento en la pequeña estación desierta, envuelta por el fuerte rugido de un viento impetuoso, similar al producido por la velocidad del tren. Todos los ojos están fijos sobre la joven pareja que baja sus valijas y, a falta de maleteros, se dispone a transportarlas personalmente.

Mi marido saluda a todos: parecería que casi lamenta dejar su alegre compañía para seguir a la pequeña esposa con el ceño decididamente fruncido. Y el nefasto tren finalmente se mueve, se dirige hacia el horizonte de esmalte turquesa; pero como burla final, los reclutas entonan una especie de marcha nupcial con las alusiones habituales al caso, un coro tal vez benévolo e incluso casi nostálgico -porque todo aquello que se abandona es bueno, también para el hombre que concibe la poesía solo de manera bestial-, pero que golpeó mis espaldas como un viento helado.¹³

De hecho este viento soplaba realmente desde el noroeste y, cuando salimos del reparo de la estación, nos empujó con una violencia malévola. Todavía conservo la impresión de que fuesen los espíritus de la soledad de los alrededores para recibirnos de manera hostil y que, sin el contrapeso de las valijas, nos habrían arrojado fuera del lugar, muy lejos, como a enemigos.

¿Pero dónde estamos?

-¿No debía venir una mujer para llevar estas cosas?

Mi marido reacciona frente al sonido de mi voz irritada, y de pronto lo siento mío otra vez.

-Esperemos un momento, quizá Marisa se ha retrasado.

Pero ni siquiera él lo cree. Preocupado, me hace apoyar la valija sobre un banco adosado a un pequeño quiosco cerrado, en el espacio ubicado delante de la estación. Y mira para acá, para allá, en las lejanías de los caminos que se alejan formando un triángulo a través de los prados hasta el mar y donde no se ve a nadie.

-Le debe haber sucedido algún imprevisto. ¿Habrá recibido mi carta?

Por una u otra razón, la mujer no aparece. Dentro del quiosco, silban con ironía un grupo de duendecitos. A nuestro alrededor, veo una especie de páramo, cubierto de hierbas altas y de arbustos florecidos de blanco que parecen cabezas de viejas despeinadas por el viento. En el fondo, ya negro sobre el rojo vivo del atardecer, se vislumbra un pinar, y el campanario del pueblito se eleva sobre las copas de los pinos como el pastor sobre su grey.

Mi marido me anima:

-No creas que debemos andar hasta allá abajo, pequeña. Nuestra casita está a dos pasos de aquí. Vayamos, ánimo.

Se carga las valijas sobre la espalda con la ágil rapidez de un maletero profesional y deja para mí solamente los paquetes. Yo lo sigo; pero es mi corazón el que ahora me pesa, y tengo la cansada impresión de subir un monte en lugar de bajar hacia el mar.

Parecía que la primavera se hubiese transformado bruscamente en otoño. En otoño por el frío verde de la hierba y por el color rojo amarillento de las flores de los arbustos, de las hojas de los árboles, del cielo mismo, quizá era efecto del viento; ciertamente efecto del viento eran la agitación y el murmullo hostil con que nos recibieron los álamos y sauces ubicados en torno a la casita de campo que se refugiaba en medio de ellos, gris, cerrada, y me pareció, también esta, inhóspita y casi cruel.

Mi marido, ya depositadas las valijas frente a la puerta, fue a buscar las llaves y a ver qué le había sucedido a Marisa, quien, según él aseguraba, vivía en una casa a pocos pasos de allí. Sin embargo, yo no la veía desde mi lugar y comenzaba a creer que esa casa era un personaje fantástico. Además, todo me parecía mágico: mi presencia en aquel lugar, el hecho de estar sentada sobre las valijas, como una joven inmigrante en la primera etapa de su viaje hacia lo desconocido. Los mismos sentimientos de angustia y de turbación que me golpeaban más que el viento en torno a los árboles.¹⁴ Y estos árboles de un verde insólito, pálido el de los sauces, oscuro el de los álamos, y que en su combinación adquirirían tonos azules sobre el azul marino del cielo, otorgaban un sentido de irrealidad, como los destellos del agua o de los vidrios de una ventana.¹⁵

Pasan los minutos y mi marido no regresa: está por verse si no volverá nunca más. Ya todo me parece posible en esta aventura extraordinaria que ha sido mi matrimonio: aventura que me ha desarraigado de mi tierra, de mi casa, y me lleva alrededor del mundo.

Entre otras cosas, sentía hambre, y aunque al alcance de la mano tenía un cesto con provisiones, tenía la sensación de no poder alimentarme nunca más; y como un dolor infantil se confundía con la complacencia romántica que suscitaba en mí esta situación, finalmente me puse a llorar, con un leve quejido deavecilla perdida que se dispersaba en el gran lamento de las cosas de mi

alrededor.¹⁶

Pero no, ya no estoy más sola ni perdida en el mundo. Un lamento más profundo que el de los árboles y el mismo mar responde al mío. No pertenece a una voz humana, pero se expresa por voluntad de un hombre, y en esa voz se manifiesta la misma tristeza y la misma desolación que yo siento: es el llanto de un alma llegada a un lugar desconocido y solitario, sin saber cómo la noche inminente madurará su destino, y si de nuevo el amanecer abrirá para él la flor de la esperanza, un alma que no pide ayuda pero se lamenta consigo misma.

Era el sonido de un violín.

Quien tocaba el instrumento realizaba simples ejercicios, como si buscara un tema creador que diese forma a sus sentimientos. Sin embargo, estos se traslucían a través de la sola vibración de las notas como el agua que brota de las fisuras de la roca y se combinaban extrañamente con la expresión de mi propio llanto.

Y no solo eso, sino que tenía la impresión de que la música fuese completamente fantástica o que brotara desde un oscuro rincón de mi propio ser, desde el subconsciente.¹⁷

Y así es cómo todo lo demás, mi compromiso, mi matrimonio, el hecho de encontrarme en aquel lugar y en aquella situación, todo se convertía verdaderamente en un sueño trágico y ridículo a la vez. La realidad era muy distinta. Todavía estaba yo en mi casa paterna, situada en el límite entre el valle y el pueblo que, como capital de la provincia, conservaba todos los aspectos, el colorido y el clima de una aldea de la época de hierro.

Mi casa, estrecha, cuadrada y áspera como una torre, con un pasillo y dos habitaciones en cada piso, era una de las más altas, y ya de niña, había establecido el último piso como mi propia residencia, en una especie de ático protegido solo por el techo del cual salían sólidas vigas y por un grueso entramado de cañas.¹⁸

De las vigas colgaban racimos de uvas y de fruta, de cebollas y de tomate, así como también trenzas de ajo que parecían exvoto de cera y embutidos de mármol. Con todas estas cosas, la habitación no podía llamarse verdaderamente un ático, porque era alta, con blancas paredes de cal y el piso de madera; además tenía dos hermosas ventanas y al lado de una de ellas, una repisa plena de libros; y junto a la otra, se ubicaba un escritorio antiguo que

parecía un mueble morisco de ébano auténtico con incrustaciones de marfil.

Desde la ventana próxima a la repisa, se contemplaba el pueblo, los techos rojos y verduzcos semejaban un tablero de ajedrez, altos y bajos, desde los cuales emergían tres campanarios iguales, sutiles y blancos, mientras que en el fondo, casi sobre el horizonte, las torres de la catedral se elevaban oscuras y enormes.

También en el invierno el color del pueblo era húmedo y sombrío, abrasado y rojizo en verano y en primavera todo lo contrario; después de las primeras lluvias de otoño, los viejos techos cubiertos de musgo recordaban alguna época arcaica, como si fuera una aldea construida con rocas sobre las que renacía el verde de una persistente vegetación originaria de la alta montaña.

También la calle estrecha y pedregosa que veía apoyándome sobre la ventana, parecía un sendero montañoso; montañas y más montañas asomaban en el espacio de la otra ventana, azules, verdes, blancas, grises y violetas, según sea el plano de lejanía: todo el horizonte así estaba enmarcado por las cumbres, sin embargo permanecía amplio, vasto, como si las montañas fuesen nubes. Las más cercanas a mi vista surgían desde el valle que no podía ver por la elevación de un huerto y de unos jardines que me separaban de él. Eran en parte verdes de bosques, con amplias manchas plateadas de granito y zonas doradas de helechos y asfódelos.¹⁹

Las rocas, a la sombra de las cumbres más altas, parecían piedras cubiertas de un musgo espeso como una corteza aterciopelada; en primavera, se enrojecían de florcitas purpúreas, y luego, hasta el verano, un estallido festivo de colores explotaba sobre el monte entero. Las cimas se blanqueaban con el asfódelo florecido, y el verbasco plateado estriaba el verde vivo de los helechos, el bosque de encinas transformaba todo en oro.

El otoño estropeaba la fiesta, y los colores empalidecían, se descomponían, se oscurecían, hasta que, llegado el invierno, todo se pintaba de negro; nubes y rocas se combinaban en una continua confusión casi siniestra, y el gemido cada día más fuerte del torrente contaba una historia de dolor que iba a perderse en el valle.

Yo no alcanzaba a ver el valle, pero lo sentía en todas las estaciones, por aquel lamento elegíaco del torrente, por el rugir del viento que en ciertas noches de invierno subían desde allí como desde la profundidad de un volcán,

y que me seducía casi físicamente porque me parecía el grito de la tierra atormentada por los elementos de la naturaleza. Era el eco mismo de mi adolescencia tumultuosa de sueños y deseos incumplidos; sueños y deseos que luego, en primavera, se reiteraban con el canto del cucú, siempre más claro a medida que se extinguía el de aquel torrente, y se afianzaban cuando desde el valle venía el hálito ardiente y perfumado de la estación estival.

En el valle mi familia poseía un pequeño campo, cultivado y vigilado por un viejo campesino que vivía allí como un ermitaño, y eso parecía realmente; solo de tanto en tanto, él subía a nuestra casa con un cesto de cañas, cubierto misteriosamente con hojas de acanto debajo de las cuales aparecían los frutos del color de las piedras preciosas, y en invierno, las aceitunas, y cuando no había otra cosa, las negras bayas del color luciente del mirto y los frutos sanguinolentos del madroño. Por todo ello, el viejo representaba realmente un ser unido a la naturaleza, el mito de la tierra que ofrece todos sus dones, incluso los más agrestes, al hombre que sabe apreciarlos.²⁰

Y yo los apreciaba, más que por su sabor, por lo que representaban, por los días y las noches, por el clima y los peligros, todo el lirismo que los había madurado: la figura franca y sólida del viejo permanece grabada en lo más profundo de mi memoria,²¹ similar a una de aquellas piedras monumentales con vagas formas humanas que los pueblos prehistóricos erigían en sus soledades rocosas como ídolos valiosos.

Sin embargo, yo no era golosa, y no aprovechaba ni siquiera las frutas atadas a las vigas de la habitación de arriba de donde me hubiera sido fácil tomarlas. No era golosa y, más allá de la conciencia de no cometer actos ilícitos, tenía también la manía de las privaciones.

Pero claudicaba a aquello que mi madre consideraba el peor de los pecados: la avidez permanente por la lectura de libros no aptos para mi edad y sobre todo para mi educación. Naturalmente leía a escondidas, día y noche. En mi habitación, donde los pequeños ratones mordisqueaban los papeles y las golondrinas probaban sus primeros ejercicios de vuelo, también mi alma se abría lentamente, por sí sola, hora tras hora, hoja por hoja de cada libro, como la rosa de múltiples pétalos que pareciera estar completamente abierta mientras conserva hasta lo más profundo de su centro algún pétalo todavía cerrado.²²

Es necesario decir que el suntuoso escritorio y el antiguo anaquel de nogal

habían llegado a mi familia por herencia de un pariente: un viejo obispo, hombre culto y estudioso, muerto en olor de santidad.

Verdaderamente su recuerdo esparcía por la habitación donde yo me refugiaba una sensación de perfume. En realidad era el olor de la fruta colgada de las vigas y el que entraba de afuera, de los huertos plenos de alhelíes, de orégano y salvia, pero dentro de mi mente infantil suscitaba un hechizo especial.²³

Además, los libros eran excelentes, aunque mi madre pensara lo contrario: los grandes clásicos, los nuestros o los traducidos en lengua italiana; numerosos volúmenes en lengua latina y libros ascéticos, vidas de santos, biblias, estudios religiosos, pero estos no me atraían. De todas maneras, percibía el “olor de santidad” del obispo de la familia aunque demasiado confundido con los perfumes de la tierra y de la realidad circundante.

Aquel santo obispo que, según se decía, había muerto virgen luego de una vida de privaciones, de estudio y de meditación, yo veía en él solo la figura del hombre extraordinario que había tenido el valor y la energía para superarse a sí mismo y destacarse por encima de los demás atrayendo su atención, como Cristo en la cruz, con el poder de la renuncia y del dolor; pero más que amarlo, lo admiraba. Y si en alguna oportunidad yo pensaba convertirme en santa, luego lo creía imposible.

Santo se nace, uno no llega a serlo en plenitud si el Señor no nos ha marcado en el seno materno con el don de la gracia. Sin embargo, ya es un signo de la bondad divina hacia nosotros si se alcanza a comprender el misterio de esa gracia.

¡Ser al menos una buena persona! O al menos intentarlo. Quien no puede entender bien esta cuestión, no sabrá jamás la razón de su existencia. Y en las noches lunares de invierno, cuando escuchaba el rumor del agua que nacía en los montes y corría el sendero como un ser viviente por las pendientes y a lo largo del valle hasta encontrar su meta, me parecía que una resonancia de órgano lo acompañase, semejante al que acompaña el rito de la Elevación en la iglesia. Entonces, intuía el poder superior que, sin saberlo, mueve a cada ser en el mundo y los hace transcurrir su destino. Me decía a mí misma: “Tu destino sería hermoso si se pareciera al de tu santo pariente, pero Dios te ordena lo contrario. Deberás descender de esta habitación y atravesar el mundo para retornar a Él. Vivirás con los hombres, en medio de ellos, no

sobre ellos, y todos sus errores, todos sus pecados, todos sus esfuerzos, serán los tuyos. Sin embargo, no te olvides que sobre ti existe la fuerza de Dios que te guía”.

Es necesario confesar que estos cuestionamientos surgían de mi entorno familiar.

Mi madre era una mujer religiosa y austera. No hablaba mal, no daba confianza a los hijos; trabajaba siempre y salía de casa solo para ir a la iglesia. Mi padre era bueno, generoso, de carácter jovial y firme al mismo tiempo. Su único pensamiento era la familia.

Era empresario de caminos provinciales y ganaba mucho.

Como sus asuntos progresaban, pensó entre otras cuestiones, en acondicionar nuestra fortaleza. Con profundo pesar de mi parte, la mejora incluyó también al ático y este fue destinado a los huéspedes. Provisto asimismo de una elegante cama con una cabecera adornada con incrustaciones de perlas verdaderas, para no ser menos que el resto de los muebles.

Cuando fue concluida la limpieza y el orden del cuarto, yo tomé nuevamente posesión del lugar, pero allí me sentía incómoda, como si yo misma fuese una huésped, siempre con el oído alerta para escuchar si el galope de un caballo resonaba en el camino.

Muchos eran los amigos de mi padre, quien en sus necesarios peregrinajes por los pueblos y los lugares de la provincia era invitado cordialmente a las casas de los demás notarios y también de los campesinos. Era lógico que en cualquier momento alguno llegara a nuestra casa, obligándome a desocupar el lugar.

También los ratoncitos que antes aparecían bajo la puerta y, largos y tersos como lagartijas negras, atravesaban el suelo polvoriento, así como las golondrinas que entraban por una ventana y salían por la otra, con un vuelo ondulante y un batir de alas de donde parecía brotar su trino infantil, ahora tenían temor de la habitación para los forasteros.

Y yo pensaba qué mal que se vive cuando se es rico. Se vive más para los otros que para uno mismo; para los otros que nos estiman únicamente en la medida de cuánto provecho les podemos dar.

El primero en habitar el cuarto fue un notario, compañero de estudios de mi padre. Venía para avalar unos documentos y estuvo dos días entre nosotros.

Escortado por un criado, provenía de un pueblo de montaña, sin embargo él y su acompañante parecían llegados de la Mesopotamia. Semejaban pinturas al carbón: todos negros, con los ojos almendrados, bigotes colgantes, los dos cubiertos con los tradicionales abrigos de lana, una especie de largos chales ideales para cubrir la cabeza, la espalda, el pecho y las piernas de quien viaja a caballo.

Bajo la capa, el criado usaba un traje oscuro sobre el cual resaltaba algún detalle rojo o verde, mientras que el notario vestía como un burgués, de un negro impecable, y llevaba en el cuello un pañuelo como en los tiempos del Directorio.²⁴ Era alto y pesado, anguloso. Jamás sonreía, y fue el hombre que me ha inspirado más impresión en toda mi vida.

En las comidas, no hablaba más que de su hijo, estudiante de medicina, magnificando, sin hacerlo demasiado evidente, su belleza, su vivacidad, su pasión por el estudio, y sobre todo su ingenio.

Si se conversaba de otras cosas, encontraba el modo de referirlo a su Gabriel.

-Gabriel también corre a caballo como un diablo. Cuando tenía trece años, quiso a toda costa participar de una competición de caballos de carrera y obtuvo el primer premio.

¿Se hablaba del mar?

-También mi Gabriel visita todos los años el mar y es campeón de natación.

¿Si se hablaba de moda?

-Gabriel también viste a la moda. En cuanto a esto, quizá es un poco extravagante y pretende crearla él mismo, al menos en el pueblo, cuando viene de vacaciones -agrega levantando el ángulo de su grueso labio superior. Y esa fue la única vez que sonrió entre complaciente y burlón, posiblemente al notar que mis hermanos reprimían entre dientes una carcajada sarcástica.

En conclusión, su Gabriel sabía hacer de todo, desde experimentos químicos de propia invención hasta composiciones musicales para piano y violín: tocaba, cantaba, bailaba, escribía poesías, coleccionaba monedas antiguas e incluso había creado un aeroplano. Además practicaba esgrima y jamás falló un golpe a su objetivo.

Como era generoso, siempre estaba dispuesto a desvestirse para abrigar a un pobre.

Una vez terminada la carrera universitaria, pensaba ir a Alemania para perfeccionarse en medicina y especializarse en la cura de la tuberculosis.

Mi padre dirigía de vez en cuando algunas miradas a mis hermanos que se tocaban las piernas bajo la mesa y fingían reírse de cosas suyas; al mismo tiempo, escuchaba a su amigo con toda seriedad, puesto que el huésped debe ser tratado siempre con cortesía, aunque este exagere hasta el cansancio y el ridículo las bellas cualidades de su prole. Sin embargo, la atención de todos se animó cuando se habló del carnaval y de la mascarada, y el notario dijo:

-¡Oh! Entre nosotros el carnaval es, en los últimos días, muy animado y bullicioso. La gente que por meses y meses permanece recluida en casa y casi sepultada por la nieve tiene necesidad de estirar sus piernas y de calentarse. Se baila en todas las casas. El martes de carnaval, los jóvenes más robustos se visten con pieles, se cubren con cuernos y cencerros de los bueyes, y “bueyes” se llama a esta mascarada infernal. Montados a caballo, recorren las calles gritando y golpeando en las puertas de las casas, pidiendo embutidos. Dan miedo. Gabriel rechaza estas formas de carnaval salvaje, aunque también él ama disfrazarse. Y para eso es insuperable. Ni siquiera tiene necesidad de una máscara para volverse irreconocible, e imita a la perfección cada uno de los personajes.²⁵

Y el notario, distraídamente, comentó:

-Una vez, vestido de sacerdote, fue a visitar a una familia y esta lo tomó realmente por el nuevo párroco. Y en el último carnaval, cuando vino a casa por vacaciones, ideó una representación extraordinaria: el domingo descendió de la diligencia una única persona; era una joven extranjera, una de las que pasan por nuestro pueblo para visitar la antigua iglesia. Pero esta jovencita no portaba consigo los anteojos habituales y tampoco estaba vestida burdamente; era bella, elegante, maquillada, y además llevaba pieles y velos. Dejó su valija en la posada y seguidamente visitó la basílica; luego preguntó dónde podría observar los bailes típicos del lugar. La acompañaron a una casa donde se bailaban danzas tradicionales y modernas; de inmediato se produjo un gran revuelo, no solo por su presencia sino por su comportamiento: comenzó a mirar a los jóvenes burgueses de tal modo que estos abandonaron a sus compañeras para ocuparse de ella; también bailó, y luego recibió varias declaraciones de amor. Hasta que un sobrino mío, advertido por un amigo, observó bien a la extranjera y gritó: “¿Pero no ven, tontos, que es mi primo

Gabriel?”.

Ni siquiera al contar estas proezas de su Gabriel, el notario sonreía; y entre la hilaridad de los demás, incluidos los criados, que se paraban en el marco de la puerta con los platos en la mano y los ojos brillantes de admiración, tampoco yo sonreía; ya sea por temor al gran hombre negro, o porque la figura del joven estudiante no me parecía, por los cuentos de su padre, relatados con esa voz dura casi pétrea, nada divertida. Pensaba: “Debe ser medio loco este señorito Gabriel”.

Y me parecía verlo en medio de aquella multitud sana y rústica de sus paisanos, vestido de mujer, pintado y trágico, bailar una danza macabra, o tocar la guitarra y cantar una triste canción. Y no lograba imaginármelo sin disfraz; siempre, de una u otra manera, su rostro era en sí mismo una máscara. Tampoco él nunca reía; y su manía de probar cada arte y cada ciencia lo teñía a mis ojos con el color de la locura.

Y sin embargo comencé a pensar en él como en un ser extraordinario, absolutamente diferente de cuantos conocía, destinado desde cualquier perspectiva a un gran futuro. Y las charlas de las criadas, a quienes el siervo del notario había confiado los planes de su señor acerca de proyectar un matrimonio entre su hijo y yo, me suscitaron un malestar oscuro y luminoso al mismo tiempo: algo así como la confusión de las nubes sobre el monte, en los atardeceres de marzo, que mezclaban el rojo del occidente ventoso a la negrura del invierno que partía.

Ser amada por un joven como Gabriel debía ser algo mágico, un verdadero hechizo: pero vivir con él en la realidad de todos los días era ciertamente desagradable y penoso.

Y comencé a esperar a este Gabriel quien, sabiendo que teníamos una habitación disponible para huéspedes, quizá un día u otro viniera a hospedarse en ella. No obstante, aunque muchos visitantes iban y venían, él jamás aparecía.

Sin embargo volvió el padre con su fiel criado, y ya me pareció algo. También esta vez habló de su hijo pero con cierta preocupación. Gabriel no quería esperar a graduarse para viajar al exterior y perfeccionar sus estudios, quería partir muy pronto e inscribirse en la Universidad de Mónaco o de Berlín. Necesitaba pues mucho dinero para satisfacerlo y el notario, según

decía su propio criado, era muy avaro.

-Bueno, es necesario sacrificarse por el bien de los hijos -dijo mi padre-, además tu Gabriel es muy diferente a los otros jóvenes y ciertamente está destinado a un futuro prometedor. Suelta, suelta la sogá, querido Alfonso María.

Y creí escuchar en sus palabras un leve eco de sarcasmo, eco que resonaba quizá dentro de mí; pero me pareció justo que el notario inclinase el rostro sobre el plato, y luego de haber engullido, como era su costumbre, una cuchara de sopa caliente, levantara nuevamente la vista, enrojecido y turbado, aceptando la profecía y los consejos de su anfitrión.

-Esperemos que así sea -dijo convencido, y me miró fugazmente; luego miró a los otros comensales, grandes y chicos, como para asegurarse de que todos compartíamos su alegre certeza. Y para corresponder a la burla amistosa de las últimas palabras de mi padre, o quizá con una intencionalidad calculada, agregó:

-Y cuando mi billetera esté vacía, recurriré a la tuya, querido Juan Francisco.

Luego permaneció algunos meses sin dejarse ver. Los huéspedes venían, los huéspedes se iban. Mi madre siempre estaba ocupada en asar cabritos, preparar rellenos o cocinar macarrones. Enviaba a la criada a la granja del valle para conseguir fruta y verdura. Alguna vez yo misma la acompañaba y eran mis días más felices. Allí habitaba nuestro ermitaño, en su choza de rama y piedras, en torno a sus repollos y sus cultivos primitivos alimentados por un hilo de agua, última vena del torrente invernal, que él orientaba acá o allá según la necesidad, conduciéndolo como si fuera su pequeño criado. Y le hablaba como a un ser viviente, bendiciéndolo, aconsejándose con él, amenazándolo, y también intentaba castigarlo si se escapaba del surco y pretendía fluir por su cuenta.²⁶

Cuando llegábamos, se apoyaba en la zapa y decía:

-¿Huéspedes? Y tú, ¿cuándo te casarás, señorita?

Yo enrojecía, me parecía que él podía adivinar mi secreto y, con su clarividencia de solitario, asociase la palabra huésped con su pregunta inocente.

Entonces un día sucedió algo extraño. Un globo volador de papel rojo, que al sol parecía de fuego, se elevó sobre los montes del horizonte y vagó de un

lado hacia el otro hasta que por la noche cayó, incendiándose en los límites de la finca. El viejo no había visto jamás algo semejante; lo creía un monstruo misterioso y cuando lo vio caer, se arrodilló con terror y adoración. Gritaba: “¡Es el Señor!, ¡es el Señor!”.

Veíamos los avances de la bola de fuego, trozos de papel quemado que volaban entre los arbustos como pájaros negros, y los esqueletos de las cañas también quemados. ¿Era el globo inventado por Gabriel? Jamás lo he sabido, pero intuía un sentido significativo, irónico y cruel, en la caída de la carcasa de papel que el viejo había adorado como un astro, como una señal de Dios.²⁷

Otro día, en el mes de octubre, durante una de las habituales ausencias de papá, yo estaba leyendo en el cuarto de huéspedes delante del escritorio antiguo. Leía, o mejor dicho releía, uno de mis libros preferidos por ese tiempo: *Los mártires* de Chateaubriand. Era una edición rarísima encuadrada en cuero blanco con detalles en oro. Era algo bello como bella fue toda la jornada, casi envuelta en un clima de ensueño, todo azul, hasta el granito de la montaña y las sombras de los árboles, un azul que se reflejaba sobre las paredes de la habitación y sobre el escritorio que brillaba como si fuese de cristal.²⁸

Toda esa belleza y el encanto mismo de la lectura suscitaban en mí una impresión de sueño. Casi sentía temor por volver la página, como si se tratase de abrir una puerta por donde podría penetrar una atmósfera diferente; y de hecho, cuando se entreabrió la puerta de la habitación, el mundo cambió de aspecto para mí. Apareció un hombre del cual no había escuchado la llegada. Sus ojos negros me observaban curiosos y atontados, y parecía que mi presencia le impidiese mover los pies más allá del umbral.

Detrás de él esperaba la criada con una valija sobre la cabeza y me miraba adelantando su rostro simiesco y malicioso sobre el brazo del joven. Dijo:

-¡Señorita! No sabía que usted estuviera aquí.

Luego invitó y casi empujó al huésped para entrar en el cuarto pero él no avanzó. Tampoco yo, que enseguida me había levantado, no osaba hablar ni moverme, pero mis ojos se habían dirigido directamente a los suyos, yo sentí que ambos ya nos habíamos reconocido y que aquel instante debía marcar, quizá, un punto decisivo para nuestro destino.²⁹

Él fue el primero en reponerse. Sonrió con una sonrisa irónica y triste que

dejó ver unos dientes hermosos pero espectrales, y con una voz dura que ya conocía dijo:

-Le pido me disculpe, si involuntariamente la he incomodado.

Sí, era la voz del notario pero con una vibración más vivaz aunque igualmente sarcástica.

Sí, este era entonces Gabriel, alto y hermoso, vestido con elegancia correctísima, serio y burlón.

Yo murmuré algo, intimidada por su acento, por esos dientes luminosos que daban luz a su rostro oscuro y lampiño, pero sobre todo por su sonrisa. Porque pensar que él sabía sonreír me parecía la revelación de un misterio.

Me deslicé fuera de la habitación con la cabeza baja, casi como si hubiese sido sorprendida haciendo algo prohibido, y fui a esconderme en la mía.

Mi cuarto daba al patio, un tanto oscuro y poco querido por mí. Una vez superada la primera turbación, me asomo a la ventana y espío si en el patio están los caballos del huésped, imaginando que el hijo del notario había llegado junto a su padre y escoltado por el criado.

El patio está desierto, triangular y un poco húmedo bajo altos muros revestidos de musgo y de hierbas untuosas; parecía el rincón amurallado de un castillo, con un amplio cielo en alto esmaltado con un azul ultramar. Pasan graznando en aquella altura solitaria las cornejas que tienen el nido sobre los campanarios, y ese grito me comunica una extraña sensación de vuelo, de un vuelo peligroso como el experimentado en los sueños.³⁰

En realidad, mi vida en aquellos tiempos era tan quieta y solitaria que cada pequeño suceso me parecía un hecho extraordinario.

La llegada del huésped tan esperado, en el fondo ya amado, llegada transcurrida de ese modo, no podía dejar de turbarme hasta la raíz más profunda de mi alma. Sin embargo, mi ya formado carácter y la conciencia demasiado desarrollada me inclinaban a examinar casi duramente en el fondo de mí misma y en mi derredor. Entonces me compuse con cautela e intenté aferrarme casi físicamente a la realidad.

Me miro en el espejo, y compruebo una vez más que no soy bella, solo los ojos revelan un alma hecha de sol. Gabriel captó desde su primera mirada este

secreto y lo dejó sumido en sorpresa y fascinación. Pero luego ha sonreído, y esa sonrisa se tiñó de burla, posiblemente por mi confusión, por mi figura, por todo el conjunto insólito de rústica belleza, al menos pueblerina. Quizá él conoce los proyectos de nuestras familias, sabe que sueño con él, que lo espero, y mi alma le gusta a través de mis ojos, aunque muy diferentes son las mujeres de carne y hueso que en realidad desea. Él prefiere viajar a las grandes ciudades, más bien ya está de viaje hacia estas grandes ciudades donde la vida es tumulto, lucha y placer, donde el oro y las pasiones humanas fluyen de manera conjunta y el hombre prescinde de Dios. Allá está el lugar de Gabriel, allá el destino lo invita y lo quiere. Si además se digna mirarme, es solo por curiosidad o quizá como pantalla.

“Pero tú no te reirás de mí, tú no verás nunca más mis ojos turbados. Y entonces te irás y posiblemente no nos volvamos a ver jamás”, le digo todavía delante del espejo, hablándole como si él hubiera permanecido pegado dentro de mi pupila.

Pero él ya está muy dentro de mí; está en el fondo de mi alma, y creo escucharlo reír, y entonces súbitamente se vuelve serio y me responde: “Sabes, no quiero irme más”.

Cuando bajé de mi habitación al cuarto donde se comía y se trabajaba, en la planta baja, mi madre y las criadas hablaban de él. Principalmente eran las criadas quienes charlaban con ese modo suyo de discutir y burlarse unos de otros, porque mi madre no solía participar de sus conversaciones, taciturna y pensativa, con el rostro blanquísimo sobre el cual sus ojos celestes irradiaban una luz azulada, siempre inclinada sobre su labor. Esta siempre consistía en prendas para mis hermanos que ella cosía o arreglaba, y en ese momento tenía una entre sus manos delicadas donde solo brillaba el modesto anillo matrimonial.

Al notar mi presencia, la criada que había subido la valija y una misteriosa caja larga de Gabriel comenzó a hacer guiños, luego se sonrió y dijo:

-El señorito ya se ha ido, ¿sabe? Pero ¡qué sorpresa le hemos dado, amita!

-Tú lo has hecho a propósito, bribona -dijo la otra criada, y ella también me miraba y se reía.

Pero enseguida las puse en su lugar:

-¿Qué es tan gracioso? ¿Yo estaba en su casa, o quizá en la vuestra?

-Hubiese sido mejor que te encontraras aquí.

Era mi madre quien hablaba sin dejar de trabajar. No, realmente mi madre no estaba contenta de que yo estuviera escondida acá y allá, leyendo, fantaseando sin hacer nada. Según ella, hubiera sido mejor que Gabriel me encontrara trabajando o supervisando a las criadas.

Él ha debido llevarse muy mala impresión, y es así porque, al salir, anunció que no vendría a almorzar, y eso había entristecido y desilusionado a mi madre. En cambio a mí la noticia me produjo una sensación de alivio: todo habría soportado en mi vida excepto dejar que Gabriel me vea comer.

Sin embargo, su comportamiento me convencía acerca de su indiferencia hacia mí, y eso me humillaba profundamente y más aún cuando advertía la tristeza de mi madre. Su alegría cuando llegaban huéspedes consistía en preparar verdaderos banquetes; y ahora además ella temía los reproches de mi padre cuando este llegara, por no haber logrado retener al joven invitado.

Pero debíamos disculpar a mi madre, porque Gabriel era un huésped diferente a los otros; ni siquiera mis hermanos, siempre tan atrevidos y descarados, que deambulaban continuamente por el pueblo y sus alrededores, se negaban a averiguar dónde había ido Gabriel; solo al final uno de sus amigos comentó haberlo visto abajo, en el camino principal del valle, casi al borde de nuestra finca, sentado sobre una cerca mientras escribía algunas notas.

-Está mal de los sesos -dijo mi madre y suspiró, quizá aliviada al pensar que Gabriel no se había ido por culpa mía.

Pero, a pesar de todo, preparó una cena exquisita e hizo adornar la mesa con la mantelería de Flandes parecida a un raso blanco bordado con claveles maravillosos y con el borde recamado; era una mantelería solo usada para grandes ocasiones, y especialmente a la noche, bajo la tenue luz rojiza de la lámpara de cristal que, como una estalactita de una gruta marina, colgaba del techo gris de la gran habitación un poco oscura, daba a mi cerrada sensibilidad un placer casi carnal.³¹ Yo tocaba los bordes del mantel y pasaba los dedos por las servilletas con la impresión de que la tela fuese casi una especie de piel fresca y viva; me parecía que los claveles blancos del bordado entretejidos en una danza geométrica daban la sensación de vértigo al mirarlos fijamente, exhalando un misterioso perfume a fiesta nupcial.

Pensar que el mantel podía mancharse, que mis hermanos lo pudiesen

profanar con sus bocas grasientas, me hacía mal. Pero esa noche, todo estaba permitido para que el huésped volviera.

Y él finalmente regresa. Yo termino de preparar la mesa y no lo miro, pero lo siento y lo veo en cada uno de sus rasgos como si lo conociese desde muchos años y tuviese una gran familiaridad con él. Ya no está vestido con un color neutro como el de su llegada, se había cambiado antes de salir. Lleva un traje azul oscuro con la corbata del mismo tono y usa un sombrero de paño negro. En él perdura alguna semejanza con su padre, algo de grave y de irreductibles; y su presencia casi expande una sensación de amenaza y de peligro. Y sin embargo, una alegría jamás experimentada ilumina todo mi ser. Y cuando puedo levantar mis ojos y encontrarme nuevamente con los suyos, recuerdo los rayos nacientes del sol sobre los montes.

Este es el verdadero Gabriel, no el joven creado por mi fantasía. En él todo es hermoso: las largas manos, los dedos afilados de artista, los cabellos tersos y casi irisados como las plumas de los cuervos jóvenes;³² las cejas arqueadas en el espacio de su frente cuadrada, la boca triste y sensual; su modo de moverse, de sentarse y de observar las cosas, compuesto, lento y casi rígido, pero no indiferente. Todo me gustaba y me suscitaba orgullo como si él ya me perteneciera.

También él pareció alegrarse por el cálido recibimiento mío y de toda mi familia. Mis hermanos especialmente, que parecían tres pequeños leopardos, se habían pegado a él y lo espiaban, lo analizaban de arriba a abajo como a una roca que quisieran saltar.

Él los dejaba hacer con aire serio pero no severo, sin darles confianza, hasta que el más pequeño y audaz preguntó en voz alta:

-¿Es verdad que usted sabe tragar cuchillos?

Los demás comenzaron a reprender al imprudente, pero Gabriel sonrió espontáneamente, luego volvió a mirarme y recuperó la seriedad.

Tuve la impresión de que él adivinaba cómo me lo había imaginado antes de conocerlo y quisiese borrar ese fantasma de mi interior; y hasta me pareció que comprendiese la reprimenda concedida a mi hermanito por su pregunta insolente, porque lo tomó fuertemente por la espalda y le dijo con voz amenazante:

-Si quiero, quizá también pueda tragarte a ti.

Abrió la boca inclinándose sobre la cabeza del niño, volteó los ojos con

expresión diabólica y tuve la sensación de que sus dientes masticaban los cabellos del culpable.

Ahora caía en lo trágico y su figura se descomponía de nuevo, y de nuevo despertaba en mí una profunda angustia.

Los demás sin embargo reían, y a sus tácitas invitaciones, o quizá para hacerme sufrir, comenzó a hacerse el malabarista: tragó cuchillos, hizo caminar una de mis queridas servilletas reduciéndola a la forma de un embudo dado vuelta; también hizo crecer en el macetero ubicado en el marco de la ventana una plantita de geranio que florecía alegre sobre el fondo melancólico del patio. En realidad, yo no vi crecer la plantita como afirmaban mis sugestionados hermanos y las criadas que se habían acercado para observar los milagros de nuestro huésped. Pero él no “trabajaba” para mí sino de una manera cruel; para mí no existía más que una mirada fugaz y me parecía como si extrañamente mi presencia oscureciese la escena alegre e íntima.

También durante la cena (en mi región se llamaba almuerzo a la comida del mediodía y cena a la de la noche),³³ él no hizo más que jugar con mis hermanos y conversar con mi madre, pero lamentándose siempre en un tono burlesco, por la avaricia de su padre. Decía:

-Es una enfermedad familiar heredada durante siglos. Mi abuelo ayunaba seis días por semana con la excusa de haber hecho una promesa durante una grave enfermedad; era seco y delgado como un bastón, también porque no dormía por temor a los ladrones. Y mi padre, a su vez, está siempre obsesionado con la idea de que el dinero lo da el Señor no para gastarlo sino para conservarlo. De todas maneras esa enfermedad acabará con él, se los aseguro yo, Gabriel, si existe enfermedad es la de haber nacido con las manos abiertas y rotas.

Se miró las manos a través de la luz y los niños aseguraron ver realmente agujeros en ellas.

Yo experimentaba un malestar casi físico, una sensación de ahogo; y hubiera deseado irme afuera a la noche oscura rodeada de estrellas o trepar al techo de la casa, porque lo que tenía delante, que comía, y comía mucho, y bebía y reía, y se burlaba también de sus familiares, era el mismo Gabriel imaginado por mí a partir de los relatos benévolos y un tanto orgullosos del padre: en síntesis, un joven extravagante y grotesco que suscitaba risa en la gente pero para divertirse de la ingenuidad de los demás.

Es necesario decir que, más allá de todo, yo sentía una perversa preocupación por la servilleta que él en sus juegos había hecho desaparecer. Dejé caer la mía para mirar bajo la mesa, pero no vi ninguna además de las apoyadas en las rodillas de los comensales, y al enderezarme advertí que el rostro de Gabriel se había ensombrecido de nuevo casi trágicamente, y que ahora sus ojos me lanzaban una mirada hostil.

Todavía siento una punzada en el corazón³⁴ cuando vuelvo a pensar en la duda que él había intuido sobre mi maligna suposición, y cuando advertí que finalmente él estaba por dirigirme la palabra, pareció que quería decirme: “Pero señorita, ¿usted me cree un ladrón de servilletas?”.

En lugar de esto, me preguntó, quizá para vengarse:

-¿Tú estudias?

Aquel *tú* paternal y protector terminó por exasperarme. Advertí los ojos burlones y brillantes de mis hermanos, mientras que el rostro de mi madre transmitía tristeza y humillación, y para defenderme mejor del ataque, también yo me armé de una refulgente coraza de risa.

-¿Por qué te ríes? -insistió, pero entonces mis hermanos me ayudaron con el coro de sus carcajadas y cambiaron los roles. Ahora el burlado era él.

Nos miró uno a uno, un poco sorprendido, y creyó bien recuperar el tono familiar.

-¿Se podría saber por qué una simple pregunta ha despertado tanta hilaridad?

Por mi parte, experimento algo que se funde en mi corazón, intuyo haber entrado también yo en el círculo de *sus* conocidos y poder dirigirme libremente a él. Ahora poseo la fuerza de mirarlo a los ojos sin misterios, de hablarle, de haber disipado mi temor hacia él.

-Yo nunca he estudiado, apenas sé leer y escribir.

El encuentro experimentado durante la mañana me desmiente aunque él no lo recuerda, y eso me duele.

-¿Ni siquiera sabes tocar un instrumento?

-¿Tocar? ¿Qué cosa? Ni siquiera las campanas.

Y mis hermanos comenzaron a tirar de cuerdas imaginarias, reproduciendo los repiques de las campanas cuando suenan para acompañar los funerales. Pero él ahora se dirige directamente a mí y alza la voz para dominar el

bullicio:

-Y entonces, ¿qué haces durante el día?

Yo miro a mi madre, casi suplicándole que no me desmienta:

-Trabajo. Hay mucho por hacer en casa, y las criadas nunca hacen todas las tareas que se necesitan realizar.

Mis hermanos pretenden continuar con el sabotaje, gritando y riendo pero, viendo mi mamá la dirección de la charla hacia temas más serios, los obliga claramente a irse de la sala. Y ella misma va a la cocina con la excusa de supervisar la preparación del café.

Y quedamos solos, uno frente al otro, con el espacio de la mesa sobre la cual los objetos en desorden parecen participar de la consternación que me aprieta el alma.

Ahora la voz de Gabriel es diferente, casi lúgubre y estridente en el silencio del lugar.

-¿No tienes hermanas?

-¿Y usted no ha visto?

-Creía que alguna ya se hubiese casado. ¿Pero por qué no me tuteas? ¿Cuántos años crees que tengo?

Yo ya sabía que tenía veintidós años, pero representaba muchos más, al menos para mí, que lo veía como un hombre anciano. No obstante, me sorprendía y me halagaba la familiaridad un tanto severa con la que retomó la conversación. Se había recostado con cierta superioridad, ladeando la silla y apoyando el codo en la mesa, de modo que ahora la luz de la lámpara lo iluminaba de costado, y yo lo veía como si tuviera dos caras, una radiante y otra oscura bajo los cabellos brillantes que me recordaban nuevamente las alas de los cuervos en primavera.³⁵ Se marcaban las sombras de las largas pestañas cubriendo los ojos, y los labios al moverse revelaban y al mismo tiempo escondían los dientes en un juego voluntario.

Quería complacerme: lo hacía instintivamente y yo lo sentía y lo disfrutaba hasta el sufrimiento. Mirando a lo lejos, como si observara el panorama de su pasado, afirmaba:

-Este invierno he estado enfermo de fiebre reumática. Mi padre se obstinaba en hacerme estudiar en Boloña porque en esa ciudad tenemos un pariente y, alojándome en su casa, algo se ahorra en hospedaje. Pero era una

casa húmeda, sin calefacción; en mi habitación el agua se congelaba en el aguamanil. Además, la ciudad durante el invierno es terriblemente fría y, cuando se sale de la casa con frío, el frío se padece todo el día. Por ello, aunque nací entre montañas, me enfermé de fiebre reumática y aún padezco sus efectos; razón por la cual estoy demacrado y parece que tuviera treinta años aunque solo tengo veintidós, gracias a Dios, y quiero conservarlos para toda la vida.

Se acarició el rostro con la mano izquierda, como si quisiera confirmar la verdad de sus palabras. Luego reanudó:

-En tres o cuatro años seré médico. Pero el tiempo pasa rápido, sí que pasa rápido. Me parece ayer cuando tenía ocho años y asistía a la escuela de mi pueblo. Pero no querría volver atrás. La niñez resulta triste especialmente en ciertas casas y en ciertos pueblos. Mi entretenimiento consistía en detenerme en las pequeñas callecitas y contemplar la hierba que crece entre sus piedras, para observar y envidiar las lagartijas que no hacen otra cosa más que disfrutar del sol.

-¡También yo! -exclamo entusiasmada.

Se volvió para mirarme y luego reanudó:

-Sí, en los niños es instintiva la envidia por los animales libres y felices. ¿Quién no ha querido ser un pájaro? Sin embargo, los pájaros y todos los animales que parecen felices quizá sufran más que nosotros. Padecen continuamente el miedo y el peligro, mientras que el hombre se engaña a sí mismo creyéndose fuerte, pensando que puede construir su propio destino. En cambio la felicidad surge de la nada y a la nada vuelve; no está en nuestro poder alcanzarla por nosotros mismos.³⁶

Yo sentía latir mi corazón como si él lo golpeará con sus dedos. Cada palabra suya era para mí la verdad misma y me sentía orgullosa por el tiempo que me dedicaba con su conversación. Sin duda sabía que podía comprenderlo y yo quería demostrárselo, pero temía romper la magia. Por otra parte, no parecía querer que yo hablase, él también hablaba por mí.

-Tú también eres una criatura feliz: tienes diecisiete años, un padre que trabaja para ti, una mamá santa, una hermosa casa, muchos libros que... no sabes leer. Sin embargo esta mañana leías uno y muy hermoso.

-Yo no leía.

No quería contradecir mis palabras. Se miraba cada tanto las uñas de la

mano izquierda y movía de uno a otro lado el alfiler de la corbata que parecía un pequeño girasol.

-Incluso te he envidiado esta mañana, cuando he visto el paisaje de tu ventana, y aquellos libros y el mueble árabe de anticuario. Pero, ¿dónde lo han conseguido?

-Lo hemos heredado de un tío nuestro, un obispo -respondo al descuido, como si todos nuestros antepasados hubieran sido obispos y barones.

Aunque no da importancia a mi respuesta, sus palabras posteriores me duelen.

-Cuando sea rico, no compraré más que muebles antiguos, sobre todo del Cinquecento, hierros forjados, esculturas, cuadros, cristales y miniaturas. ¿Pero llegaré alguna vez a ser rico? Mi padre, repito, afirma que mis manos son un enigma. -De nuevo escondió las manos haciendo un gesto juguetón de reproche-. Además, ¿para qué sirve el dinero si no es para satisfacer nuestros deseos, nuestras pasiones? La vida de mi padre, oh, no, no deseo repetirla. Trabajar, desafiar al sol y a la nieve como un pastor, vivir en una casa pobre y sombría para ahorrar alguna moneda que luego disfrutaran los demás. No, realmente no quiero. También se ofende a Dios viviendo así.

Yo hubiera querido defender al notario cuya figura austera me parecía digna de todo respeto, pero en ese momento entró mi madre con la criada que traía el café, y Gabriel cambió de tema.

Toda la conversación que intercambiamos esa noche permaneció grabada en mi memoria como en un libro: no puedo continuar refiriéndome a ella porque aún hoy su recuerdo continúa suscitando en mí una sensación de malestar.³⁷

Entonces llegó el momento de retirarse. Él debía partir al amanecer. Saludó a los niños y, volviéndose a mí, me dijo:

-Te enviaré algún libro o postal con paisajes de Alemania.

Yo no osaba ni siquiera mirarlo, tampoco él me miraba: no le extendí la mano ni él la buscó, pero sus promesas me apretaron la garganta con un collar de oro, como si él me hubiera unido a su persona para siempre.

“Permaneceré aquí contigo, y vendrás conmigo para siempre.” Así recibí sus palabras; y cuando él partió, en el gran ambiente vacío, vi los ojos de mi madre, también felices y asustados por el vínculo que -ella lo comprendía perfectamente- se había establecido entre nosotros.

Pero no, él todavía no me había dicho todo, y quería decírmelo antes de irse tan lejos.

Agitada, triste y hechizada por una pasión que ni siquiera podía aún definir, logré deslizarme afuera, al jardín, con la imperiosa necesidad de contemplar las estrellas e incluso más luminosa que ellas, también mirar la ventana de la habitación que de ahora en más sería “nuestra” habitación.

Tengo la loca ilusión de que él me vea, que encuentre el modo de alcanzarme, de hablarme una vez más, de llevarme lejos junto a él en un torbellino de amor.

El perfume del orégano surgido del roce de mi vestido con los arbustos me estremece; todo tiene algo de magnetismo que me impele hacia la tierra. Y en la tierra, sobre la hierba nueva de octubre, me caí realmente cuando una voz respondió a la de mi alma.

No era una voz humana pero resonaba por decisión de un hombre y expresaba un gemido de pasión similar al mío: era el lamento de un violín. El músico ejecutaba ejercicios simples, como si buscara un motivo creador que diese forma a sus sentimientos y sin embargo estos se manifestaban por medio de la sola vibración producida por las notas, fusionándose misteriosamente con mis emociones.

“Nos amamos, jovencita, pero no osamos revelárnoslo con palabras mortales porque nuestro amor contiene algo que espanta, que nos une y al mismo tiempo nos separa con tintes de odio.”³⁸

”Tengo miedo de ti porque eres dulce y pura, tengo miedo de herirte cuando deseo que toda tu vida sea suave y fresca como la hierba sobre la cual palpita tu inocente corazón; tú en cambio tienes miedo de mí porque sabes que conozco el mal y ya he atacado y mordido la vida con mis dientes salvajes. Sin embargo, si pudiese descender ahora hasta ti con mi carne ya impura y te extendiese mis brazos, tú vendrías a mí y serías toda mía, y echarías raíces en mí como el bulbo del lirio entre el abono mezclado con la tierra.

”Pero yo no quiero, no puedo descender porque también tu frágil cuerpo, amargo y frío como el capullo que apenas comienza a abrirse, no me gusta. Me gusta tu alma vasta, profunda y luminosa como esta noche estrellada, y con mi alma ya tenebrosa y lúgubre deseo hablarte.”³⁹ Quizá no nos encontremos nunca más sobre esta tierra, pero estaremos igualmente unidos: este es el verdadero

amor, y tú, jovencita, debes conformarte.

”Quien no se conformará nunca seré yo. Te buscaré en los ojos de otras mujeres, aunque no encontraré otra igual que tú. Te buscaré fuera de mi corazón mientras que tú permanecerás siempre dentro de mí, y por eso, no necesitarás buscarme.”

Así, luego de muchos años y de tantas experiencias, yo traduzco el incierto y ambiguo canto del violín de Gabriel.

La realidad fue que partió sin que yo lo volviera a ver, y su visita, entre otras cosas, dejó en nuestra casa una sensación extraña.

La servilleta que él había hecho desaparecer jamás fue encontrada: ninguno, ni los niños, ni siquiera las maliciosas criadas dudaron que se la hubiese llevado consigo; más bien afirmaban que se la había tragado. De todas maneras, la fina mantelería quedó mutilada, y cada vez que la usábamos me producía dolor. Me parecía que una parte de mi cuerpo, un ala de mi alma, me faltara a mí también.

Por largo tiempo, durante todas las noches, los gemidos vacilantes pero desgarradoramente expresivos del violín de Gabriel resonaron dentro de mí. Casi me perseguían; también lo percibía en las noches de viento a través del gemido del torrente, en el silencio cercano y lejano; brotaba desde la hierba del huerto, del canto de los grillos, del crujido de los muebles. Y todo parecía amar y sufrir porque era yo misma quien amaba y sufría.⁴⁰

No llegaban ni las postales ni los libros prometidos por él, ni siquiera un saludo suyo, nunca. Solamente en invierno, más precisamente en época de nieve, descendieron de las montañas el notario y el criado, muy abrigados, con capuchas cubiertas de copos de nieve.

Grandes muestras de bienvenida fueron dadas a los recién llegados -pues mi madre encontraba natural, más bien correcto, el comportamiento silencioso de Gabriel-; brilló espléndido el fuego de la chimenea, se encendieron todos los fogones y las criadas corrieron por toda la ciudad en busca de buenos alimentos. Pero el notario, pálido y frío, no se acercaba al fuego, nunca sonreía; más bien parecía especialmente irritado conmigo, como si adivinara mi pasión y la desaprobara.

Habló muy poco de Gabriel, y sin el entusiasmo habitual; solamente comentó que cursaba en la Universidad de Mónaco, en Baviera, que gastaba

mucho dinero y además estudiaba pintura.

Por su parte el criado contó a las mujeres que las sumas pedidas por el estudiante eran desmesuradas, que el notario se inquietaba también porque Gabriel escribía acerca de su permanente debilidad física; se preocupaba hasta el punto de enfermarse él mismo del hígado.

De hecho, murió al año siguiente. Yo me obstinaba en esperar al joven pero sin hacerme ilusiones. Después de todo, él no había intercambiado conmigo más que unas pocas palabras, y se había divertido con el tañido de su violín en la habitación de huéspedes del mismo modo como actuaba en todas las circunstancias, es decir, como simples ejercicios más allá de los cuales no avanzaba.

También conmigo quizá, pobre criatura cruzada fortuitamente en su camino, se había divertido probando el inicio de una aventura prontamente olvidada.

Y sin embargo, las vibraciones de mi corazón no cesaban, y puesto que eran inocentes y ninguno las conocía, yo no intentaba tampoco reprimirlas.

Vagas noticias nos llegaban de él: luego de haberse comido el patrimonio paterno, no había regresado más a su pueblo, pero, siendo todavía muy joven había realizado parte de sus sueños ambiciosos, logrando fama de importante especialista en tuberculosis, y disipaba sus ganancias con amantes de lujo. Entonces mi pasión pareció apagarse. En el fondo permanecía en mi interior un sentimiento de humillación, casi de odio, y el deseo de encontrarlo un día nuevamente para hacerlo sufrir.⁴¹

Sin embargo, esto era solo una ilusión. Mientras tanto, los años pasaban y no me traían ni siquiera la esperanza de encontrar marido. Así también los asuntos familiares habían empeorado. Mi padre había muerto de manera casi repentina dejando suspendidos los negocios mediante los cuales producía las ganancias; mis hermanos estudiaban y mucho dinero estaba destinado a ellos, mi madre trabajaba y lloraba. Yo misma le propuse despedir a una de las criadas y alquilar parte de la casa además de la habitación de huéspedes que me inspiraba un hastío especial luego del período de sueños y de vanas esperanzas. Y sin embargo fue esta la que me trajo buena fortuna.

Un día se presentó una vecina solicitando en alquiler la habitación de huéspedes para un oficial del gobierno. Ella misma sería la encargada de asistirlo en sus menesteres. Dijo:

-Es un señor de unos treinta años, sano, elegante, de buena familia. Parece

rico; ahora se aloja en el hotel, donde todos lo aprecian. Todas las muchachas se han enamorado de él.

Mi madre lo pensó detenidamente pero, visto que no era necesario intimar con él, siendo óptimas sus referencias y alta la ganancia, el trato por el alquiler fue cerrado. El inquilino se presentó pero fue recibido solo por mi madre, quien luego apenas me dijo:

-Parece un buen hombre.

En los primeros momentos pareció como si no estuviera. Salía por la mañana, regresaba por la tarde. Y nosotros evitábamos encontrarlo. Sin embargo, nuestra criada, curiosa e intrigante, estaba naturalmente al corriente de todos los asuntos del inquilino; cuando hablaba de ello enrojecía:

-Viera usted, señorita, qué trajes, qué camisas más finas tiene. Y las medias son de seda. Pronto se convertirá en intendente y más tarde en ministro: ¿por qué no intenta casarse con él?

Yo la ignoraba. Luego de la primera desilusión que en parte yo reconocía voluntaria, me había vuelto más dura, casi salvaje. No leía más, trabajaba en casa y cuanto más áspero y rudo era el trabajo, más me empeñaba en él como para castigarme de mis antiguos devaneos. Pulía con rabia los rincones más oscuros y olvidados de la casa, los cajoncitos llenos de objetos inútiles, los estantes de los armarios donde mis hermanos, cuando eran pequeños, escondían su basura y los restos de sus juguetes, y todo lo desechaba. Así bajaba a la más oscura profundidad de mi conciencia, buscando aclararla a fuerza de íntimas confesiones a mí misma y de firmes propósitos.

Pero mi vida transcurría envuelta en melancolía, y así, sin amor, sin esperanza y sin pecado, me parecía un vaso de cristal conteniendo solo el vacío.

La llegada del extranjero a nuestra casa no cambiaba el color de mis días. Desconfiaba de él como del resto de los hombres y evitaba mirarlo si lo cruzaba por casualidad cuando salía o entraba. Sin embargo sentía su paso ligero y elástico, el perfume que dejaba por la escalera; alguna vez, su voz clara y vibrante. Y aunque para mí él era “el inquilino”, delante del cual yo hubiera debido sentirme humillada como signo de la decadencia de mi familia, las palabras de la criada: “Será prefecto” (excluyamos quizá la altura de “ministro”) lo revestían de respeto y casi de grandeza en mi fantasía de muchacha de provincia.

La criada no cesaba de hablar de él, y otro tanto debía hablar con él de mí, porque advertí que intentaba acercarse y conocerme. Concluido el mes, él mismo buscó a mi madre para pagar el alquiler del cuarto y se interesó en nuestra situación. Pero mi madre le hizo comprender que deseábamos vivir en soledad por el luto reciente y por nuestra mala situación económica.

Y he aquí que un día lo encuentro en casa de unos parientes de la ciudad, única familia que yo visitaba una o dos veces al año. Eran primos segundos de mi padre, gente de buena posición pero sofocada por muchas hijas: siete mujeres, una más hermosa que la otra, todas lechuzas elegantes continuamente apoyadas en sus ventanas, esperaban pasar al Príncipe Azul o a cualquier pretendiente. Llamaban la atención de los forasteros, de los oficiales apenas llegados, de los caminantes obligados, pero ninguno terminaba en matrimonio.

La madre las acompañaba con santa y soñolienta paciencia a todas las fiestas y bailes, a las prédicas, a las misas cantadas donde asistían multitudes; ella misma organizaba paseos por el campo y reuniones en su casa *para atraer a los mirlos*. En cuanto a las mujeres, invitaba solo a aquellas que no podían opacar a sus hijas y que resaltarán sus cualidades, su belleza, estatura y frescura.⁴²

Ese día los visité sin saber que habían organizado una reunión y habría dado la vuelta de buena gana si no me hubieran detenido las muchachas arrimadas a las ventanas, si no me hubiesen visto, llamado, acompañado en medio del remolino de sus vestidos de seda irisados. Y me llevaron con toda su cordialidad al centro preciso de la reunión, no exento de un cierto sentido de burla. Por ello me sentí, en un principio, un poco humillada, pequeña y oscura como era, también fría y melancólica. Sin embargo, luego del primer aturdimiento, observé los vívidos ojos de los muchachitos fijos en mí, con una mirada muy diferente de la dirigida a mis primas y recuperé el ánimo y aún más: comencé a sentir a mi vez un benévolo calor burlón por la escena que se desarrollaba a mi alrededor.

Estaban jugando al juego del “por qué”.

-¿Por qué, señor Atilio, se ha puesto hoy la corbata azul?

-¡Me gustaba esta!

-¿Y por qué le gustaba esa?

-Esperaba que le gustara a usted también.

-¿Y por qué esperaba que me gustara a mí también?

-Creía que el color azul fuese su preferido.

-¿Y por qué creía...?

Hasta que el pobre desgraciado pronunciaba la palabra fatal y un coro de voces lo lapidaba:

-¡Penitencia! ¡Penitencia!

Las frases más tontas venían acompañadas de carcajadas interminables, y sin embargo el juego amenazaba con languidecer, posiblemente porque no existía el verdadero sentido del juego que era la incitación al amor, hasta que de pronto se sumó nuestro inquilino.

Su aparición trajo a la habitación una especie de destello de sol: todas las jóvenes se levantaron, y sus vestidos coloridos palpitaron como las alas de mariposas. En efecto, él tenía en sí algo de claro y luminoso, en el vestido gris elegante, en su rostro fresco, en sus ondulados cabellos castaños. Y sobre todo, en sus ojos brillantes de alegría burlona pero franca. El clima festivo que animaba a los presentes y especialmente a las muchachas, venció también mi corazón. También yo me sentí arder por entero, por el orgullo de haber sido notada por él cuando, mirándome desde lejos como si desde mucho tiempo nos conociésemos, exclamó:

-¿Usted también está aquí?

Vino directo hacia mí y mantuvo mi mano en la suya, que era tersa y suave como la de un niño.

Y sus ojos profundos, límpidos y dorados buscaron los míos. ¡Qué diferente era su mirada de la del otro! Con la mirada se entregaba íntegro, hasta la profundidad de su alma, y nunca más se ocultaba. Y su mano dulce pero firme me decía: “Te he conseguido y ya no te dejaré jamás”.

Sobre todo, me conquistó el sentido de confianza y de amistad que súbitamente suscitó en mí. Fue como si la puerta cerrada de la morada nocturna dentro del cual amaba esconderme en un momento se abriera y la luz de la mañana finalmente llegara también para mí.

El juego fue retomado con un color mucho más intenso que antes. Una cadena mágica estrechaba ahora a cada uno de los invitados entre sí y todos, especialmente las muchachas, se inclinaban sobre mí y mi compañero de juego, como si por nuestras palabras debería brotar el rayo revelador del verdadero *porqué* de la reunión.

Reina la envidia, la malicia, pero también la alegría en la mirada de todos: la misma madre de las muchachas, cuyo rostro expresa siempre una aflicción secreta, ahora sonríe y me mira complaciente, casi para alentarme a dar el ejemplo a sus hijas sobre el modo de enlazar marido.

Mi futuro esposo se dirige a mí frotándose las manos y sacude la cabeza como para decir para sí mismo: “Veamos si lo adivino”.

-Señorita -dice con voz insinuante inclinando su oído hacia mi rostro, como para animarme a hablar, aunque con disimulo-, hágame el favor de confiarme por qué hoy se encuentra milagrosamente usted aquí.

Como se sabe, el juego consiste en evitar la palabra “porque” en la respuesta. Pero yo, con ímpetu respondí:

-Porque...

No me dejaron continuar. Las jóvenes se levantaron con la garganta hinchada de risa; los muchachos miraron burlones a mi compañero. ¡Ay, desgraciado! ¿Con una sola palabra te dejas atrapar?

-¡Penitencia! ¡Penitencia!

Fue un grito general.

¿Penitencia para quién? ¿Para mí, que torpemente había pronunciado la palabra fatal, o penitencia para ambos contrincantes que se jugaban la terrible partida del amor y del matrimonio?

Sin embargo, yo no soportaba el veredicto aunque estuviera cargado de simpatía, y decidí salir victoriosa con todo mi valor.

Así, cuando mi compañero de juego me impuso como penitencia confesar cómo deseaba que fuese mi futuro esposo, respondí en un tono que parecía displicente pero que en realidad resonaba desde lo profundo de mi corazón:

-¡Como usted!

Al día siguiente me escribió una carta de amor y en el mes de mayo nos casamos.

-¡Has llorado, tontina! Pero tienes razón, hoy todo salió mal. Marisa debió ir al pueblo para asistir el parto de su nuera, y el marido comentó que aún no han recibido la carta con el anuncio de nuestra llegada. Ella estará aquí mañana por la mañana. Por esta noche nos arreglaremos, ¿o prefieres que nos quedemos en el hotel del pueblo?

Así hablaba mi marido que había traído de la casa de Marisa un paquete mientras que con una llave enorme, semejante a la de una cárcel, abría la puerta reacia de nuestra nueva casa.⁴³

La idea de ir al hotel en lugar de pasar la noche en ese desierto flagelado por el viento,⁴⁴ estaba lejos de disgustarme; pero deseaba molestar a mi compañero a quien responsabilizaba de todas nuestras desgracias; y sin responder, mucho menos comentarle acerca del sonido de ese violín que ya se había apagado, esperé a que abriera la puerta y la cancel vidriada del interior.⁴⁵

Con agradable sorpresa contemplé una graciosa habitación, súbitamente iluminada por las luces de afuera. Las paredes verdosas y el techo de madera del mismo tono parecían reflejar el color de los árboles, seguramente espejado por la cristalería del fondo, donde sus vidrios y su colorida vajilla brillaban alegres al pasar de la oscuridad a la luz. Y todo, la mesa ovalada cubierta de un camino de encaje, las sillas y los sillones de mimbre con almohadones amplios y cómodos, las ingenuos grabados de las paredes, todo en ese cuarto de ingreso al interior, al mismo tiempo cuarto de recepción y comedor, parecía saludarme con alegría y amistad, mientras el vaho de encierro se escapaba por la puerta hacia afuera, casi huyendo para no aumentar mi descontento.⁴⁶ Al ingresar allí, sentí *mío* el lugar, como si hubiese enviado anticipadamente un duende para preparar la llegada según mis deseos y darme la bienvenida.

Claro, ahora lo sé: era el hálito del sueño, un refugio de amor pensado por mí durante tanto tiempo que saludaba cordialmente nuestra llegada. La habitación también me fascinó de inmediato con su antiguo hogar a leña y los muebles sencillos, la cama con la inocente y tierna colcha blanca. Sin embargo, cuando abrí un cajoncito de la cómoda para guardar mi ropa, retrocedí espantada: vi un ratoncito negro y brillante, como esos que se venden para niños, aparecer y desaparecer entre una pila de papel mordido.

Mi marido, quien con su santa paciencia había ido a buscar dos jarras de agua al fondo de la casa, me encontró de nuevo toda convulsionada.

-¡Por un ratoncito! Pero comprendamos, están en todas las casas de campo. Encontraré el modo de hacerlo desaparecer. El farmacéutico es mi amigo y me preparará un buen bocado para él.

-Pero mientras tanto no puedo guardar la ropa y entonces nos pueden

mordisquear hasta las sábanas.

-¡Pero qué exagerada! Y entonces -exclamó, parodiando el tono de mi voz desolada- el ruido de nuestros besos los ahuyentará.

La frase, dicha así en ese momento, terminó de irritarme; todavía pensé: “No, no, estoy sola y quiero seguir sola. No tengo nada en común con este hombre desconocido que me ha conducido aquí con engaño, como el orco en su cueva del bosque”.

Pero yo no hablaba, había decidido no hablarle más. Mi valija quedó abierta sobre la cama y mis cosas más íntimas, esparcidas por todos lados, bajo la luz de la ventana trasera que dejaba ver tras sus vidrios las ramas furiosas de los sauces que se agitaban desesperadamente; así me parecían esparcidas y perdidas en un desierto desolado mis mejores días, cuando preparaba mi pequeño ajuar con mucha ilusión sobre la punta de los dedos laboriosos.

Mientras tanto, él vertía el contenido de la jarra en el aguamanil y preparaba el jabón y las toallas. Luego abrió el armario y dijo que por esa noche podríamos guardar allí nuestras cosas.

-Me encargo yo. Vamos, bebe, no seas caprichosa.

A la fuerza, me hizo beber un poco de café caliente y conservado en el termo; no me acariciaba ni me decía palabras dulces, más bien me trataba casi con dureza. Parecía comprender el rencor y la hostilidad que sentía por él en esos momentos.

Luego me impuso sacarme el traje polvoriento del viaje que todavía llevaba y lavarme. Él mientras tanto guardaba todo en su lugar.

“Sí, tira todas mis cosas, arroja al armario mis vestidos, destruye todos las cosas nuevas con las cuales creía comenzar una vida nueva. ¡Hazlo! ¡Tú eres el amo! Puedes ordenarme como a una esclava y hacer conmigo lo que te plazca. Hasta mi cuerpo te pertenece pero mi alma herida, no, no, todavía es completamente mía.”

-¿Pero se podría saber qué tienes? -me preguntó al fin, cuando hubo concluido de guardar todo y guardó también las valijas en un vestidor lateral.

-Nada. Tengo frío.

Realmente tenía frío. El viento soplaba siempre inexorable, penetraba por las rendijas de todas las aberturas, convertía en el dueño y señor absoluto del

lugar y de la hora. Hora triste, del crepúsculo casi invernal, con una luz blanca y fría que parecía agonizante. Y tenía la impresión de encontrarnos, mi esposo y yo, en un lugar de exilio, castigados por una ignorada culpa cometida.

-Enseguida comeremos y entrarás en calor -reanudó, comprensivo, la conversación-. El marido de Marisa me ha regalado un pan casero y un salame; para regalo de bodas no está mal. Todavía tenemos el pollo y el vino. Ahora lo preparo.

Él conocía la casa de memoria, y previamente había sido preparada por Marisa antes de nuestra llegada, estaba limpia y provista de todo lo necesario. Sin embargo, faltaba lo más importante cuando la luz del día disminuyó: la lámpara de aceite estaba vacía y no había velas.⁴⁷

De pronto, quise reír por las diligencias inútiles de mi marido, aunque me lamenté por transcurrir la noche en medio de la oscuridad, en esa casa desconocida, con ese hombre que no era más mi novio y se había convertido casi en mi enemigo. Y sin embargo, cuando intentó correr una vez más hasta lo de Marisa para conseguir luz, comprendí que su presencia me resultaba más necesaria que la luz misma.

No soy una persona miedosa, pero aquel día todo mi ser estaba trastocado. La niña reaparecía en la esposa, y la fantasía dominaba la realidad. Efectivamente, esta realidad no se parecía a la esperada para el viaje de bodas, y la más pequeña contrariedad, como los objetos vislumbrados en la penumbra de la noche, adquiriría formas grotescas.

Bajo ninguna circunstancia me quedaría sola ni un minuto; yo siempre me vanagloriaba de bastarme a mí misma con mi soledad interior, pero no sola en ese lugar que, aunque en un primer momento me había parecido tan íntimo, ahora se cubría cada vez más, de sombras y de fantasmas.

-No vayas, no vayas -rogué imperiosamente a mi marido-. No quiero quedarme aquí sola. Ya basta, ahora estoy muy cansada.

Él no responde; parece preguntarse por el significado de mis palabras. Posiblemente lo comprende pero decide con intención alterarlas:

-Bueno, si estás cansada, debes acostarte. Todavía hay luz. Yo voy y vuelvo enseguida.

Exasperada, comencé a gritar:

-¡No! ¡No! ¡No!

-Pero, Nina, ¿qué tienes? -Él siempre me llama con este nombre que

ninguno utiliza, y en aquel momento me pareció dirigirse a una persona que no era yo- ¿Por tan poco te desesperas? Es el cansancio, mañana todo habrá pasado. Acuéstate, dame el gusto, vamos, ¡ánimo, querida!

Me tomó del brazo, me acarició la espalda. Lo odiaba. Me estremecí toda y lo rechacé.

-¡Déjame! No quiero ir a la cama. Quiero estar levantada toda la noche.

Comenzó a reír y a hablar como para sí mismo:

-¡Comenzamos bien! Hubiera sido mejor ir al hotel, y mejor todavía si permanecíamos en la casa. Total, era lo mismo.

Intentó convencerme una vez más por las buenas, aunque en el fondo también estaba contrariado. Él también encontraba en su esposa irracional a una mujer que todavía no conocía. Que lo hacía sufrir y que no era la dulce novia de ayer sino la agria mujer del mañana. Sin embargo, era un hombre, y un hombre de experiencia. Tenía casi diez años más que yo y conocía la vida. Y ya conocía también mis debilidades.

Me dejó sola en el comedor, delante de la mesa preparada, todavía iluminada desoladoramente por la luz temblorosa y verduzca que reflejaban los vidrios de la puerta cancel.

Pero no salió. Lo sentía revolver cosas en la habitación y en la cocina; anduvo también afuera por la puerta del fondo pero sin alejarse.

Sentía el viento irrumpir en la cocina y penetrar por la puerta; llegaba hasta mis pies con movimientos de serpiente y cada vez me irritaba más, quizá vencida por una tristeza muy cercana a la desesperación.

Me parecía estar atada y tirada en la bodega de un barco que se agitaba y se agitaba en medio de la tempestad del mar.

Pero de pronto, siento olor a humo. Ese olor a hogar, a gente viva, perfume de familia, de calor, de poesía, y me trajo nuevamente a mí misma. Las lágrimas bañaron mis ojos pero, esta vez, muy distintas de las anteriores.

Me pareció despertar de una pesadilla, de tragar junto a mis lágrimas todo ese día oscuro y desastroso. Mi compañero encendía el fuego del hogar. Cuando cerró la puerta de la habitación, contemplé la llama en la chimenea; y en ese escenario, como un sol naciente, su figura me recordó el momento de nuestra boda, cuando el sacerdote unió nuestras manos; era la imagen viva del amor.

A la mañana siguiente, llegó Marisa. Mi marido se levantó para abrirle la puerta y los sentí reír y conversar en la cocina mientras ella encendía el fuego y preparaba el café. Él preguntaba noticias del pueblo, del farmacéutico, las cuestiones normales del lugar. La situación no andaba muy bien. Marisa lo sabía porque todos en el pueblo lo comentaban. Estaban colmados de deudas y el Concejo comunal, como aún no había alcalde, debía ser disuelto.

-Vendrá un representante del gobierno. ¿Por qué no se postula usted?

“Solo nos faltaba esto”, pensé yo, alarmada, aunque no excesivamente.

Las cosas habían cambiado de aspecto desde la noche previa; ahora me parecía soñar o, más aún, que todas las vivencias sufridas el día anterior pertenecieran a un mal sueño. Yo misma me había transformado en una mujer completamente distinta.

Serenado el viento, tanto el de afuera como del interior, en la habitación amplia y cálida reinaba un silencio similar al que se siente cuando un tren estruendoso se detiene en la estación solitaria de la montaña.

Tenía la impresión de que la tierra había dejado de girar, que todo y todos estuviesen suspendidos en el espacio infinitamente azul y puro. Los árboles ubicados frente a la ventana con las persianas ya abiertas por mi marido parecían grabados sobre la laca dorada del cielo, y el mismo canto de los pájaros contenía una vibración mecánica como la de los ruiseñores falsos.⁴⁸

Las palabras que mi compañero pronunció susurrando, al aparecer su cabeza por el marco de la puerta, no rompieron el encanto, por el contrario, lo acrecentaron.

-¿Quieres que Marisa te traiga el café? Ya ha comprado también leche, pan, una gallina, pescado, fruta y verdura.

Bienvenida, entonces, esa Marisa que además de la abundancia parece haber traído el don de la paz y de la serenidad.

Y realmente, cuando apareció en la puerta con la bandeja del café cuidando no volcar el recipiente, y al mismo tiempo estudiándome con sus ojos de gato, la imaginé como una de esas hadas convertidas en ancianas contrahechas que pasean por los bosques de las fábulas en busca de niños de corazón generoso. Y contrahecha realmente lo era, con un hombro arriba y otro más abajo, con el pecho duro y prominente, los pies enemistados entre sí, caminaban cada uno por su cuenta golpeándose los talones. Sin embargo la

cabeza era hermosa por los colores pastel que la embellecían: el rostro blanco adornado con pecas, labios rojos, ojos de esmeralda; los cabellos eran abundantes y crespos, con el color brillante del sorgo. Parecía la cabeza de una muchacha, pero cuando abrió la boca para saludarme, vi que le faltaban casi todos los dientes y por eso la voz era estridente, silbando tenue como el viento cuando no encuentra obstáculos.

-Disculpe, señora, si ayer no he podido dar una buena impresión, pero vuestra carta aún no ha llegado. Aquí, en cuanto a los servicios, todos actúan según les convenga. Usted dirá: también usted hizo lo mismo, pero comprenda, mi muchacha estaba de parto y la gente viene al mundo y se va cuando uno menos lo espera. Y en este caso puedo decir “gente” porque mi nuera ha tenido mellizos.

-¡Felicitaciones! ¿Son los primeros?

-Y, no... Mi Pierina es muy buena: ya ha tenido dos; dos y dos son cuatro. Todos son varones y así Dios lo ha querido. Ella tiene veinte años y mi hijo veinticinco, así que estarán a tiempo de ver grandes a sus hijos.

Parecía satisfecha, casi orgullosa; y sin embargo el trabajo de sus hombres no era fácil: toda áspera gente de mar, día tras día enfrentada al peligro y a la muerte más cruel.⁴⁹

Sin embargo, no se manifestaba la misma complacencia por su marido, y cuando le pregunté noticias de él, me las dio de mala gana:

-Mi marido es un buen hombre pero tiene ideas extrañas. Ha recorrido todos los mares sobre barcos mercantes sin ascender jamás de grado ni hacer fortuna. Desde hace tres años está en casa sin un centavo, todo harapiento y destruido como un desamparado. No acepta dinero de nadie, no saluda a nadie, con sus raras ideas en la cabeza. En suma, ¿qué puedo decirle? Es un anárquico. Imagínese, a esta edad, con la boca sin dientes peor que la mía, sin contar con la artritis que tiene. Pero ni a una mosca le hace daño; es más, ahora se dedica a pescar con la caña y cuando atrapa un pez demasiado pequeño, lo devuelve al mar. Por esa razón ni siquiera la policía lo toma en serio.

Yo escuchaba sus palabras pero pensaba en otra cosa. Ella había entreabierto la ventana y en el aire hechizado de la mañana vibraban de nuevo, como lejanos y subterráneos, los acordes de un violín, los mismos de la noche anterior.

-¿Quién vive al lado nuestro? -le pregunto, envuelta una vez más por una sensación de misterio.

-Aquí por la derecha hacia los médanos, en una casa de su propiedad, vive un ciego de la guerra con su esposa. En verano alquilan habitaciones a huéspedes pero, que yo sepa, por ahora no recibieron a ninguno. Será él quien toca el violín. Pero no se alarme, señora; es gente muy tranquila y el arbusto alto los separa completamente de ustedes.

De pronto me figuro el cuadro delante de mis ojos: veo al ciego en su cuarto, iluminado con la misma luz del sol de mi habitación, que parece asombrada de su propio esplendor. El pobre hombre siente penetrar hasta su corazón envuelto en tinieblas esta luz de Dios y la saluda con la voz conmovida de su violín.

No, Marisa, no me alarmo de esa cercanía. Más bien pienso que será la nuestra, la de nuestra felicidad que trastorna la afligida quietud de los dos esposos envueltos en el mismo velo fúnebre.

Cuando me asomé a la ventana, contemplé abajo, extendida, una maravillosa alfombra verde, toda recamada con margaritas rosas; y entre los sauces que le daban sombra se abría un sendero en el fondo del cual brillaba el espejo azul del mar.⁵⁰

Me hice el signo de la cruz por el sentido de gozo que me llegaba hasta las raíces del alma. Luego escribí a mi madre y para enviar la carta fui hasta la estación, rehaciendo la caminata solitaria del día anterior. No quería aún visitar el pueblo, tenía miedo de ver gente, de salir de ese círculo mágico de soledad que Dios había sellado a nuestro alrededor, para nuestra felicidad. Solamente al regresar por la playa atisbé la casita roja del ciego de guerra, escondida entre dos arbustos de tamarisco, me dejé llevar también para ver la casa de Marisa, más todavía porque a esa hora estaría sin nadie.

De hecho, solo un perrito amarillento que parecía un zorro, ya amigo de mi marido, estaba tirado sobre la arena delante del recinto prehistórico de piedras, ramas y tamariscos que defendían la casa. ¿Casa? En realidad era una gran cabaña con muros de piedra, en otro tiempo revestidos de barro y de cal, con el techo de troncos, la puerta y dos ventanas nuevas que por su bello color verde lagarto desentonaban con la construcción troglodita.

Además del perro, que se había levantado y vuelto a acomodarse en el

mismo espacio de la arena donde aún se veía su propio hueco, numerosas gallinas animaban el pequeño patio arenoso que rodeaba con su anillo claro la cabaña negra. La puerta de cobre, cerrada con un gancho de madera, fue abierta fácilmente por nosotros. Y por una ventana entreabierta de pronto vimos el interior pintoresco de la habitación que servía de cuarto, de cocina y también como despensa para guardar los utensilios de pesca. Todo estaba limpio y ordenado; sobre la repisa de la chimenea estaban la cafetera y otros recipientes de cobre que parecían nuevos. Y sobre una butaca, al lado de la puerta, distinguí el huso y la rueca repleta de lino, además de una red para remendar. Un clima de vida antiquísima, correspondiente al origen del tiempo y de la humanidad, emanaba de todo el lugar; me detuve para contemplar dentro de la casa del anárquico, como los niños miran en el pozo a la luna.

Era realmente el pueblo ideal para una luna de miel. Descendimos hacia el mar; la playa tenía pendiente y desde ese lugar, bastante acentuada, con una arena finísima y movediza que el viento agrupaba en verdaderas dunas. Nos cansamos un poco porque no íbamos descalzos para alcanzar la franja sólida, mojada por las olas claras como agua de río.

Y allí estamos, en el centro mismo de un sueño circular tanto tiempo esperado: entre el mar y la tierra, el primero florecido de velas rojas, y el otro de azafrán y abrojos. Más allá de la dorada zona de dunas, se veían abundantes grupos de árboles, casi todos plátanos y álamos, y en el centro de todos ellos, unas casas pequeñas y graciosas con las ventanas cerradas. Ninguno las habitaba durante esa estación; y de hecho, sobre la playa, delante de nosotros, solo se veían las huellas de pequeñas pisadas de pajaritos que parecían haber querido bañarse en el mar, pero solo pertenecían a las golondrinas marinas que de tanto en tanto bajaban a descansar entre los juncos de las dunas.

Solos, nosotros dos, las únicas personas vivas que recorrían la playa en la infinita paz de ese día divino, con el sol todo nuestro, el mar y la tierra creados solo para nosotros. Unas parejas de mariposas de oro salieron del brezal y nos seguían, como magnetizadas por nuestra mutua irradiación de amor. Y cada tanto yo me inclinaba en la arena con un asombro verdaderamente infantil, para recoger algún caracol que parecía una florcita petrificada.

Sin embargo, la vida es siempre la vida con sus pausas engañosas, con sus

bondades y su crueldad muchas veces entrelazadas.

Y de hecho, como el día anterior había actuado con los reclutas salvajes, también en ese momento mi marido se aleja un poco de mí por un instinto de respeto al prójimo y parece querer ocultar nuestra intensa felicidad.

Un hombre vestido de negro apareció entre las dunas; su figura me pareció altísima en un primer momento, entre la línea amarilla del médano y el fondo gris de los tamariscos; luego se encogió súbitamente como hundiéndose en la arena, se recuperó un poco y tomó la forma precisa al acercarse oblicuamente a nosotros. Era un hombre todavía joven aunque notoriamente enfermo. Su rostro amarillento con ojos cavernosos estaba rodeado por el marco de una barba corta y por unos cabellos negros escasos y crespos. Me recordó algún retrato antiguo de mis abuelos de origen moro, y a medida que él se acercaba a nosotros algo de un impresionante recuerdo atávico, sepultado en el fondo de mi ser, se alzó súbitamente por mis venas hasta golpearme el corazón y oscurecer mis ideas. Nos encontramos: también sus ojos desde sus lívidos huecos miraron casi asustados nuestras figuras. Prosiguió después en un sentido contrario al nuestro, sin detenerse ni voltearse.

Nosotros también proseguimos en silencio; yo miraba la arena de mi camino como antes, en mi inocente búsqueda de caracoles, pero apretaba los labios, como para impedir que mi compañero advirtiese en mi respiración el ansia de mi corazón convulsionado. Porque en ese hombre yo había reconocido a Gabriel.⁵¹

¿Era Gabriel o un fantasma que me lo recordaba? En el hombre cruzado en la playa no existía nada del joven de veinte años que yo había visto y apenas conocido en mi casa paterna. Y sin embargo, ¿por qué se parecía tanto? Quizá porque en los años que siguieron a mi espera desilusionada, el rencor, la humillación, incluso la rabia conmigo misma, me inducían a imaginar la imagen moral de Gabriel de manera siniestra y enferma como la del personaje encontrado en la playa.⁵²

Me preguntaba si debía hablarlo con mi compañero. Durante nuestro noviazgo yo le había comentado ligeramente mi primera y única experiencia amorosa, sin insistir demasiado porque él se había manifestado algo celoso. Ahora me avergonzaba de explicarle que ese ser feo y casi grotesco que habíamos cruzado en la playa era quizá el maravilloso Adonis de mi primera juventud. Quizá no lo era.

Y entonces, ¿por qué turbar aunque solo sea por un momento, la serenidad de mi esposo? Yo no tenía derecho. Mis fantasías y mis alucinaciones debía guardármelas para mí, tanto más porque pertenecían a los resabios mórbidos de un pasado que deseaba borrar completamente de mi vida.

Además, apenas se hubo alejado, mi marido me tomó nuevamente del brazo exclamando:

-¡Qué esperpento, ese desgraciado!

-¿No te lo habías cruzado todavía? -le pregunto, siempre mirando la arena que tenía a mis pies.

-¿Y adónde lo vería?

-Aquí, el verano pasado.

-Jamás lo he visto, jamás lo he conocido, jamás lo he sentido nombrar.

-Esperemos que no viva cerca de nuestra casa.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo?

-¿Miedo de qué?

-Que nos venga a molestar.

Yo río; elevo mis ojos y contemplo los suyos, límpidos y perlados. Río, pero mi corazón se estremece y en cada una de nuestras palabras encuentro un significado oculto. Sí, es verdad, tengo miedo de ese hombre, de su cercanía, de su mal. Y recuerdo la casa del ciego de guerra, el gemido del violín. Sí, es él, es Gabriel, que luego de su vida de ambiciones y libertinajes, ya enfermo desde la primera juventud, quizá cercano a morir, ha venido a refugiarse en este rincón del mundo donde la fatalidad también me ha conducido a mí.

Pero yo quiero llegar al fondo de la cuestión y asegurarme de mis presunciones, saber si en la casa del ciego de guerra habitaba algún inquilino y si era Gabriel. Si es así, le cuento la verdad completa a mi marido y nos vamos de inmediato de este lugar. Pero ya me parece escuchar su respuesta:

“Pero tontuela, ¿de verdad tienes miedo de ese espantapájaros? Después de todo, ¿qué ha pasado entre ustedes dos? ¿Cuántas muchachas encuentran el día mismo de su boda a sus antiguos pretendientes?”

Sin embargo, yo misma me preguntaba si, después de todo lo sucedido, Gabriel me había reconocido, y si además de hacerlo, estaba molesto y deseaba molestarme. En el fondo, yo sentía que me había reconocido y que

había experimentado una turbación más intensa que la mía, pero que aún quería engañarme a mí misma. No, no me había reconocido, quizá ni siquiera me había visto. Sus ojos eran la expresión de un hombre que ya camina por el sendero de la muerte y no ve más nada del mundo exterior que no tenga algo que ver con su propia tragedia.

La idea de él como un simple viajero que va por allí y no lo veríamos nunca más me procuró un alivio cruel. En unos pocos meses él estaría muerto, destruido y arrancado de la órbita del tiempo como uno de esos caracoles vacíos de la playa; en cambio mis perspectivas eran totalmente diversas: la vida se me presentaba más luminosa y más brillante que ese cielo y ese mar, también semejantes al interior de un eterno caracol que tenía como perla mi propia felicidad.

Una sensación de alegría pánica renueva mi alivio. Dentro de mi corazón se concentra todo el temblor y la luminosidad del cielo y del mar; y mis ojos contemplan el sol para buscar en él a Dios y agradecerle por haberme dado la existencia.

En sus inicios, mi vida como esposa tuvo un no sé qué de fantástico, aún en su simpleza, como una de las innumerables y pequeñas cosas creadas por Dios; cuando se miran, no son nada pero, al examinarlas detenidamente, invaden el alma de asombro. Así miraba yo los caracoles de la playa, los pájaros, las mariposas, los cristales salinos, las flores de la orilla. Nunca había vivido tan cerca del océano, y me sentía profundamente pequeña y frágil aunque me embargaba una sensación amplia de felicidad y belleza, como las golondrinas marinas que rozaban las olas y parecían teñirse del color del mar.

El hombre negro, el fantasma encontrado el primer día, no había aparecido más ni tampoco había regresado el sonido del violín. En nuestro nido de amor todo iba bien. Marisa llegaba por la mañana muy temprano, cargada de provisiones, y procuraba que los esposos se levantaran tarde y dejaran a ella todas las tareas cotidianas de la casa.

Cuando entró en nuestra habitación con la bandeja del café entre sus grandes manos nudosas, parecía olfatear el aire como una fiera ya anciana que siente el clima de amor de las jóvenes parejas de su raza. Abrió los postigos y en ese momento sus cabellos enrojecieron el vacío azul de la ventana y sus ojos, dirigiéndose a nosotros, nos traían el resplandor del bello día.

Un vaho de perfume a rosas entraba con la primera brisa; era el perfume

de capullos y, al sentirlo, tenía la impresión de habitar un jardín encantado con lagos, cisnes, templos y estatuas rodeando nuestra morada. Una escalera de mármol descendía al mar y un sendero arbolado conducía al bosque. En realidad se escuchaba el canto del cucú que me recordaba mi primera adolescencia, cuando aún no conocía a Gabriel y preguntaba al melancólico pajarillo cuántos años me separaban de mi esposo, de mis hijos, de la muerte.

El esposo está aquí, los hijos ya vendrán y la muerte está lejana. Y sin embargo el canto del cucú todavía me atrae igual que de niña; quisiera encontrar el nido o al menos interrogar nuevamente al oráculo.⁵³

Mientras mi marido se entretiene haciéndole bromas a Marisa, preguntándole si el esposo ha sido por fin encarcelado, si la nuera tiene intención de seguir fabricando gemelos, si la Comuna ha contraído nuevas deudas, yo me deslizo del lecho nupcial y con los pies descalzos salgo al jardincito ubicado frente a la casa. En el fondo del sendero, veo el mar, sólido como una muralla de cristal turquesa. Las gaviotas lo rozan teñidas de azul y las flores del prado, todas de cara al sol, se inclinan saludándolo. La brisa es tan clara y los colores del entorno tan irisados que se tiene la impresión de estar dentro de un diamante.

Mi marido tarda mucho más tiempo que yo frente al tocador en su complicado y minucioso arreglo personal; asoma por la ventana su rostro cubierto por una barba blanca de jabón y enérgicamente me pide entrar a la casa.

-¿Pero qué haces descalza? Te enfermarás. Entra rápido.

-Ya voy.

Como los niños desobedientes, continúo en cambio el paseo prohibido. La hierba es fresca y casi deseo inclinarme a beber el rocío; sobre el arbusto del sendero las arañas han tejido pequeños arcoíris, las mariposas me despeinan los cabellos con familiaridad y una lagartija de bronce hace lo mismo con mis pies. ¡Oh! Tú, esposo, aunque tienes una forma hermosa de llamarme, no te pertenezco más. Todavía soy una niña de siete años que corre sobre la hierba del prado y de los senderos donde la madre le ha prohibido pasear.

“No te alejes, pequeña, allá en lo profundo está el ogro, el hombre negro.”

De hecho, el hombre negro estaba en el fondo, donde el muro azul del mar ceñía la tierra. Caminaba con la cabeza baja como buscando un objeto

perdido. Ciertamente no me había visto pero igual retrocedí al rincón del arbusto para esconderme mejor y esperar a que él se alejara. Me parecía que la hierba que pisaban mis pies se estremecía conmigo, que las arañas suspendían su labor y las mariposas huían. Todo por miedo a él. A él, que ocultaba la luz del sol y que quizá buscara en la arena el límite entre la vida y la muerte, las huellas de sus días perdidos.

Cuando regresé a casa, debí tener la expresión atemorizada y al mismo tiempo pícara del niño desobediente al que le ha sucedido una aventura inconfesable; porque mi marido, sentado ya en la mesa delante de su taza de café con leche preparado por Marisa, me miró entre severo y preocupado. Fui a ponerme medias y zapatos, preguntándome una vez más si debía hablarle de Gabriel. Sí, debía hacerlo; pero el modo hostil que tenía al recibirme, similar a la forma en que se recibe a un niño al que se desea castigar, selló mis labios.

Y nuevamente, una injustificable melancolía surgió aquella mañana entre nosotros, aparentemente porque yo no había regresado en cuanto él me había llamado y porque más tarde no quise realizar con él el paseo habitual por la playa. En realidad me sentía profundamente turbada y preocupada por la macabra reaparición de Gabriel y, sobre todo, porque mi marido, sin poder explicarse la razón, intuía a su vez que algo insólito y grave nos separaba.

Pero también él callaba porque no había nada para decirnos o para reprocharnos. Nada. Y sin embargo la sombra nos separaba.

Pero no, nada nos separaba. Más bien, si pensaba en lo que habría sido mi vida junto al otro, y evaluando el presente, mi alma se alegraba como la alondra en lo alto del cielo.

Sin embargo, ¿por qué entonces yo experimentaba esta sombra, este peso indefinible, esta línea misteriosa de silencio, esta imposibilidad física de mi boca para pronunciar un nombre que no era ni amigo ni enemigo nuestro? Yo lo he comprendido más tarde, ya pasada la tormenta. No quería en ese instante enturbiar ni siquiera con una nube pasajera la límpida atmósfera de nuestros primeros días de vida en común, días que en el futuro debían recordarse siempre como el inicio de un mundo nuevo, pleno de luz y de transparencia, nunca manchado ni siquiera con un solo hilo de sombra.

Cuando esa mañana mi marido regresó de su paseo solitario por la playa,

corrí a su encuentro y lo abracé como si volviese de un largo viaje. También él me estrechó con alegría y así nos reconciliamos.

Por la tarde, fuimos al pueblo. Allí todos conocían a mi marido y él los conocía a todos, mientras yo era observada con curiosidad por las mujeres sentadas delante de las puertas de las numerosas tiendecitas ubicadas en la calle principal, y por los hombres reunidos en pequeños grupos por la plaza.

Entramos en la farmacia para comprar un dentífrico, y el farmacéutico, un bello anciano gordo y jovial, me honró con una profunda inclinación de cabeza, mirando de reojo y con picardía a mi compañero.

-Señora, le deseo mis más respetuosos y sinceros augurios de felicidad. ¿Le gusta nuestro pueblo?

-Sí, mucho. Es uno de los más simpáticos pueblos que conozco.

En realidad, no conocía demasiados pero en ese momento creía haber viajado por medio mundo.

-¡Honradísimos, señora! Lástima que el clima no sea constante; a veces hace un frío glacial y otras veces un calor infernal. Además tenemos períodos de viento violentísimo semejantes únicamente a los que existen en China, según dicen. En ese momento es necesario encerrarse dentro de la casa y esperar que esta se derrumbe.

-Amigo mío -interviene mi marido-, con estos comentarios no está haciendo buena propaganda a su pueblo.

El hombre levantó el dedo índice parecido a una salchicha.

-La verdad ante todas las cosas, amigo mío. La señora juzgará, pues uno de estos períodos se avecina a grandes pasos; lo siento venir a causa de un extraño crujido en mis huesos.

-Esperemos que esos crujidos surjan únicamente a causa de los alegres banquetes que usted disfruta, querido señor Nele -replica mi marido, haciendo un gesto de conjuro-. Estamos en mayo.

El hombre me ofreció con gran gentileza, casi con galantería, el paquete de dentífrico.

-Para usted, señora, aunque sus dientes brillan como perlas.

Luego agregó intentando frenar una sonrisa maliciosa:

-Señores esposos, ustedes no tienen nada que temer quedándose encerrados tres días y tres noches en su nido. En cambio este grajo...

Las últimas palabras las pronunció en voz baja y yo apenas pude reaccionar y tomar del brazo a mi marido para llevarlo fuera de la farmacia; el fantasma negro que había oscurecido la puerta de entrada se adelantó, evitándonos, hacia el mostrador.⁵⁴

-¡Qué forma de comportarte! -dijo mi marido, mirándome preocupado-. Tienes el rostro verde.

Yo entonces exclamé:

-¡Ese hombre me da miedo! Me parece un fantasma de mal augurio. Si el viento regresa nos vamos realmente de aquí. No quiero estar más en este pueblo cuando hay viento. Me da pánico.⁵⁵

Me tomó nuevamente bajo el brazo y luego, por suerte, retomó el tema en tono de broma:

-¿Me podrías decir con precisión de qué o de quién tienes miedo? ¿De ese búho o del viento?

-De los dos -respondí. Y sin embargo, en el fondo me sentía ofendida porque tanto el farmacéutico como mi marido llamaban a Gabriel con dos nombres de aves rapaces.

-¿Pero qué te importa? Que ese desgraciado guarde sus dolencias para sí mismo. Y si vuelve el viento, nos quedamos dentro y encendemos el fuego como aquella noche. ¿Recuerdas?

Él me apretaba el brazo para avivar en mí el recuerdo de la primera noche de casados, como si me hubiera olvidado de ella; en realidad me pareció volver a observar la llama brillando en la chimenea y apagando la penumbra de nuestro entorno. No, nada malo puede sucedernos cuando estamos seguros de querer siempre el bien.

De hecho, hacia la noche, el horizonte se cubrió de nubes semejantes a montañas de lava, con caminos rojos que serpenteaban rojizos como llamas; el viento comenzó recién al día siguiente, cerca del mediodía, y la misma Marisa anunció que sería muy violento.

Pero nosotros no debíamos temer porque en la casa había provisiones para ocho días, además de leña, velas y aceite.

Nos faltaba solo algo para leer y, mientras la mujer terminaba de ordenar, mi marido fue al pueblo para procurarse diarios y algún libro.

Salí al terreno ubicado delante de la casa, donde el viento llegaba con

menor intensidad puesto que soplaba desde el noroeste y alteraba los sauces y los álamos ubicados a la izquierda de nuestra habitación, traspasándolos con su flujo violento que terminaba desahogándose en el mar. Se veía la arena de los médanos levantándose como un vapor amarillo; las aves y las mariposas confundirse en el remolino, casi desafiándolo con la fragilidad de ellas.⁵⁶

No sé por qué fuerza instintiva, quise imitarlas. El viento no había alcanzado aún la intensidad mayor de su fuerza y suscitaba una voz de invitación, como si fuera una música que insta a la danza o a la marcha. Debía ser algo atávico, ese deseo de fundirse y combatir con los elementos de la naturaleza desatada, lo que me empujaba hacia la playa.⁵⁷

Sin embargo, a la salida del sendero me detuve dubitativa y desconcertada; ahora el viento me pasaba delante, llevándose la arena con una locura rapaz; levantaba mi vestido, mis cabellos casi arrancándomelos; me penetraba por los oídos, por los ojos, por la boca con su sabor de algas y musgos. Todo daba la impresión de un lugar primigenio, como el de las grutas de donde surgía un hosco gigante que quiere alterar la paz de la naturaleza.

Y sin embargo el deseo de medirme con el viento me reanima. Siento ser también yo una fuerza natural y quiero atravesarlo como él atraviesa los árboles y los arbustos. Me aprieto el vestido con una mano, con la otra tengo firmemente los cabellos y desciendo hacia la orilla. El mar está tranquilo, azul, apenas encrespado por la furia del monstruo, hasta parece reírse de él, mientras que sobre la playa revuelta la arena huye asustada refugiándose a resguardo de las dunas.

Me detengo nuevamente al límite del agua y pienso en las mujeres de los pescadores cuando, en medio de la tempestad, esperan en la orilla el retorno de las barcas.

Las barcas, sin embargo, navegan tranquilas con las velas hinchadas, coloridas como tulipanes, van por ahí donde el mar y el cielo se confunden en un mismo vapor violáceo, mientras en la orilla las olas se llevan lejos al viento, jugando con él como los delfines entre sí.⁵⁸

Cuando giré para regresar, de verdad me faltó el aire. Todavía tengo la impresión de un muro levantado frente a mí, cortándome el paso: una figura negra estaba parada allí, siniestra como un murciélago, piadosa como un

Cristo sin cruz. Era Gabriel.

Levantó el sombrero sujetado por sus manos y me saludó. Sus ojos sonreían un poco irónicos, y en ese momento lo reconocí de verdad, pero con una extraña y nueva impresión.

Todavía me parecía el antiguo Gabriel, el joven, mudable y fascinante Gabriel, pero ahora disfrazado de moribundo errante, semejante a los disfraces que acostumbraba usar en el pasado, solo para asustarme.

Regresaron a mi mente las anécdotas del padre, me parecía aún estar sentada a la mesa bajo la lámpara de cristal.⁵⁹ Gabriel era la figura evocada por el viejo notario, una figura que aún yo no había conocido en la realidad, aunque desde el mundo irreal de la fantasía producía en mí un poder fatal y fascinante.

Y aquí se acerca, también él empujado por el viento de la fatalidad. Me mira fijamente a los ojos y los suyos vuelven a hablar por sí solos mientras los labios se niegan a pronunciar la verdad. De hecho, a pesar de haberme reconocido perfectamente desde el primer encuentro, me pregunta en un tono que quiere simplemente ser cortés y que por el contrario suena trágico:

-Señora, ¿me permite preguntarle si usted es realmente la joven que tuve el placer de conocer ocho años atrás en su casa paterna?

El sonido sordo pero cordial de su voz destruyó el obstáculo extraño y pavoroso que nos separó en nuestros recientes encuentros. De pronto, recobro mi seguridad y tiendo la mano al esperpento.

-También yo creí reconocerlo, señor Gabriel. ¿Por qué se encuentra aquí?

-Y usted, ¿por qué se encuentra aquí?

Comienzo a reír.

-Son las extrañas vueltas de la vida.

Pero mi alegría oscurece de pronto sus ojos; la boca se contrae en una sonrisa más triste que un grito de dolor; también yo creo experimentar toda la situación como un mal sueño.

-¿Se ha casado hace mucho tiempo? -él retoma sin cambiar el tono de voz.

-Hace apenas quince días.

-¿Y es feliz en su matrimonio?

-Muy feliz. Mi marido es bueno y gentil.

-Y también es un joven elegante. Ha hecho bien en casarse. Además dejará su pueblo por una ciudad.

-No, solamente nos mudaremos cuando mi esposo sea trasladado. Pero estoy muy contenta en mi pueblo, en mi casa.

Nuevamente se le aclaró el rostro, como un reflejo luminoso.

-Siempre recuerdo su casa, recuerdo la habitación donde nos conocimos cuando la criada entró sin pedir permiso. Usted leía *Los mártires* de Chateaubriand frente al maravilloso escritorio antiguo. También recuerdo la lámpara del comedor, la figura franciscana de su madre, sus pequeños hermanos que saltaban cerca de mí como perritos traviesos. Recuerdo todo. ¿Y usted?

Él se había vuelto serio. La breve pausa entre sus palabras y la última pregunta produjo un cambio de tono, volviéndose acusador, ¡como si yo fuera la culpable de nuestro alejamiento luego de aquella noche inolvidable!

Y yo enrojecí, pero sentía el viento azotar mi rostro y esperaba que él no advirtiese mi turbación. Habría querido decirle que yo también recordaba todo, y defenderme, y preguntarle la causa de su largo silencio, pero *tenía miedo*.

¿Miedo de qué? ¿De actuar mal o de hacerle daño a él? Ahora ya no debía tener otro lugar en su vida para más sufrimientos, y yo intuía que lo habría hecho sufrir confesándole mi amor juvenil y la espera inútil de su regreso. No obstante deseaba vengarme; y en el fondo yo sabía que la mejor manera era esconderle mi pasado. Además, mi maldad instintiva irrumpió como la violencia insana del viento que se arremolinaba a nuestro entorno, hasta el punto de preguntarle sorprendida:

-¿Cómo hace para recordar esos detalles? ¡Qué buena memoria!

Entonces él también se manifestó malvado y, mientras hablaba, me mostró los dientes amarillos que ya probaban el sabor de la muerte.

-¿Qué quiere? Con la enfermedad se recuerdan los días felices. También usted, un día, advertirá esa situación. No siempre durará la luna de miel.

Ofendida, culposa, con deseo de exclamar, haciendo signos de conjuro: “¡Muerte al vaticinio!”, me endurecí, también por un fuerte sentido de superstición, como cuando se cruza una mujer jorobada en nuestro camino. Luego pérfidamente comenté:

-Es verdad, lamentablemente. Pero usted no está tan enfermo, si se

preocupa tan poco de su enfermedad, si sale a pasear con este tiempo.

Él comenzó a toser. ¿Lo hizo adrede? Quizá mi maldad agudizó su enfermedad todavía más que el viento. Aquel instinto de temor que solo su cercanía me suscitaba se convirtió en terror; terror de ser contagiada por él para vengarse; y aún podía infligirme un mal peor. Había leído que los tísicos son malvados en el último tramo de su enfermedad y hasta pueden convertirse en delincuentes.

Pero, ¿de qué podía acusarme? ¿De mi felicidad presente? ¿No era él quien había aparecido y desaparecido en mi vida como una estrella fugaz, más aún, como un cometa que había envenenado la atmósfera de mi juventud?

Sin embargo, cuando se quitó el pañuelo de su boca utilizado para sofocar la tos, advertí en él unas manchas de sangre y tanto mi inquietud como mis pensamientos malvados se transformaron en una piedad ardiente y angustiada.

-Gabriel -dije tendiéndole la mano-, le pido perdón. Usted hace mal quedándose afuera con este viento terrible. ¿Cómo pudo haber elegido este pueblo para vivir?

Hizo un gesto con la mano que apretaba el pañuelo; no aceptó la mía, más bien la rechazó. No hablaba, quizá para no reanudar el ataque de tos, pero su gesto decía: “Este u otro pueblo sería igual para mí. Además, ¿quién puede ir contra el destino?”.

-Gabriel, no crea que yo me haya olvidado de usted. He esperado sus libros, ¿recuerda? Esperé también su regreso y en su lugar nos visitó su padre y por él supimos que usted estaba en el extranjero, célebre y afortunado. Con mi madre siempre hablábamos de usted. Pero jamás hubiera pensado encontrarlo aquí, en estas circunstancias. Deseo que pueda cambiarlas, se lo deseo de todo corazón.

Él bajó la cabeza como un niño humillado y parecía esperar que yo continuara hablando y que dijese más. Yo no podía hacerlo.

El entonces comentó sin mirarme más el rostro:

-¿Recuerda mis juegos? Había logrado desaparecer la servilleta...

-¡Sí, eso lo recuerdo bien! ¡Qué rabia cuando guardé la mantelería mutilada! Porque nunca más apareció la servilleta.

Me arrepentí enseguida por mis palabras, y con razón, porque él respondió:

-Lo sé perfectamente porque me la llevé conmigo.

-¿Con usted?

Nuevamente movió la cabeza hacia atrás como si deseara al mismo tiempo rechazar el viento que lo golpeaba y recuperar la fuerza. Y cuando volvió a fijar en mí sus ojos negros, reconocí al huésped de aquella lejana noche de otoño.

-Sí, lo sé. Y usted lo sabe muy bien, como sabe muchas otras cosas. Pero es necesario que nos encontremos una vez más para poder explicarle algo que todavía no sabe. Hoy he venido hasta aquí con ese propósito, para pedirle una conversación. Pero no tenga miedo -afirmó con su sonrisa siniestra y resignada a la vez-. Será la conversación con un muerto.

¿Qué debía responderle?⁶⁰

-Usted dirá: a los muertos ya no les interesa nada de los vivos. ¿Quién lo puede saber? Hay una parte de nosotros que no muere, o que al menos vive o cree vivir hasta el último suspiro. Pero usted ya lo sabe, sabe muchas cosas.

Este estribillo me recordaba el lamento de su violín. Era verdad. Yo sabía muchas cosas, “sabía todo”, pero ¿qué podía hacer por él? Quizá estábamos siempre en el mismo punto: el encuentro del espíritu con la materia; solo que las partes se habían invertido, y si ahora hablaba en él el hálito del alma solitaria y desconsolada que no deseaba dejar el mundo, en mí predominaban las razones más jubilosas de la vida.

El recuerdo de mi marido no me abandonaba ni un instante. Me parecía traicionarlo solo con oír el sonido de la voz de Gabriel, y al mismo tiempo lo escuchaba reír a mis espaldas burlándose de mí.

El desgraciado reanudó:

-Venga aquí un día que esté sola. Yo la veré puesto que sigo todos sus pasos. Pero no elija un día de viento -concluyó, casi bromeando-; mejor evite salir de su casa cuando este demonio devorador quiere pasear.

Me saludó y se fue. Lo seguí algunos pasos, luego me alejé oblicuamente con el viento que bebía las lágrimas de mis ojos.

El furioso viento que nos envolvió durante tres días fue realmente una especie de huracán. Solo por las noches se calmaba, cansado de su propio furor insensato, pero luego retomaba con mayor fuerza su actuar desesperado. El viento angustiado parecía llorar, ululando su terrible dolor; manifestaba una

locura vengadora contra todas las cosas que intentaba destruir y realmente las destruía. Hasta voló las tejas de nuestro techo y derribó dos árboles.⁶¹

La noche del primer día mi marido intentó ir al pueblo para buscar los diarios pero regresó enojado; no se podía caminar. Por suerte en su primer paseo había comprado algunos libros y yo no dejaba nunca la lectura, como escondiéndome entre las páginas para ocultar también mi pensamiento, que consistía en lo siguiente: “¿Por qué no cuento a mi esposo mi encuentro con Gabriel y su deseo de conversar a solas conmigo? ¿Qué quiere decirme ese desgraciado que yo no sepa? Él mismo lo ha dicho”.

En realidad, mi pena no era por él. En el fondo continuaba produciéndome mucho temor y repugnancia. Mi pena era por mí misma pues no lograba liberarme de su sombra, y reconocía en mi comportamiento algo turbio, un silencio instintivo y un engaño hacia la persona que además de mi madre realmente me amaba.

Me sentía impelida por una fatalidad semejante a la que movía a los personajes del libro que leía, y siempre influía el fondo romántico de mi propio temperamento que me inclinaba a explicar la situación con razones espirituales y piadosas; esto lo reconocía totalmente.

“Es un hombre a punto de morir y está consciente de ello. Ya es un espíritu suspendido sobre el completo abismo del todo o de la nada. Las palabras que Gabriel quiere comunicarme lo ayudarán, quizá, a morir en paz. Tal vez salve su alma cuando se eleve hasta Dios en lugar de precipitarse en el vacío. No puedo negarle este consuelo. Quizá se confiese conmigo, me diga sus pecados, sus errores juveniles, el misterio que le ha impedido volver a mí. Yo le diré que lo he perdonado, como hice de verdad: será la absolución. Sin embargo, ¿por qué debo hacerlo en secreto?”

Así examinaba mi actuar, y la conciencia me respondía: “Porque se trata de una obra religiosa que trasciende lo humano”. Pero no me sentía feliz con mi comportamiento.

Mientras tanto, todavía tenía tiempo para decidirme. Marisa vino la mañana del tercer día, despeinada y afligida, comentando que el viento había destruido su habitación, llevándose parte del techo.

-Es el infierno con todos los diablos sueltos; nunca había visto una

intensidad así durante esta estación.

-Es porque mi mujer salió de su casa -afirmó mi marido-. Hasta el tiempo está sorprendido.

Luego comentó, entre otras noticias, que también el inquilino del ciego de guerra se había expuesto al viento y se había enfermado. Había sufrido una crisis de su dolencia quizá debido al tiempo, y estaba en cama.

-La señora Fanti está muy preocupada, se entiende. No es conveniente hospedar un enfermo de esta gravedad cuando en pocos días vendrán otros turistas, a menos que no muera pronto.

-En general, los enfermos del pulmón se mueren en otoño -observó mi marido-, a menos que el tiempo no continúe así.

Con sus palabras, parecía querer irritarme. Por el contrario, con el agravamiento de Gabriel Dios daba una solución a mi drama. Pregunté a Marisa:

-¿Pero qué enfermo no tiene familiares? Y si los tiene, ¿no fueron advertidos de su estado?

-Parece que no los tiene y que no quiere hacerlo saber.

-Si se agrava más, deseo ir a visitarlo -dije entonces en voz baja, como hablando conmigo misma.

De pronto el corazón generoso de la mujer me dio su aprobación.

-Sería una obra de caridad. También la reina va a visitar a los enfermos.

Mi esposo no pronunció ni una palabra. Yo me sentía aliviada y feliz al pensar en la proximidad del fin de Gabriel.

Finalmente al atardecer se calmó el viento; pero la tierra aún permanecía aturdida y el cielo se había teñido de un color verde invernal. No recuerdo ningún crepúsculo más triste que ese.

Mientras mi esposo iba al pueblo para comprar los diarios, yo me aventuré a pasear en los alrededores de nuestra casa.

El terreno estaba cubierto de ramas caídas, de hojas, de trozos de papeles sucios, y un silencio pavoroso reemplazaba al estruendo anterior. También el mar dormitaba, frío y descolorido, y los árboles vapuleados por el viento parecían no poder recuperarse nunca más de su extremo cansancio.

Como la mariposa atraída por la luz, yo caminaba hacia la morada del

ciego; esta era de color rojo anaranjado, y entre los tamariscos grises era la única nota de color de todo el lugar.

Además, estaba muy cerca de nuestra casa, un poco más abajo, yendo hacia el mar y solo separada por los arbustos y por los árboles. Pero para llegar hasta ella, era necesario eludir la vegetación y penetrar en el espacio que la rodeaba. No quería acercarme tanto y me conformé con mirarla desde el arbusto. Era una casita modesta, con una galería y dos horribles leones de yeso ubicados a cada lado de la escalinata de la puerta de entrada. Pero de pronto contemplé todo desde una perspectiva fantástica, porque se entreabrió una ventana y el sonido del violín de Gabriel tembló en el aire encantado, siempre con los mismos acordes, como ejercitados por un niño que comienza a estudiar y ni siquiera pretende saber más. Pero era la melodía del instrumento que me ablandaba el corazón, y me transportó una vez más a la noche inolvidable de mi hogar, cuando el extravagante huésped la visitó.

Yo intentaba inútilmente dominar mis emociones y alegrarme por el sonido del violín como signo de una buena señal de mejora en la enfermedad de Gabriel. Escuchaba una elegía de muerte en esas vibraciones que llegaban como tentáculos hasta mí. Con ellas, Gabriel me *hablaba* así, como podía, con ese balbuceo delirante para decir lo indecible.

Y mi idea fija no me abandonaba.

“Él muere desesperado y me llama para entregarme su alma. Necesito ir a verlo.”

Antes de hacerlo, corrí hacia la dirección contraria donde vivía Marisa con el propósito de pedirle que le fuera a avisar a mi marido mi idea de visitar al enfermo en ese momento.

Marisa no estaba, solo el pescador, trepado como un mono sobre el techo destrozado, intentaba poner en orden las vigas y las tejas.

Me detuve, curiosa, a observarlo. Realmente tenía un aspecto primigenio, con la insípida barba roja, la nariz corta y los ojos del color triste del cielo que dibujaba sus movimientos.

Advertida mi presencia, se inclinó sobre el borde del techo y me dijo con una voz firme y resonante:

-¿Busca a Marisa? No está aquí. Vaya uno a saber adónde ha ido esa vagabunda, siempre está dando vueltas.

Yo sabía que él hablaba mal de Marisa, como ella también lo criticaba. En algún momento me había divertido la situación pero ahora me sentía demasiado triste para hacerlo. Creyó acertado explicar la causa de trabajar en el techo a esa hora:

-Esta noche lloverá y entonces nos daremos un baño en la cama.

-¿Lloverá? -pregunto mirando el cielo.

-Lloverá. Luego reanudará el viento.

-¡Jesús y María! -entonces debemos escapar.

Parecía disfrutar mi terror pero con una alegría de niño malo.

-Seguro -dijo asomándose nuevamente con una teja en la mano-. De este lugar se huye o muere quien decide permanecer en él, luego de una larga vida, se entiende -agregó para tranquilizarme.

Entonces regresé a mi casa, resignada y convencida de que esa noche Dios no me permitiría acercarme a Gabriel. Su ventana aún permanecía abierta pero la melodía ya no se escuchaba; sin embargo en el aire y en todas las cosas cubiertas cada vez más de sombras se expandía el sentimiento de su desolación mortal.

Fui en busca de mi esposo y me aferré a su brazo con una ternura infantil. Una voluntad superior a la mía me instaba a confiarle todo para pedirle ayuda y consejo sin hacerlo evidente.

-He ido hasta la playa -digo en voz baja- y he conversado con el marido de Marisa mientras arreglaba el tejado, él asegura que esta noche lloverá y luego, Dios no lo permita, volverá el viento. Luego he oído el sonido del violín del enfermo; me ha conmovido. Deseo pasar a visitarlo.

-Pero tienes una fijación por ese desgraciado -responde él, golpeándome levemente el brazo con los diarios-. Si nos conmoviéramos por todos los infelices del mundo, no respiraríamos más.

-Pero está a dos pasos de nosotros, y somos felices mientras él está muriendo.

-Si toca el violín, no se muere.

-Se muere, se muere y está solo en el mundo.

-¿Y qué sabes tú?

-La dueña de la casa se lo ha contado a Marisa.

-Entonces que la dueña de casa lo acompañe.

-Eres malo, ¿sabes? Malo y egoísta.

-Vamos a ver si te enamoras del pajarraco. Y ya pasó de moda enamorarse de enfermos de esa clase, es anticuado.

-Esos enfermos jamás despertaron otro sentimiento además de la piedad, precisamente porque la sufren en lo mejor de la vida.

Pero mi marido deseaba bromear, actitud muy habitual en él.

-De la piedad al amor hay un solo paso.

-¡Vamos! -le dije, rechazándolo en serio-. Además, es demasiado pronto para traicionarte.

-¡Claro! Con las mujeres nunca se sabe nada con certeza...

Sus palabras me hacían sufrir. Yo deseaba su comprensión, transmitirle el sentido religioso de mi propósito, pero no lo lograba comunicar.

Sin embargo él debía sentir el torrente misterioso que me invadía y transportaba mi alma, porque de pronto dijo:

-Está bien, en tu familia hay un santo, ese obispo que ha muerto asistiendo enfermos de cólera, creo.

Entonces volvieron a mi mente las imágenes místicas de mi adolescencia, y se intensificaron las razones de mi interés por Gabriel, enfermo y condenado a muerte.

-Espero que nuestro familiar santo no sea una farsa para ti. Ha sido santo realmente, por su sabiduría y también por su carrera eclesiástica; deseaba ser misionero para curar leprosos. Le negaron el permiso y él obedeció. Quizá revive en mí algo del fuego de su caridad.

Mi marido inclinó el rostro junto al mío para mirarme fijamente a los ojos.

-Vamos, pequeña, esperemos que no hables en serio. Ahora existe la Cruz Roja que se encarga de los enfermos. Nosotros debemos dedicarnos a otras cosas.

Intentó besarme mientras yo aún lo rechazaba, porque esa noche de verdad me sentía un poco santa.

De todos modos, una vez expresado mi deseo y evitando así realizar la visita a escondidas, sentía una triste alegría dentro de mí. De pronto advertí el desagrado, no exento de celos, de mi marido por la situación. Eran celos

instintivos similares a los experimentados por los niños y también por algunos animales, cuando se ven traicionados o relegados. Él intentaba ocultármelos sin lograrlo por completo. No me dejaba sola ni un minuto, y esa misma noche me propuso irnos de allí, de nuestro refugio y también del pueblo, tanto más si el viento recrudecía.

Pero un acontecimiento inesperado nos retuvo en el lugar más de lo pensado. En esos días se había reunido el Concejo de la Comuna del pueblo y mi marido, sin que él lo haya pedido, quizá por sugerencia de alguno de sus admiradores, fue nombrado autoridad del lugar. Discutimos detenidamente entre nosotros si debía aceptar el ofrecimiento. El nombramiento era sin lugar a dudas un honor y beneficiaría su carrera. Además, estaba acompañada por una discreta paga que nos permitiría unas vacaciones gratuitas.

Sin embargo, una sombra oscurecía la buena fortuna: esa *sombra*.

Súbitamente me siento otra, por primera vez tomo conciencia clara y profunda de mi deber de esposa, entonces poso mis límpidos ojos en los de mi compañero y le digo:

-Para mí deberías aceptar. Te darán un alojamiento en el pueblo; allí nos estableceremos tranquilos y yo comenzaré a tomar el rol de mujer y dueña de casa. Ya hemos disfrutado demasiado nuestros paseos y quiero cambiar de vida.

Me interrumpe; ya ha comprendido todo.

-No tomemos las cosas de manera trágica; si acepto el puesto, lo acepto con la condición de continuar esta vida. ¿No es suficientemente bella?

Me tomó del brazo y me condujo afuera para pasear, sin embargo observé que evitaba los lugares donde podría haber estado el pajarraco. Luego fuimos al bazar del pueblo para comprar algunas cosas que necesitaríamos si debíamos prolongar nuestra estadía en esa casita; yo deseaba embellecerla y proveerla de muchos objetos pequeños y necesarios.

Una cortina, una alfombra, algún bordado de colores para adornar un mueble, un jarrón de cerámica, son a menudo para una casa como las flores para un jardín. También amaba de un modo infantil la vajilla de la cocina: el batidor para la mayonesa con su complicada forma de remolino, las ollas esmaltadas, brillantes como espejos de tocador, la cafetera que va y viene de un lado para el otro, las pinzas para el pescado y, finalmente, las tazas con la pareja de pavos reales relucientes que jamás dejan de hacer el amor.

La dueña bigotuda del bazar nos atendió en persona, orgullosa por el honor que le tocaba pero empecinada en hacernos pagar el doble por cada objeto. A cambio me regaló un rollo de cinta de utilidad incierta, a pesar de ello la acepté con signos de gratitud.

Mientras tanto, el bazar se poblaba de mujeres curiosas. La noticia del nombramiento de mi marido como nueva autoridad comunal se había difundido en el pueblo y todos nos miraban con respeto y esperanza como si el nuevo administrador lograra el milagro de pagar las deudas de la Comuna y pudiera eliminar los impuestos para ricos y para pobres.⁶²

Cuando regresamos a la plaza, el señor Nele, el juvenil anciano de la farmacia, salió a la entrada con su guardapolvo blanco para saludarnos con una inclinación hasta la tierra como si fuésemos una pareja de reyes.

Más abajo nos encontramos al gigantesco arcipreste con su sombrero adornado de borlas rojas, y acompañado por un séquito de sacerdotes y de jóvenes seminaristas rurales. Y así como antes ninguno se fijaba en nosotros, ahora todos nos saludaban con deferencia. También los campesinos que trabajaban detrás de los arbustos se asomaban, contemplándonos con sus relucientes ojos azules. Finalmente Marisa nos comentó que hasta su rebelde marido aprobaba el nombramiento de un caballero como autoridad del pueblo y que los miembros del Concejo municipal proyectaban homenajearnos con un banquete obviamente a su cargo.

Con todas estas distracciones, nuestra vida debía cambiar inexorablemente. Mi marido iba todos los días al edificio de la Comuna y allí trabajaba largas horas pues los conflictos eran realmente graves.

Yo me quedaba en casa pues aún no deseaba conocer a nadie y no salía nunca sola para evitar el encuentro con Gabriel. Trabajaba junto a Marisa aprendiendo a cocinar. Fue ella quien me enseñó a diferenciar las calidades del pescado y el modo de cocinarlo. Su marido lo pescaba especialmente para mí puesto que, si bien nunca nos visitaba, según su mujer tenía una especial devoción por los jóvenes esposos.

-Sí, creo que se ha enamorado de usted, desde la tarde en que le habló desde el techo; no deja de recordar esa conversación y de arrepentirse por haberla asustado acerca del regreso del viento. Hoy le envía estos salmones, ¡mire! Parecen angelitos desnudos.

Y dentro de la cesta entretejida de algas, levantaba uno a uno los gordos salmones que parecían realmente tiernos, de carne fresca y rosada.

También era ella quien me traía, sin pedirlas, noticias de Gabriel.

-La señora Fanti está muy preocupada y desea echarlo de allí pero su marido no quiere. Él es un santo, pobre ciego. Le hace compañía al enfermo y siempre le habla de Dios. ¿Y usted no va a ir a verlo?

-Y, he cambiado de intención. ¿Qué puedo hacer allí?

-Solo como una obra de caridad; está escrito en los mandamientos visitar a los enfermos.

Y luego insistía en contarme la negativa del enfermo por recibir médicos o tomar medicinas porque era consciente de su gravedad; no dormía casi nunca, solo hablaba para responder alguna palabra al piadoso dueño de casa; estaba tan calmo y resignado a su suerte que la señora Fanti no solo no osaba expulsarlo sino que lo cuidaba y lo trataba como a un hermano.

-Realmente son buena gente, el marido y la mujer, y Dios los compensará. Quizá el mismo enfermo les deje alguna cosa. Pero, ¿quién puede saber si es rico?

-No creo -dije de manera algo imprudente y enrojecí, intentando infructuosamente retirar mis propias palabras-. Al menos no lo parece.

Pero la inteligente y maliciosa mujer ya había percibido el olor del misterio encerrado en mi interés por Gabriel. Me observó sin replicar y solo al partir me preguntó si no tenía miedo de quedarme en la casita sin la compañía de mi marido.

-¿Por qué? ¿Quién puede venir aquí?

-Nadie, es verdad. Pero debo decirle una cosa que la hará reír. Mi marido la cuida, desde lejos. Cada tanto, pasea por aquí.

-¿Pero por qué? ¿Existe algún peligro? Me asustas.

-Nada, nada, son bromas; además desde el nombramiento de su marido como alcalde, la verdadera custodia siempre da vueltas por este lugar.

Era verdad, no di más importancia al tema. Pero unos días más tarde dos personajes casi fantásticos subieron el sendero, atravesaron el claro y se acercaron a nuestra casa.

Eran Gabriel y el ciego. Yo no lo conocía, jamás lo había visto pero lo reconocí con facilidad por su modo de caminar, apoyándose en el bastón que

utilizaba para tantear el terreno, y por los enormes anteojos negros que escondían sus ojos vacíos. Más allá de esto, era un joven apuesto, algo corpulento, un rostro pleno y vivaz; de aspecto sereno y casi divertido, imagen que contrastaba con la del fúnebre compañero.

Yo estaba en la ventana y mi primer impulso fue retirarme, esconderme, pero Gabriel ya me había visto y advertí que su rostro se iluminaba, como si mi presencia le infundiese algo de alegría y de vida.

Ambos me hicieron un gesto de respetuoso saludo y rodearon lentamente el arbusto hacia la calle principal. Nada más simple; y sin embargo me sentí aturdida. Intuía el ansia de Gabriel por verme, recién restablecido de su última crisis; y como debía advertir que ya no salía de casa sin compañía, había arrastrado al ciego hasta allí, para pasar bajo mi ventana.

Mi marido regresó al atardecer frotándose las manos con el aire burlón que asumía antes de hacer una broma o darme una buena noticia; y así anunció las últimas novedades:

-¿Has encontrado algún tesoro para pagar las deudas de la Comuna?

-Mejor, aún mejor que eso.

Ya sabía que el juego iba para largo, terminé por no demostrar más interés, hasta que, ya sentado a la mesa, me confirmó la noticia ya anunciada por Marisa de un gran banquete que las autoridades y las personas importantes del pueblo querían ofrecernos como homenaje.

-¿También a mí? ¿Por qué?

-Aquí representas a la señora del alcalde, es necesario aceptar la invitación.

-Aceptaremos.

La invitación era para la noche del sábado, en los comedores de un hotel ubicado frente a la playa, aún vacío de veraneantes. Ahora Marisa, olvidada de su marido, de los gemelos, del enfermo, no hablaba más que del banquete, toda excitada y orgullosa de habernos dado la primicia y quizá también de sugerir la propuesta.

Se hacían grandes preparativos; debía ser una de esas tradicionales fiestas de la región, famosas por sus formidables comensales de buen paladar. Ya se conocía la lista de los platos y me enfermaba el solo hecho de pensar en ello. Pero la vida encierra tanto satisfacciones como sufrimientos, juntos; es necesario evitarlos o aceptarlos.

-Iremos todos; los que puedan pagar, claro -dijo Marisa, apasionada y jadeante, como si los preparativos del banquete fueran su responsabilidad-. Irá hasta el pobre señor Fanti, cuñado del anfitrión, porque las esposas son hermanas, y la señora Fanti la ayuda a preparar todo.

Para burlarme de ella, la contradigo:

-Me gustaría que viniese también tu marido.

Y ella abre los ojos, ríe y luego me responde, con rostro serio:

-A él no lo quieren y sería demasiado escandaloso asistir. Además realmente no quiere ir.

-Esperemos que, al menos, no tire ninguna bomba...

-¡Oh, no! Si sucedieran desastres, serían de otra clase y al final del banquete. Ya lo verá -anunció con picardía-. Por lo pronto, habrá cincuenta botellas de vino para la comida, treinta de vino añejo, veinte de espumante. También habrá cien pollos, medio quintal de pescado, una ternerita, cinco tortas de crema y licor. Mientras tanto...

Mientras tanto, la noche del miércoles, luego de un día anticipadamente caluroso, el cielo se cubrió de un manto amenazante que no contenía nubes sino vapores casi volcánicos, con capas rojas y malvas que transformaban el horizonte en un lago de fuego. También el mar compartía el mal humor del tiempo, refractando con exasperación los colores del firmamento. Como cuadro era agradable, especialmente cuando la luna llena se elevó desde la espuma sanguinolenta del mar, con el rostro plácido de una Venus voluptuosa; por un momento pareció calmar el cielo aunque muy pronto fue cubierta y engullida también ella por unos vapores cada vez más oscuros y espesos.⁶³

Ya fue una noche estival, calurosa, agobiante; hasta que al amanecer volvió el enemigo. Como de costumbre, llegó de manera suave, casi a traición; pero cuando hubo tomado posesión del lugar, reinició su obra vandálica.

Por suerte, mi marido tenía a su disposición el auto modesto pero siempre útil de la Comuna. Yo permanecí en casa con las puertas y ventanas bien cerradas, en compañía de Marisa, divirtiéndome con sus comentarios acerca del viento como un vengador malvado que actuaba contra los organizadores del banquete.

Durante tres días la euforia por la fiesta se debilitó, mientras tanto Marisa no podía callar ni siquiera un minuto ni tener cerrada la boca. Así hablaba de su marido, de los gemelos, o de Gabriel.

-Ese desgraciado ha recaído y está en cama. ¿Por qué no se irá de este pueblo? No es un buen lugar para él. Se necesitaría una persona piadosa que le aconseje y se vaya.

-¿Y por qué no se lo aconseja el dueño de casa?

-Y, no... haría evidente su propósito de echarlo, y el señor Fanti es demasiado bueno para llegar a tanto. Mejor sería...

Vaciló un momento y luego dijo algo que ya había brillado en mi pensamiento:

-¿Por qué no se lo aconseja usted?

Quería negarme, repetirle que no conocía a Gabriel, pero no lo hice; como vencida por un extraño impulso de origen ignoto, prometí otra vez visitar al enfermo.

-¿Cuándo?

-No lo sé, cuando quiera, cuando desee hacerlo.

-¡Buena señora! Y le aconseja abandonar el pueblo y vivir en un lugar donde pueda curarse.

-¡Si, en el otro mundo!

-Hará una obra de bien también a los Fanti que son pobres y viven solo de la ganancia de las rentas. La pensión deberá abrirse muy pronto y si el enfermo permanece allí, ninguno querrá alojarse.

-Lo sabemos. Está bien, por ahora, basta -interrumpí ya fastidiada.

No me importaban nada los señores Fanti; quizá la mujer del ciego sugirió a Marisa una visita mía a Gabriel para que este se fuera. Tal vez la señora Fanti sabía *algo* por confidencias del mismo enfermo, pero yo sentía el llamado del mismo Gabriel para encontrarnos y conversar antes de entregar su alma y partir tranquila de este pueblo donde el viento de la vida silencia en la eternidad.

Que así sea.

Desde aquel momento creía escuchar una música de órgano que acompañaba mis pensamientos, aunque era una marcha fúnebre, en ella resonaban notas grandiosas de esperanza, de fe, de retorno a Dios.

El sábado por la mañana cesó el viento súbitamente, como había llegado; las flores, las plantas, todas las cosas atenuaron su martirio.

El mar permaneció lechoso y bueno como un niño adormecido y las velas coloridas, suspendidas sobre el velo del horizonte, figuraban sus sueños inocentes.

Mientras Marisa realizaba la limpieza y reanudaba sus comentarios del banquete, me puse el sombrero de paja florentino adornado con un lazo infantil y salí a pasear por los alrededores. Una avecilla dorada, con el pico y las alas aún débiles, cayó desde su nido; la tomé, la tuve palpitante entre mis manos con la intención de llevármela a casa y también para salvarla de algún gato. “Pero no, pichoncito, debes aprender a salvarte por ti mismo con ayuda de Dios.” Lo puse sobre un arbusto; vaciló un momento, inseguro y temeroso. Luego dio un pequeño trino y voló hacia el nido.

Con alegría continuó el paseo por un camino arbolado, ceñido por acequias donde el agua verde está recamada de hojas arrancadas por el viento; sobre las márgenes crecen florcitas de todos colores que me recuerdan mi hogar y toda mi infancia y adolescencia, frescas y salvajes como ellas. Quiero recoger un ramo y llevármelo a casa pero no oso cortar ni una sola porque creo causarles dolor, y no lo deseo.

Hoy todo tiene derecho a vivir a mi alrededor porque también yo estoy viva, feliz y plena de alegría como jamás lo he estado. Y realmente todo exalta felicidad en mi entorno, en el aire transparente y neutro, en el silencio solo cortado a intervalos precisos por una larga nota aflautada, un trino más sostenido y apasionado que el canto del ruiseñor.

Vuelven a mi mente los acordes del violín de Gabriel, pero el sonido ahora parece surgir del rumor del agua que manifiesta la verde oscilación, es un sonido más truncado y demandante; y quiere lo inefable pero concretado en la felicidad concedida por Dios a cada criatura terrena. Es el sapo que reclama amor a su compañera.

Al regresar pasé por la casa de Marisa, como siempre abierta y solitaria. Continué luego por mi sendero y me volví para contemplar el albergue de los Fanti. La ventana de Gabriel estaba entreabierta y entreabierta la puerta de entrada vigilada por los dos leones de yeso, más horribles que los leones verdaderos.

“¿Por qué no voy rápido a visitarlo?”, me pregunté.

Y lo habría hecho si sobre la balaustrada de la galería contigua a la habitación de Gabriel no hubiese visto sábanas y colchas tendidas.

Probablemente la dueña de casa o la criada limpiaban el cuarto del enfermo y por ello no era la hora oportuna para mi visita. Además recordaba su deseo, compartido también por mí, de conversar a solas, si bien nuestro encuentro era totalmente inocente.

Proseguí mi camino con la idea de conversar en otro momento más oportuno pero aún no quiero retornar a nuestro refugio. Hoy necesito aire y espacio, y voy a lo largo del sendero boscoso que fluye entre los médanos y los jardincitos de las casas de la orilla. Así llego hasta el hotel Lido, lugar de la fiesta inminente. No se ve a nadie en las terrazas ni en las barandas que dan al mar; ni siquiera escucho los preparativos ya anticipados por Marisa. Sin embargo, las tiendas anaranjadas que se inflan como velas y otorgan un cálido reflejo a las columnas blancas de la gran terraza, y la misma alegría del lugar, me ofrecen un saludo prometedor, un adiós festivo.

Continúo; pasando el edificio balneario todavía inarticulado como una nave en construcción, llegué a la empalizada del muelle. Mar de un lado, mar del otro, caminé hasta el muelle de piedras donde unos niños jugaban; pero se escabulleron como ratones frente a mí, ya conocida como un personaje importante, entre las rocas que sostienen la plataforma.

Nuevamente sola, me senté en la empalizada. Veía frente a mí la extensión plácida del mar adornado por el límite turquesa del horizonte y por embarcaciones teñidas de azul, y me parecía estar sentada también yo en la proa de una embarcación primitiva.

“Este es el lugar ideal para conversar por última vez con Gabriel”, me confesé ingenuamente a mí misma, cuando un rumor de pasos o, más bien, de un leve bastón arrastrado por la tierra, me hizo girar la cabeza con la esperanza de ver al desgraciado, como si me hubiese seguido y adivinado mi pensamiento, aunque me reí enseguida de mi alucinación insólita; el hombre que venía a mi encuentro en esa inefable serenidad, entre el mar y el cielo, era el marido de Marisa.

Descalzo, con unos pies que parecían raíces, los pantalones arremangados hasta las rodillas, su pelo y su piel rojos contra el fondo esmeralda del canal, él se apoyaba con orgullo en la caña de pescar, fruncía las cejas e intentaba ocultar sus ojos risueños.

A pesar de las desgracias contadas por Marisa sobre su vida, ese día me pareció un hombre feliz; lo saludé con una inclinación cariñosa de la cabeza

como invitándolo a sentarse junto a mí. Así lo entendió y se acercó, respetuoso pero audaz. Dejó a su lado el cesto de pesca semejante a un gran nido, y reanudó la pesca con la caña. Sus cejas salvajes se reconciliaron con los ojos, todo se calmó en una sonrisa marina. Observé su boca todavía fresca y el hoyuelo del mentón bajo la barba rala; seguramente fue un hombre hermoso y se lo comenté cordialmente.

Como aquel que, recibiendo un regalo inesperado busca de pronto en su mente el modo de corresponderlo,⁶⁴ el hombre fijó sus ojos en el vacío del paisaje ubicado frente a él, aislándose de todo, luego se repuso, y con su mirada confiada me inundó el rostro de azul. Lo había encontrado. Dijo lentamente:

-La señora, como mi mujer la llama, debería hacer una cosa: evitar la casa roja.

Quedé atónita y casi ofendida. ¿Qué significaban sus palabras? ¿También él conocía mi secreto? ¿Todos lo sabían entonces? Pero, ¿por qué? De pronto destelló en mi memoria, como un latigazo, el recuerdo del pasaje bíblico: “No hay nada oculto en el hombre que no sea finalmente revelado”.

“Pero ¿tiene culpa mi secreto?”, me pregunté una vez más. Y de pronto surge en mí el deseo de contarle al pescador la verdad. Comencé preguntándole:

-¿Por qué me dice eso?

Con algo de frases dialectales que no comprendo bien, con algunos gestos de sus manos de cangrejo y completado con palabras ininteligibles, me explica:

-Porque no es aconsejable acercarse a la persona que vive en esa casa. Su mal se contagia solo con el aliento o con un apretón de manos. El viento lo lleva a su alrededor, y es necesario mantenerse alejado. Y usted dirá, ¿y por qué los dueños de casa le tienen tanto cariño? No me entrometo en los asuntos ajenos, pero he oído decir que el dueño de casa es bueno y santo; aunque la mujer es medio arpía, y quizá espera que el enfermo, que parece rico, le deje sus pertenencias. Además, el mal en cuestión no contagia a las personas mayores pero se ensaña con los más jóvenes.

Sus dedos se alargaban y contraían como las pinzas de los crustáceos, y yo, mientras lo escuchaba, daba a sus palabras y a sus gestos un significado secreto. Pero comenté, no sin maldad:

-Entonces, ¿por qué su mujer siempre me aconseja ir a visitarlo?

El hombre sonríe y nuevamente frunce el ceño. Golpea su dedo índice sobre la frente y responde:

-El mal de mi mujer es peor que la tisis, y la señora ya lo habrá advertido. Mi Marisa es una descerebrada.

-¡No es verdad! Es muy buena.

-Demasiado buena, quizá. Pero ha nacido sin cerebro. La verdad es la verdad.

Luego, con un impulso de confianza, me confiesa que él solo se había procurado la fama de anárquico por decir a todos la verdad en pleno rostro.

-¡A todos! -confirmó, golpeando la caña contra el parapeto, pudiendo provocar su propia caída. Luego se calmó nuevamente-. Pero ahora ya no converso más con nadie. ¿A quién le importa?

-Conmigo está hablando todavía.

-Con usted es diferente.

Pausa. Él calla, con la caña aferrada al puño, sostenida como un cetro. Debajo de nosotros, en el agua esmeralda donde parece flotar una red de oro, los pequeños peces interpretan su juego fantástico parecido al que juegan las golondrinas en el crepúsculo glauco y dorado de las tardes de verano.

¡Qué felices son! Todos los seres manifiestan felicidad en la naturaleza, solo el hombre se empeña en sufrir sus vanos tormentos.⁶⁵

Yo me repliego apoyando los codos sobre las rodillas, el rostro entre las manos, y me confieso al pescador.

-Sí, lo sé. Ese hombre es un enfermo, y también es malvado. Es propio de su enfermedad que a veces incluso vuelve crueles a quienes la sufren. He escuchado que un trabajador tísico en una gran ciudad, esas ciudades donde también son malvados los hombres sanos, tosía sobre los niños que encontraba para contagiarlos. Pero en mi adolescencia conocí al inquilino de los Fanti. Nuestras familias deseaban un matrimonio entre ambos; él partió hacia el extranjero y se malogró el proyecto. Lo he vuelto a ver aquí por casualidad, si fuera a visitarlo sería para expresarle una palabra de consuelo porque dentro de poco deberá irse de este mundo.

Advertí que el hombre, sin demostrar demasiado interés, no dudaba de mis palabras. No hizo comentarios, pero también él se replegó, golpeando y

sacudiendo la caña sobre las piedras situadas bajo nuestros pies. Luego de haber pensado y repensado, finalmente dijo:

-De todos modos, la señora debe tener mucho cuidado.

De esa manera, también él pareció darme permiso para ver a Gabriel.

Después intenté preguntarle acerca de otros temas: sus principios políticos, los viajes que había realizado, sus nietos gemelos. Era como hablarle a la caña; no importaba nada de nada y todo lo que pensaba ya estaba dicho. Siempre inclinado para ver su cesta vacía, continuaba golpeando su caña en las rocas con una especie de ritmo musical, hasta que le pregunté:

-¿Y hoy no se pesca?

Pareció despertar. Se levantó y dijo:

-Hoy tengo poca esperanza. Está demasiado claro el día.

-Pero aquí se ven muchos pececitos. ¿No los ve?

Él sacudía la cabeza como si verdaderamente no los viese, y recordé las palabras de Marisa: “Es tan bueno que cuando pesca un pececito lo regresa a la mar”.

-Bueno, yo me despido -dije, levantándome-. Hasta pronto.

También él se levantó presuroso y me devolvió el saludo con un gesto de caballero. Al descender por la empalizada de la duna, observé que los niños aparecieron nuevamente desde el montículo de piedras, lo rodearon y lo molestaron; él no reaccionaba, limitándose a amenazarlos con el anzuelo de la caña.

El banquete había sido fijado para las ocho; y como se trataba de una fiesta muy informal y familiar, mi marido decidió ir directamente desde su trabajo. Yo lo encontraría allí.

De todos modos me arreglé con cuidado mis cabellos y me puse un vestido blanco y vaporoso que ya tenía de soltera y de hecho era el primero luego del largo luto sufrido por la muerte de mi padre, como el anuncio del amanecer después de una noche de dolor.

Era temprano para ir al lugar de la fiesta y por eso pensé dar un paseo por la orilla del mar, ya poblada de veraneantes; carpas de colores y tiendas blancas y anaranjadas que acompañaban a los barcos pesqueros resaltaban

sobre el fondo glauco del mar.

Todavía desciendo un poco más por el sendero y miro la casa roja, más roja que de costumbre, casi carmesí, a causa del reflejo del sol ocultándose en el horizonte; y pensando que allí hay un hombre que sufre, sentí un leve remordimiento por la inminente fiesta.

Más abajo, en el patio de Marisa, entre los pollos, los gatos, las monumentales ocas con el perro amarillento acurrucado a sus pies, veo al amigo anárquico trabajando en una labor que desentona grotescamente con su fama. En sus rodillas descansa una red para remendar y, como le falta sogas, ha tomado la rueca y el huso para construirla él mismo.

Lo saludo con un gesto de la mano, tanto él como su perro se levantan para saludarme y me siguen con los ojos.

Regresé sobre mis pasos, y al mirar el albergue de los Fanti vi a Gabriel sentado en el balcón, triste y solo. También él me vio aunque no reaccionó ni con un gesto ni con un saludo. Parecía indiferente a todo, también a mí, y hasta a sí mismo. En vano el sol que atravesaba el balcón con un rayo de luz lo recubría piadosamente; ni siquiera el sol existía ya para él.

Exaltada por un impulso de piedad más luminoso que ese sol, entré en la explanada, llamé dos veces a la puerta entreabierta y se abrió sola, para dejarme entrar. Entré, golpeé también la puerta de cristales, limpia y adornada con macetas de plantitas verdes. Ninguno apareció. Me volví para mirar los leones, como si les pidiera permiso para continuar; después ágilmente subí la escalinata de mármol pulido y nuevamente golpeé a la puerta del primer piso.

Como un fantasma, mejor dicho, como un muerto que camina, en su pijama de seda blanca que le excedía de todos lados, me abrió Gabriel. El pergamino unido a los huesos de su rostro se había teñido de surcos violáceos, pero los ojos, sí, los ojos eran los de siempre.

Y sin embargo, me suscitaron un terror como el que despierta la aparición de un muerto resucitado.

-¿Cómo está? Le pregunto con voz amable, tendiéndole la mano. Y esta vez acepta la mía, leal y piadosa, entre la suya que es fría y seca como una garra. Me arrastra hacia adentro con fuerza, casi con temor de que yo me fuera enseguida.

Alrededor de la galería cerrada por vidrios se abrían algunas puertas y en

el fondo estaba abierta la de su habitación. Siempre de la mano, me llevó a una salita que también daba a la galería. Era un saloncito con pretensiones de elegancia, con un sofá y alfombras turcas, además de una mesita con viejas revistas ilustradas, el espejo con flores esmaltadas y los otros muebles, recordaba la sala de un dentista mediocre.

Me invitó a sentarme en el sofá y se ubicó frente a mí en un sillón de mimbre. No parecía él, animado y visiblemente conmovido, más aún cuando me dijo con voz temblorosa:

-Le agradezco, estoy mejor, y su visita me reanima.

Me alegré sinceramente por él y por mí, disipando la primera impresión de angustiosa desconfianza que su aspecto y el lugar me habían suscitado.

Entonces dije, de forma simple y cordial:

-Estoy contenta de encontrarlo así, y he venido en este preciso momento porque le he visto descansando en la galería. Pero, ¿por qué no hay nadie en casa?

-No lo sé. Posiblemente la señora haya ido con su hermana al hotel de la playa y habrá llevado también a su marido. Y habitualmente cuando los dueños de casa están ausentes, la mucama se escapa.

-Claro, a las ocho es la cena -comento yo, mirando mi antiguo relojito de oro. Eran las siete y media y tenía un poco de tiempo para conversar con él-. Es un banquete que los representantes del pueblo organizaron para honrar a mi marido y también a mí -le expliqué pensando que lo desconocía.

Pero lo sabía muy bien, y un leve gesto de ironía me recordó de pronto la sonrisa diabólica del antiguo Gabriel si sus dientes amarillentos y los surcos mortales en torno a la boca no hubiesen acentuado en su rostro las líneas del cráneo.

Pero yo quería estar alegre y ver en ese hombre solo la vida, porque estaba vivo todavía y quizá con la voluntad de Dios aún podía salvarse. Siempre con la mejor intención, comencé a bromear acerca de la cena, relatándole las noticias pantagruélicas de Marisa.

Advertí que no se interesaba, aunque escuchaba atentamente el tono de mi voz. Sin embargo comentó, no exento de burla:

-Entonces será como el banquete de Nerón relatado por Petronio en el *Satiricón* o, mejor aún, como el de Bonifacio II, padre de la célebre condesa Matilde quien invitaba al pueblo a extraer el vino de los toneles colmados

especialmente para la cena mientras los nobles de su corte se sentaban a la mesa. Sin embargo -agregó cambiando el tono y el acento de su voz luego de su excitación inicial-, yo prefiero recordar el banquete que su madre me ofreció aquella noche en su casa.⁶⁶

“Y ya llegamos”, pensé yo. De nuevo un malestar casi físico me aturdió, pero quise afrontar de una vez por todas el fantasma de los vanos recuerdos:

-¡Pobre mamá! Ser buena anfitriona era su única ambición y lo hacía de todo corazón.

-Además yo era un huésped muy especial, diga la verdad; ahora ya se puede decir.

Respondí muy impresionada:

-Es verdad.

-También yo puedo decir ahora que fui allí por consejo de mi padre que deseaba un matrimonio para nosotros aunque fui por mi propia voluntad.

Asentí espontáneamente.

-También mi familia deseaba un matrimonio.

Él se replegó más todavía y, aproximándose a mí, me estudió de arriba hacia abajo con unos ojos inyectados de líquido maléfico y me susurró:

-¿Y entonces?

A pesar de la situación, quise reír, pero su aliento me rozaba y el tono misterioso de la pregunta me reavivó el terror. Y quizá por terror le respondí simplemente la verdad:

-¿Entonces? Usted desapareció y allí terminó todo.

-No, no terminó nada. Había llevado mi alma a su casa y allí la dejé. El día transcurrido con usted ha sido la cumbre de mi existencia y luego comenzó la caída. Ahora estoy aquí, como un trapo sucio que tiene miedo de pisotear pero una sola palabra de su boca hubiera podido hacer de mí un hombre fuerte y noble. Ahora...

Ahora sí, el terror del misterio más inexplicable me abrumó hasta lo más profundo de mi ser, pero de pronto me tranquilicé pensando que Gabriel estaba actuando una de sus comedias.

-Gabriel, le ruego expresar su propia incredulidad ante lo que acaba de decir. ¿Qué palabra podía pronunciarle?

-Sí, es verdad, quizá esta palabra no era necesaria pero bastaba un comportamiento diferente de usted hacia mí.

-Era una niña jamás salida de su casa.

-Ese fue el problema. Me dirigí a usted como a un alma todavía infantil, como a una rosa recién abierta. Me encontré en cambio frente a una criatura complicada, ya madura, cautelosa y casi malvada.

-¿También malvada?

-Sí, también -aseguró indignado-. Usted veía en mí a un canalla, casi un ladrón...

-¡Gabriel, se equivoca!

Yo también estaba furiosa pero él prosiguió sin retractarse.

-Usted veía en mí un payaso, un comediante; y todavía lo cree. Pero sobre todo, me ve como un vicioso, con el alma corrupta, y yo lo parecía. Tal vez ha creído que le robé la servilleta, y así lo hice, no para llevarme un recuerdo sentimental sino porque usted me había creído capaz de robar. He intentado inútilmente hablar con usted esa noche, hablar de mí, de mis sueños e inquietudes. Y usted no creía ninguna de mis palabras; sin embargo era bueno, ¿sabe?, era un joven fantasioso pero puro. Aún no conocía el amor, no conocía nada de la verdadera vida.

Escondí el rostro entre mis manos, él las apartó y las tomó entre las suyas, me apretó las muñecas. Tuve la sensación de ser sujeta por dos garras infernales. Dijo con voz ronca:

-¿Llora? Ya es tarde. Usted ha destruido a un hombre.

Intenté defenderme débilmente:

-Usted exagera. Además los cuentos de su padre ayudaron a construir en mi fantasía un personaje de fábula.

-Deje tranquilo a mi padre. Está muerto y que su alma descansa en paz. Pero usted ha visto mis ojos esa noche y debió creer solo en ellos. ¿Por qué no se ha quedado con esa primera mirada? La atmósfera de nuestra vida habría permanecido siempre igual a la de nuestro primer encuentro. Un día similar a este solo que era en su ático, muy diferente a este lugar.

-Ahora todo ha pasado y es imposible regresar allá. Déjeme ir, Gabriel -reanudé, conciliadora, aunque cada vez más temerosa, tanto más por sus ojos enajenados y su contacto que por sus palabras-. La vida, esa vida que usted

llama *verdadera*, está construida sobre muchos malentendidos. Tampoco ha visto en mí los buenos sentimientos que la educación y la tradición de mi estirpe sofocaban. Además, ¿por qué prejuzga mis pensamientos como negativos hacia usted?

-Yo era como un vidente. Adivinaba todo sobre usted porque penetraba en su alma como una posesión violenta. Pero usted no se entregaba, no oía mi espíritu; solo veía mi cuerpo, al hombre mortal cubierto, según su opinión, de múltiples vicios y errores.

-Me parece soñar cuando lo escucho hablar así -insisto intentando en vano soltarme de su contacto-. Creía que fuese todo lo contrario, que veía en mí a una pobre criatura ignorante. De las dos partes hubo malentendidos, situación muy común en estos casos. Es inútil, repito, regresar al pasado.

-Inútil para usted que es feliz, que tiene una vida de alegría frente a sí. Pero yo...

-Curará. Es joven, se olvidará de este amorío.

-¿Usted lo llama amorío? Ah, sí, ¿recuerda cuando me incliné para morder los cabellos de sus hermanos que me pedían tragar cuchillos? Eso mismo quisiera hacer con usted, ahora.

Y de hecho, se inclinó y percibí su hálito enfermo acosando mis cabellos. El recuerdo de mi marido me proporcionó una fuerza violenta. Arranqué mis muñecas de las manos de Gabriel y lo rechacé. Intenté levantarme sosteniéndome en la mesita que estaba junto al sofá. Impresionada pero aún no ofendida, dije con voz firme:

-Escuche, Gabriel, me duele vivamente que la conversación deseada por usted sea esta. He venido aquí como una hermana a decirle palabras de consuelo, a decirle también, si así lo quiere, que por largo tiempo lo he esperado y he sentido un amor que solo Dios sabe cuán puro y grande ha sido. Justamente Dios no ha querido nuestra unión, pero el recuerdo de ese amor debía estar en el aire aún hoy, porque el solo pensamiento de acercarme a usted para darle consuelo me inunda de gozo. También yo me he equivocado; no importa. Ahora, déjeme regresar y quedamos amigos.

También él se levantó y pareció acatar mis palabras. Volteó el rostro para acá y para allá, como buscando algo; entonces impetuosamente me aferró y me obligó a sentarme sobre el sofá a su lado; me sostenía con fuerza pero sin violencia, casi suplicante. Dijo:

-Le ruego permanecer todavía un momento y responder mi pregunta. ¿Por qué aquella noche sus hermanos maleducados se burlaban de mí?

-Justamente porque eran maleducados.

-Cuando le pregunté si estudiaba, se rio y me mintió. Me dijo tantas mentiras que ni siquiera ahora puedo creer las buenas palabras que hoy me dice y, a pesar de esto, ahora quiero que me las repita porque no tengo a nadie más que a usted en esta vida. En unos momentos se irá y tal vez no la veré nunca más.

También yo pienso irme y no acercarme a él nunca más. Intento mantenerlo calmado y repito la lección:

-Sí, lo he querido y he recordado siempre esa noche maravillosa, sus palabras, sus promesas. Y ahora estoy aquí...

-Si está aquí es porque me cree moribundo, diga la verdad -comienza a decir con voz rabiosa-, pero no lo soy, o al menos estoy aún vivo y tengo sed de vida y sed de amor. También yo la he esperado demasiado tiempo; todos los días, todas las horas, si usted está aquí es Dios quien la ha enviado para darme todavía un sorbo de vida.

Mientras murmuraba jadeante las últimas palabras, me había aferrado los hombros e intentaba besarme; comencé a gritar rechazándolo con terror.

-¡Qué blasfemia! ¡Déjeme!

No me abandonaba, por el contrario me aferraba cada vez más contra sí como un pulpo, y yo temblaba toda con el horror indecible de alguien que se siente invadido y atrapado por monstruos marinos. Y en medio de esa niebla de vértigo mortal contemplé la finca de mi infancia con su valle, sus arroyos cristalinos, el viejo ermitaño con su cesta de frutas prematuras. ¿Fue su espíritu quien rogó por mí?

-¡Dios!, ¡Dios! -yo gritaba. Y Dios hizo abrir silenciosamente la puerta del lugar infernal y apareció el ciego con sus ojos vacíos.

Vi en cambio los de mi agresor agrandarse aterrorizados y su rostro se tornó amarillo y duro. Me dejó, se levantó, se sacudió todo, como un pajarraco mojado por la lluvia. De un salto, me precipité junto al ciego y le dije, agitada:

-Aquí estoy, señor Fanti, ¿me conoce?

Como si me conociera de toda la vida, respondió tranquilo:

-Le pido disculpas señora. También a ti, Gabriel, no sabía que tuvieras visitas.

El otro no respondió, con la cabeza baja, las manos apoyadas en la mesita, daba la impresión de estar a punto de desmayarse, pero ahora siento únicamente horror y repugnancia. Sin ocultar mis sentimientos, me dirijo solo al ciego:

-Lamento saludarlo con tanta prisa, pero debo irme.

Él tiende la mano para detenerme y con una familiar cortesía me pregunta:

-¿Va a la cena?

-Sí.

-Si no le disgusta, la acompaño. También yo debo ir al banquete.

“¿Acompañarlo? Es él quien se hace acompañar por mí”, pienso yo, y estoy a punto de rechazar groseramente el ofrecimiento; porque a pesar del arrebatado de gratitud que me despierta el ciego al mismo tiempo siento odio, como todas las cosas y personas que tienen contacto con mi enemigo.

-Adiós -le dijo al desgraciado-. ¿Necesitas algo? Te mandaré a la granuja de Adela.

-Es nuestra criada -me explicó luego, mientras me dirijo a la salida y corro hacia la escalinata-. En cuanto sale la dueña de casa, se larga y deja la casa abierta. Usted seguramente habrá llamado un buen rato.

Me apuro, no me importa nada más que huir de allí. Él me sigue con una agilidad similar a la mía, como si viera mejor que yo. Y de hecho, yo veía todo oscuro, todo alterado fuera y dentro de mí; me sentía otra persona.

Me miré instintivamente en el espejo de la antesala, porque tenía la impresión de estar despeinada, mordida y arañada, con mi vestido virginal manchado y ultrajado.

No, gracias a Dios. Aún el vestido está blanco y liso, los cabellos en su lugar, pero mi rostro es otro, como si hubiese recorrido un largo y fatigoso viaje; y los ojos que ahora conocen la terrible sombra del mal todavía parecen reflejar la sombra de mi enemigo.

Sin embargo, el espejo que reveló mi rostro y mis ojos luego del primer encuentro con él ilumina la oscura tortura de mi corazón. Aún estoy como aquel día, limpia de culpa y de responsabilidad, y si involuntariamente

provoqué cosas malas fue porque el mal existe en la vida misma, tanto como el bien.

Basta la firme voluntad de querer este último y yo lo quiero, tanto ahora como antes, como siempre, con la ayuda de Dios.

El señor Fanti y yo caminamos por el sendero que bordea los jardincitos de las casas veraniegas; realmente es él quien me acompaña; su gesto de tocar las cosas con el bastón responde solo a una costumbre, porque conoce cada piedra de la calle, cada perfume de los jardines, cada uno de mis pensamientos. Le pregunto bruscamente:

-¿Usted estaba en la casa durante mi visita allí?

Se detuvo y respondió directamente:

-No.

-¿Dónde estaba?

Sin vacilar, me responde que ya estaba en el lugar de la fiesta cuando alguien le advirtió que yo me encontraba en su casa.

-Sé quién ha sido -repliqué-. Fue el marido de Marisa.

El señor Fanti no habló más. Ya no hay nada más para decir entre nosotros, pues he comprendido que conoce todo acerca de mí y todo lo sabe. Pero la idea de haber sido vigilada por un pescador y que un ciego ha corrido a salvarme me alivia nuevamente y aclara el mundo de mi entorno.

Y así llegamos, calmos y sonrientes, al lugar de la fiesta. Mi marido me esperaba en el pórtico que daba al mar y cuando me vio llegar con Fanti me hizo un gesto con la cabeza como para decir: “¡Qué buena compañía te buscas!”.

Le tomé el brazo al ciego y subimos juntos la bella escalinata del hotel que, adornada para la ocasión de alfombras y de plantas, parecía la de un palacio real. Las galerías y las terrazas también se habían transformado en jardines colgantes. Las azaleas teñidas por la transparencia rojiza del atardecer contrastaban con las cinerarias de un azul pálido de noche invernal; llamas purpúreas de los lirios y rosas de ámbar exhalaban sus perfumes desde los jarrones de terracota pintando con sus fantásticos ramos el fondo esmaltado de los muros ubicados entre las columnas, y sobre ellas se elevaban las tiendas construidas con lonas.

Adentro, en las salas, se veían las mesas preparadas con una ornamentación algo recargada, con vajilla y cristales dorados y grandes jarrones de flores; las botellas esmeraldas y opalinas de agua mineral con sus tapas metálicas desmentían las predicciones malvadas de Marisa.

El perfume de las rosas que triunfaba frente a las demás fragancias me recordó el día de nuestra boda, una boda que esa fiesta quería renovar y confirmar.

Presento el ciego Fanti a mi marido y digo con voz segura:

-He ido a visitar el enfermo.

Ningún comentario. Nos sentamos en la fresca galería mientras esperamos la llegada de todos los invitados. Enseguida nos rodearon los recién llegados, todos admiradores de mi marido, interesados en conocerme. Uno de los más dispuestos a sobresalir era el señor Nele, con su cara brillante y rojiza, todo vestido de negro, camisa blanca, corbata blanca y doble cadena de oro sobre el chaleco con botones a punto de explotar.

Después de una solemne reverencia al nuevo intendente y a mí, se dirigió al ciego.

-¿Cómo está, querido Fanti?

Este permanecía rígido y formal sobre su silla entre dos esbeltas palmeras. Con la bella cabeza erguida sobre el azul del horizonte, sus manos rosadas con uñas brillantes apoyadas una sobre otra en el pomo del bastón. Posee algo de decorativo, de hierático; parece un forastero absolutamente ajeno al ambiente que lo rodea.

Y con su voz tranquila y con leve acento extranjero, responde que está perfectamente.

El otro nos mira mientras le pregunta:

-¿Y su cuervo cómo está?

El ciego frunce las cejas levemente como esforzándose para recordar de quién se trata, quisiera tomar las cosas de manera trágica y contestar severamente; pero quizá pensando en mí, en mi malestar apenas calmado, en el lugar y las circunstancias festivas, ilumina su rostro con una sonrisa maliciosa y responde:

-Querido señor Emanuel, el cuervo es tanto mío como suyo.

Toda la gente comprende la broma y, sin evitar lo trágico, se rio con

aprobación el señor Nele quien había vendido grandes cantidades de medicinas al desgraciado en cuestión, palmea la espalda del ciego con su mano y yo, recordando haber sentido disgusto cuando lo llamaron cuervo a mi enfermo ideal, ahora siento una malvada satisfacción.

Pero necesito pensar en otras cosas y en vano el demonio de la desilusión recientemente experimentada me impide disfrutar la alegría sana y festiva que me rodea; la gente se vuelve cada vez más numerosa y casi se transforma en una multitud.

Ya están colmadas la galería, la escalera, las terrazas y también la sala. Rostros y más rostros, uno detrás de otro, uno sobre otro, donde destacan las dos tipologías de esta fuerte raza de sangre caliente, musculosa y sensual, de impulsos generosos y afectivos, y al mismo tiempo de carácter ingenioso y práctico:

Por un lado, se ven rostros plenos de un color rojizo pero amortiguado por los cabellos rubios y el azul verdoso de los ojos; por otro, se ven rostros agudos y morenos de líneas angulosas con vívidos ojos negros. Sobre todos ellos se distinguen algunas figuras moriscas de cabellos crespos, amplias mandíbulas, ojos devoradores; quizá descendientes de los invasores bárbaros que permanecieron en estas fértiles tierras marinas.

No sin un leve sentimiento de pudor, aunque también de vanidad, advierto que todos dirigen sus miradas hacia mí con curiosidad, deferencia, bondad y también una verdadera admiración. Reconozco en mi interior que los homenajes no son para mi persona sino para la esposa del jefe de la Comuna; y por primera vez conozco el placer de la adulación, una adulación desinteresada y de buena fe, también entusiasta, y que es el regalo del hombre a la esposa de uno superior a él.

Además, reconozco que ese día no estaba en condiciones de juzgar a nadie, pero las personas que intentaban acercarse y conversar conmigo anulaban enseguida mis prevenciones.

De pronto un viejo señor con un marcado espíritu báquico y una diadema de rizos blancos en torno a su cráneo de marfil, mientras enjugaba el sudor de su rostro, se inclinó sobre mi espalda jadeando como un enamorado y me dijo:

-Permítame, señora, que me presente a mí mismo. Lusignani, coronel retirado de los Reales Carabineros. He tenido la fortuna de residir dos años en su tierra donde he descubierto un paraíso terrenal.

Halagada y al mismo tiempo muy tímida, me vuelvo para mirarlo mejor con el temor de que haya conocido a mi padre o sepa algo de mi enemigo.

-Creo haber conocido a su padre pero posiblemente usted ni siquiera había nacido -me asegura enseguida, con galantería-. Ya han pasado veinte años desde que estuve en su bella ciudad.

-Habrá conocido a mis primas entonces, aquellas siete graciosas jovencitas que habitaban en la calle Corso, frente al Café de la Posta y siempre estaban mirando por la ventana -le digo aturdida, no recordando que las siete jóvenes tienen solo unos años más que yo.

-No, señora, al menos no las distingo en mi recuerdo pues todas las mujeres de su ciudad son tan bellas como las madonas de Rafael.

-¡Ehemmm! -profiere uno a sus espaldas. Y yo por primera vez comienzo a reír espontáneamente y, no menos que yo, el viejo coronel gira a su alrededor los ojos cristalinos, todavía radiantes de antigua bravura, y desafía al insolente que osó interrumpir.

-Yo -dice con voz vibrante- siempre he usado la carabina, jamás he disparado en vano el cañón. Por lo demás, el testimonio más evidente de mis afirmaciones está aquí presente.

Con gesto grandilocuente señala mi persona. El señor Nele aplaude:

-¡Bravo!

Y un aplauso general resuena como un estruendo de granizo contra los cristales del lugar.

Así conozco yo la vana gloria del mundo pero sin enorgullecerme porque no me siento digna.⁶⁷ En general el público presente tampoco está convencido de las alabanzas del coronel. Lo confirma la voz de uno que grita:

-Escuchemos el parecer del señor intendente.

Pero mi marido también me mira con cierta admiración o, mejor dicho, con vanidosa emoción; pero luego se frota las manos con ese gesto suyo de picardía que significa tantas cosas a la vez, y en el repentino silencio de los oyentes exclama:

-Declaro sinceramente que aún no he advertido haberme casado con la *Madonna della Seggiola*, pero estoy absolutamente convencido de haberme unido a una *Madonnina*.

Esta vez los aplausos fueron realmente teatrales, y hasta yo misma me

rebelé pues, a mi entender, se estaban transformando en burla. Y dirigiéndome al señor Nele como el principal responsable de todos, le dije suplicante:

-Por favor, señor Nele, ya basta.

Y el señor Nele, quien con su enorme altura supera a la multitud congregada en torno a nuestra mesa, gira hacia acá y hacia allá aplaudiendo aunque sus gordas manos no producen ningún sonido y, con el ceño fruncido y amenazante, grita:

-¡Vamos, señores! ¡A la mesa!

Me ofreció el brazo con desusada galantería el antiguo alcalde del pueblo. Era un hombrecito más pequeño que yo, de raza morena y casi morisca; resaltaban únicamente en él los ojos, la boca y los cabellos. Las infinitas arrugas de su rostro contrastaban con los dientes fuertes e intactos y sobre todo con su voz poderosa y dominante. Durante muchos años fue capitán de marina y, luego de haberse enriquecido con sus negocios, vivía ahora con las ganancias de sus extensas plantaciones de remolachas. En conclusión: un digno descendiente de piratas árabes.

Me arrastró con cierta autoridad; sin embargo alcancé a tomar la mano del señor Fanti y remolcarlo a mi lado, pues lo necesitaba junto a mí como hasta ese momento había estado, tranquilo, benéfico y protector. Aun creo sentir en la mía el temblor de su mano caliente y viva, un temblor que quería expresar: “Estoy aquí con usted, señora, como un perro fiel. Le pertenezco para toda la vida”.

Se forma un camino a nuestro paso, el anfitrión en persona, majestuoso como un rey cordial, en medio de su corte de camareros vestidos de frac, con guantes blancos y una servilleta sobre el brazo, tiene preparada mi silla y, en cuanto me acomodo, le digo:

-Deseo que el señor Fanti se siente a mi lado.

Mi deseo es una orden. El ciego a mi izquierda, el antiguo alcalde a mi derecha. Enfrente mi marido junto a dos importantes funcionarios, uno de los cuales, llegado con cierto atraso, se permitió saludar desde su lugar a algunos amigos ubicados en otras mesas. Mi compañero de la derecha, observando esto, me dijo en voz baja:

-Ese gesto es una cosa que el protocolo de la Marina no permite.

-¿Por qué?

-¿Por qué? -explica él atándose la punta de la servilleta en el cuello de la camisa- porque el oficial de Marina en la mesa no debe jamás hablar con otros comensales excepto los ubicados a su derecha y a su izquierda. Tampoco debe observar lo que otros comen ni debe utilizar el cuchillo para cortar el pescado; no debe tampoco...

-Bueno, pero aquí no estamos en la Marina... -observo benévola.

Sin embargo, la sala parece realmente el comedor de un barco, el mar la rodea, las paredes esmaltadas, las flores y los arbustos que tiemblan en las repisas de las ventanas sobre el cielo cada vez más iluminado de colores deslumbrantes.

Nuestra mesa era, naturalmente, la más aristocrática pero no la más animada. No se observaban las rígidas costumbres de los protocolos de la Marina, aunque existía una contención galante por respeto al nuevo alcalde y a su esposa; sin embargo era el mismo alcalde quien buscaba fomentar a su alrededor un clima de familiaridad y alegría, y fue el primero en dar signos de regocijo y de aprobación cuando llegó, bamboleándose con un ritmo de danza, un ágil camarero blanco y negro como una golondrina, con una fuente de *fettuccine* formando una montaña roja como el atardecer.

Recordé a Marisa y sus advertencias detalladas, pero aunque esos pensamientos me suscitaron una saciedad anticipada, ahora el aroma de los *fettuccine*, a pesar de las profundas emociones de ese día, me recordó que era joven, que estábamos cerca del mar y era necesario alimentarse; en síntesis, tenía apetito.

De todas maneras, me sirvo de manera mesurada.

-¡Vamos, vamos, coma! -insiste el caballero de la derecha-. Más, más, sin timidez que de lo contrario nos va a avergonzar.

Pero yo retiro el plato que él insiste en colmar.

-Gracias, pero basta. Piense en el protocolo de la Marina...

Mis vecinos, que tienen el oído atento, hacen gestos graciosos y comienzan a reír, y así, esfumada la formalidad del comienzo, con alegría, cordialidad y buen apetito, se inicia el banquete.

Quien se servía sin ayuda ni obligación y comía con religioso silencio, con ingenua pero tenaz voluntad, inclinando el rostro sobre el plato y nutriéndose hasta con el aroma de la comida, era mi vecino de la izquierda. Su mano de

niño grande se arrastraba casi furtiva sobre el mantel, buscaba, encontraba el vaso, siempre lleno hasta la mitad, lo llevaba muy despacio hacia su boca entre las puntas de los dedos con un sentido físico de amor.

Su aislamiento de la multitud circundante era más palpable que nunca, o al menos yo lo notaba a su alrededor como una aureola, y percibí su felicidad, muy superior a la de todos nosotros, solo, en contacto con su comida, consigo mismo, con Dios que le concedía esa gracia.

También parecía haberse olvidado de mí y yo respetaba su ritual divirtiéndome mientras estudiaba a los otros comensales.

Tampoco bromeaba mi vecino de la derecha, comía pero malhumorado. Criticaba todo, los *fettuccine* demasiado cocidos, el pescado mal sazonado, el vino agrio. Llamó desde lejos al camarero chasqueando los dedos y cuando se acercó, le dijo:

-Lleve esta botella para condimentar la ensalada.

-Y usted -me preguntó luego, manteniendo siempre el tono autoritario-, ¿qué hace durante día? No se la ve nunca por el pueblo.

-Habitualmente paseo por la orilla del mar y por los senderos del campo. En los días de viento, muy frecuentes aquí, no salgo de casa.

Habitado a los huracanes, se sintió impresionado a causa de mis comentarios por el tiempo y admitió que el clima del pueblo era peculiar.

-Se debe a la falta de reparo, estamos en el límite de una gran región abierta, muy fértil, pero privada de bosques. Las colinas no alcanzan a frenar los vientos y estos se arremolinan constantemente desde la tierra hacia el mar y viceversa. El lugar está dominado enteramente por la rosa de los vientos.

-Cuando llega el viento, es desagradable y muy cruel -insisto-. Me embarga una profunda melancolía nerviosa.

-Es verdad, es verdad -interviene el comensal sentado junto a mi vecino de la izquierda-. Por eso cuenta la leyenda que todos los forasteros que vienen al pueblo y tratan de establecerse aquí, se enferman, enloquecen o mueren.

Entre las muecas, las sonrisas y los gestos de conjuro que me hacía el capitán, el desgarrado interlocutor reanuda:

-No hay nada de qué asombrarse, la misma señora afirma que el viento la vuelve triste y nerviosa; y con el tiempo este estado de excitación puede producir a quien no está habituado un agotamiento nervioso que es el origen de todas las enfermedades. Así lo sostiene la ciencia.

La intervención contenía un sentido humorístico más que nada para irritar al antiguo alcalde, sin embargo encuentro en sus palabras la explicación de mi drama. De manera grave y convencida, afirmo:

-Entonces es necesario irse pronto de este pueblo.

En ese momento mi vecino comprende. Da una palmada a la espalda del otro comensal y exclama:

-Pero ¿no sabe, señora, que este bacalao es un forastero, llegado a nuestro pueblo hace ya treinta y cinco años?

-Por eso mismo estoy loco -dijo el otro mordiéndose los labios para no reír, y hubiese continuado si mi vecino, dirigiéndose solo a mí, no hubiese cambiado de tema.

-Esperamos, señora, verla el sábado próximo en la inauguración del nuevo balneario, así como en el teatro. Sí, tenemos también un teatro, no es la Scala de Milán pero poco le falta. Figúrese que para la apertura de la temporada de verano interpretarán *Norma*.⁶⁸

Pero nuestra conversación era vigilada por todos los comensales y uno de ellos comenzó a canturrear burlonamente:

-*Mira, Norma, ai tuoi ginocchi...*

Ahora la mesa se había animado y todos conversaban en voz alta aunque siempre con cierta moderación. Mientras tanto, los invitados de las otras mesas discutían con ímpetu, risotadas homéricas concluían acordando las diferentes opiniones; ya habían comenzado los brindis.

Mi vecino de la izquierda también comenzaba a dar signos de participación en la vida social. Concluido el cuarto plato, constituido por una fritura de finos pescados, él se había detenido de golpe, como quien llega a su meta y no piensa moverse de allí.

-Señor Fanti, ¿no desea un poco de asado?

-No, gracias, es suficiente.

-Pruebe, es faisán.

Aunque ya ha percibido el aroma, no se deja tentar.

-Muchas gracias pero estoy *satisfé*.⁶⁹

Bromea usted si Dios lo quiere: su impasibilidad estatutaria se ha distendido y su rostro expresa una satisfacción radiante. Pero no apruebo en él la manía de limpiarse los dientes, una marca de perfecta ignorancia muy

distante del protocolo de los oficiales de la Marina y de todos los mortales.

Quien nunca ha estado satisfecho es mi vecino de la derecha.

-¿Faisán? Le han pegado la cola pero en realidad es un viejo gallo de gallinero. Señor Fanti, si desea informar esto a su eximio cuñado, le ruego que lo haga.

El ciego se sigue escarbando los dientes y no responde.

-¿Y esta ensalada? Con todas las hectáreas de huertos donde cultivan lechuga, han traído achicoria. Cuidado, señora, si se le va un brote a la garganta, corre peligro de ahogarse.

Los rugidos del antiguo capitán, quien conservaba todavía la agitación oceánica de su pasado, se perdían afortunadamente en medio de la atmósfera saturada de alegría, de música y también de poesía, puesto que de todas partes nos llegaban sonidos y cantos y el día parecía apagarse como un fuego de fiesta.

Hasta el rostro del capitán terminó por calmarse, desaparecieron las arrugas, y los ojos reflejaron el color dorado de la copa que levantaba. Con la mano izquierda se alisó los cabellos para componerse, luego arqueó las cejas hirsutas, elevó la barbilla y se levantó de un salto.

Silencio general. Las personas ubicadas de espaldas en otras mesas se volvieron todas hacia nosotros, los camareros se detuvieron como estatuas en las aberturas y el anfitrión apareció en la entrada.

El antiguo alcalde declamaba su discurso solemne para su sucesor y, elevándose sobre las puntas de sus pies, parecía que quisiese levantar vuelo detrás de sus rimbombantes palabras. Rimbombantes pero también llenas de buen sentido, de cordialidad, de admiración y, sobre todo, de fe en el nuevo alcalde del pueblo. Luego concluyó con una modestia admirable:

-Aquello que para el bien de nuestra Comuna y de nuestra laboriosa y honesta población no hemos sabido realizar nosotros, hombres de campo y de mar, habituados a dominar los elementos de la naturaleza por encima de las cifras y las estadísticas, experimentados en nuestros asuntos privados, pero no respecto de los intereses públicos, plenos de afecto por nuestros conciudadanos pero desprovistos de sentido político y diplomático, lo sabrá hacer usted como funcionario, gran conocedor de las competencias económicas y políticas; y une a ellas una fuerte voluntad de mejoramiento social, una visión amplia de las necesidades específicas de nuestra región y,

sobre todo, una inteligencia y un corazón refulgente por su diamantina honestidad.

Los aplausos no tenían fin; aplaudía incluso el alcalde visiblemente halagado y conmovido aunque sonriente y con una expresión cómica, suscitada por las exageraciones laudatorias prodigadas por el orador. Aplaudía este último y también yo lo hacía sin advertir que el antiguo alcalde no me había dirigido ni un augurio ni una frase cortés, como hubiera sido conveniente. Pero el coronel Lusignani compensó la falta, luego de la respuesta de mi marido a las palabras de su predecesor con un pequeño discurso meramente diplomático: fue una verdadera aunque también grotesca apoteosis.

El estallido producido por la apertura de las botellas de champagne acompañaba nuestros aplausos; parecía una alegre batalla. Ya era de noche pero las lámparas eléctricas con pantallas rojas y verdes prolongaban las luces del crepúsculo. De tanto en tanto un faro destellaba sobre el mar su halo de luz, la luna nueva se posaba como un pájaro de oro sobre una ramita que atravesaba la ventana.⁷⁰

Y de pronto, luego de haber bebido mi copa de champagne, me sentí aferrada por las manos de Gabriel. Era su recuerdo que regresaba. Como un espectro en la fiesta, también me pareció ver su sombra que vagaba entre las de los invitados. En el mismo instante, el señor Fanti, que recién acababa de tocar con sus labios la copa sin beberla, solo para acompañar el brindis en mi honor, me dijo en voz baja:

-Necesito irme de inmediato, señora. Permítame saludarla.

Envuelta aún en la figura de la sombra, le pregunté también en voz baja:

-¿Por qué quiere irse?

-Pienso en el inquilino.

Tuve deseos de pronunciar improperios pero no lo hice; ¿no me había propuesto perdonar y olvidar?

-Además hace ya dos horas que estamos en la mesa -reanudó, con su bella y radiante sonrisa-. Ya es suficiente y usted estará cansada.

-¡Oh, no! No en tan buena compañía. Pero ¿cómo ha calculado la duración de la cena?

-Todo se sabe, cuando se quiere saber.

-¿Y quién lo acompaña hasta su casa?

-El ángel custodio, si mi mujer no quiere hacerlo.

Se levantó, parecía realmente ser guiado por un ángel invisible, pues se dirigió directamente hacia la puerta que un camarero abrió y cerró luego de su salida.

Luego también nos retiramos nosotros, y en lugar de regresar por el sendero de los médanos, poco iluminado a esa hora, continuamos por la calle principal que se cruzaba con el camino de la estación. Realmente cansada, y sobre todo aturdida y desorientada por mi triste experiencia, me sostuve en el brazo de mi compañero, con el único deseo de llegar pronto a casa y dormir. Dormir un largo y profundo sueño y despertarme como esa primera mañana posterior a nuestra llegada, con la impresión de haber soñado todo, de renacer a una nueva y fresca realidad.

Mi marido también callaba y contra su costumbre caminaba lentamente; parecíamos descontentos de la fiesta y por ello decidíamos callar.

Solo cuando llegamos a casa, y después de lavarme y cambiarme, logré arrojarme entre las frescas sábanas como en un baño de mar, dije:

-¡Al fin! Me parece haber regresado de un largo viaje. -Mi marido me preguntó con voz ambigua, irreal; parecía la de un hombre desconocido para mí:

-¿Se puede saber por qué?

-Porque estoy cansada.

Él también se desvestía con cierta indolencia. De pronto, se acomodó el saco y la corbata como si debiera salir nuevamente; se sentó a los pies de la cama y dijo con esa extraña voz desconocida para mí:

-Debería hablarte. Había decidido que fuera mañana pero mejor hacerlo ahora. ¿Dónde has estado hoy antes de ir a la fiesta?

Me escondí bajo la sábana como los niños asustados, aunque enseguida dejé ver mi rostro enrojecido pero sin agitación, con la conciencia tranquila y más bien contenta de aclarar todo.

-Ya te he comentado, cuando llegué con el señor Fanti; he visitado a su desgraciado inquilino.

-Es verdad -admitió-. Pero ahora deberías contarme qué sucedió en ese encuentro.

¿Cómo debía responder? Con la verdad.

-Mal, tanto que estoy arrepentida de haber ido y espero no ver nunca más en mi vida a ese infeliz. Además, ya es el momento que te diga quién es él.

-Es inútil que me lo digas porque lo sé perfectamente.

Sus palabras lentas, graves, me golpearon como bofetadas, pero mi alegría y mi alivio aumentaban. Me dije a mí misma: “Te lo mereces. Es el castigo a tus tonterías románticas”.

Habría querido bromear diciéndole que no en vano el antiguo alcalde se había referido a la perspicacia y a la sabiduría de mi marido, pero intuía una atmósfera muy distante del humorismo y la comicidad. Y casi contra mi voluntad, murmuré una sola palabra:

-Mejor.

Entonces, levantó la voz sin irritación, pero dura y clara.

-Mejor hubiera sido que fueras sincera y leal conmigo. Habrías ahorrado mucho dolor para ambos.

Ardiente de despecho aunque también temerosa, todavía controlada, pienso: “Debo determinar si aún él me cree culpable de engaño y de traición”.

-¿Qué dolor? ¿De qué dolor hablas? -protesto fiera e irónica-. Si debe sufrir alguien, esa soy yo por haber creído tontamente que se podía hacer un poco de bien a ese hombre. Y si me acusas de poca sinceridad de mi parte, quizá tienes razón, pero no hubo traición. He conocido a ese desgraciado cuando aún era una niña. Ha ido un día como huésped de nuestra casa y solo intercambiamos unas pocas frases inocentes. Y luego desapareció de mi vida. ¿Qué debo contarte de él? Cuando te conocí, ya lo había olvidado.

-Pero aquí lo has recordado.

-¡A la fuerza! Lo he visto en ese estado y me ha despertado piedad y repugnancia a la vez. Y he tenido aprensión, casi vergüenza de confesarte que una vez me había inspirado amor, si amor podía llamarse a esas fantasías de niña provinciana.

No respondió enseguida. Reúne, examina, estudia mis palabras. Luego, con esa voz siempre dura y gélida que aterra más que si fuera odio, dijo:

-No sé si debo creerte. Es difícil confiar en una mujer como tú.

Aunque en el fondo de mi conciencia, como en el espesor de una selva

nocturna convulsionada por la tormenta, ardiese un halo de luz que solo la muerte podía apagar, sentí brotar el llanto, una necesidad de salir afuera, de rodar por la tierra y gritar.

Recordé el día de nuestro viaje de bodas, la sensación de lejanía suscitada por el hombre con quien debía transcurrir la vida y, en mi soledad interior, el propósito de valerme por mí misma. Infinitamente más grande era la distancia que ahora nos separaba, pero sin la fuerza y la voluntad de poder vivir sin él, sin su confianza; estaban anuladas en mi interior.

Solo me quedaba morir y pensé en llevarlo a cabo si en ese momento él no hubiese cambiado de opinión.

Puse la cabeza bajo la almohada y me sujeté el cuello con el pañuelo que tenía a mi lado. Me dejó sollozar largo tiempo, convulsa y destrozada.

Vomitó todo el dolor, la rabia, el veneno, la comida y el vino engullidos en ese día. Creía estar en alta mar, a punto de morir sin matarme. Y mi marido no me confortaba, no me pedía perdón, como yo anhelaba. Solo cuando terminé de sacar toda la bilis, con la misma paciencia de la primera noche de bodas, él llevó afuera el recipiente sucio y me hizo beber luego un sorbo de agua.

-Escucha -me dijo al fin-, yo he seguido, he estudiado, día a día tu extravagante pasión por ese desgraciado. Y puesto que antes y más que tú supe quién era él, también te he cuidado. Tuve muchas dudas, incluso las que ya sabes antes de venir a este pueblo donde él se encontraba. Y así me explicaba el modo huraño de contenerte durante nuestro viaje y nuestra llegada, también la de ahora. No negarás que te has comportado algo extraña.

No pensaba negarlo, ni siquiera podía explicarlo a mí misma, y si hoy escribo este libro es para justificarme frente a los vivos y a los muertos y sobre todo frente a mi conciencia.⁷¹

Retomando su voz habitual, cálida y leal, mi marido prosiguió:

-Desde nuestro primer encuentro en la playa, advertí que el siniestro personaje tenía una unión misteriosa contigo. Más tarde, a medida que nos encontraba y cuando conversabas del tema, sentía la fascinación malvada y la perversa influencia que ejercía sobre ti. Hablas de piedad, ¿y todavía no sabes, pequeña ingenua, que muchos canallas del bajo mundo se valen de esos sentimientos para perder a una mujer?

Tenía razón. Una cruda y desagradable razón, ¿por qué yo aún experimentaba el deseo de defender a Gabriel? Pero mis labios estaban

sellados con un sello amargo y jamás hubiera pronunciado aquel nombre.

Sin embargo mi esposo imaginaba mis pensamientos.

-Me decías: “Es un enfermo y tiene los días contados”. No tanto como tú creías si ha tenido la voluntad y la fuerza para atraerte hacia su casa. Y yo sabía que hoy irías, por eso te dejé libre la tarde. Además siempre has sido libre, también porque deseaba ver cómo terminaba la aventura. Y lo he visto. Habría sido un final calamitoso para todos si no hubiese enviado al señor Fanti para ayudarte.

En ese momento, al fin las lágrimas salían silenciosas de mis ojos y me purificaban el rostro. Pero los labios continuaban sellados, pues solo el llanto que brota del alma sorprendida frente al misterio que guía el acontecer humano puede comunicar esta maravilla.

Solo entonces él me acarició los labios con sus dedos, como a un muerto cuando le cierran piadosamente los ojos; y verdaderamente algo murió en mí aquella noche, esa recóndita parte mala y orgullosa de mi ser, una parte que creía hacer el bien cuando generaba el mal.

Concluyó él:

-Ahora basta. No se hable más de esto.

Y no se habría hablado más, y hasta conservaría la duda de haber soñado esa definitiva conversación con mi esposo si a la mañana siguiente, apenas él salió para el trabajo, Marisa no me hubiese dicho:

-El señor Fanti desea hablarle un momento a solas. ¿Puede venir?

Le contesté con aspereza:

-¿Y por qué no me lo ha preguntado cuando estaba mi marido?

Fría e insólitamente triste, replicó que Fanti quería hablarme solo a mí.

-Entonces que venga.

Me invadía un horrible temor, pues sospechaba que el señor Fanti trajese a Gabriel. Decidí no salir de mi habitación si eso sucedía, pero por la ventana vi avanzar solo al ciego con su fiel bastón y fui a su encuentro, lo tomé de la mano y lo guié hasta el saloncito.

Estaba tranquilo, vestido de oscuro con los cabellos peinados y la corbata bien anudada, pero su rostro no era el mismo del día anterior; estaba

envejecido, rígido y pálido. La sombra de nuestro drama afloraba también en él. Y también en esto sentí toda mi responsabilidad y remordimiento.

Le rogué acomodarse en el sofá de mimbre y me senté junto a él. Sintió también la cercanía de mi corazón y vibró íntegro. Observé el leve temblor de sus manos apretándose una sobre otra en el pomo del bastón. Y también estaba temblorosa su voz cuando dijo:

-Señora, le pido disculpas si vengo a molestarla a esta hora, pero pienso que usted encontrará alivio al saber que mi inquilino ha partido.

Rápidamente y con acento brusco, yo respondí.

-Buen viaje.

-Sí, un buen viaje ha realizado.

-¿Qué quiere decir?

-Ha muerto. Ayer por la noche, precisamente a las diez. Ha tenido una terrible hemorragia de sangre, lo más trágico ha sido que murió solo sin pedir ayuda o sin poder hacerlo. ¿Recuerda, señora, mi presentimiento de anoche cuando sentía el advenimiento de una desgracia en mi propia casa? Por eso me levanté de la mesa pero, cuando llegamos a casa con mi mujer, él ya había partido.

-También yo he visto su sombra -dije, presa por el vívido terror y el misterio. Sin embargo afloró en mí el sentido concreto de la realidad y esta era luminosa, construida sobre el espacio, el alivio y la alegría. Sí, también alegría. A pesar de ser vista por Fantí como una mujer dura y cruel, dije:

-Mejor así. Es la voluntad de Dios.

Vi nuevamente iluminarse su rostro y luego inclinarse en un gesto de oración.

-Que se cumpla siempre su voluntad.

LA LUNA DE MIEL

A Palmiro

LOS NOVIOS

Pasan los novios por los senderos
abiertos de la plácida llanura.
Tiemblan en la brisa transparente y pura
las últimas hojas de los torcidos perales.

Enrojecen sobre los muros, a lo lejos,
los sarmientos rotos de las vides patrias,
sobre el agua verde navegan los sauces;
en el aire de otoño se siente la fragancia.

Está en el aire de otoño la profunda
tristeza de las cosas mortecinas,
la dulzura de las hierbas nacientes,
del cielo puro, de la tierra limpia.

Crujen leves las pálidas cañas
de grandes flores por la brisa agitadas;
cierran las profundidades rojas, solitarias

los arcos ya negros de los espesos cardos.

Y los novios pasan, por sus manos
unidos; él tiene la boca fresca y pura
y es bello; en la oscura pupila
de ella esplende un encanto soberano.

A su pasar enmudecen las cosas,
se hacen sonrientes aunque sombrías;
se curvan las ramas, esplenden las piedras,
como absortas en visiones radiantes.

Mira, él dice, como la serena
llanura que a nuestro entorno se extiende,
es la clara vida que nos aguarda,
suave y pura y de dulzura plena.

¡Oh, adorada mía! Como aquí pasamos,
alegres y confiados, en esta tarde suave,
iremos por la vida con las manos unidas;
luego sonrío, y repíteme *te amo*.

-Te amo -dice ella riendo. Él se inclina
y le besa la frente luminosa.
¿Hay algo en el mundo, algo comparable
a esta hora divina de amor?

LA PARTIDA LUEGO DE LA BODA

Es el alba. Húmeda y triste alba invernal:
el viento tiene como un frío olor a nieve.

Subimos al negro tren. Leve
una sonrisa aún permanece en el rostro pálido.

No lloréis, oh hermanas, oh madre, oh todos
los que quedáis abajo, en el alba, al viento.
¿Por qué llorar? ¿No es este un momento
de alegría y no río incluso yo?

Adiós; escribid pronto. Hace frío. Trina
la campanilla. -Y tú elevas el rostro,
no seas tonta, vamos, dentro de poco
nos reencontraremos, ¡no se va a morir!

¡Adiós! No os olvidéis. ¡Adiós! ¡Adiós!
Jadea y palpita el tren. Aún suena
la campanilla. Una luz tenue brilla
dentro del vagón. Y el jadeante monstruo va.

Todo desaparece, todo huye. Dejo todo
por ti, y lloro sobre tu corazón:
toda fuerza es vana, algo muere,
algo se rompe dentro de mí.

¿También tú lloras? ¿Por qué lloras? Juntos
como dos niños lanzados a un mundo
vacío, perdidos en un pavor desconocido
lloramos, y tú permaneces más triste que yo.

¡Todo ha desaparecido! Adiós, fuerte, agreste
patria, montañas, verdes valles, adiós,
adiós llanuras, dejo mi sangre
en vuestras solitarias inmensidades.

¿Nunca más saludaré a la primavera
con las rosas del pequeño huerto mío?
¿Y la casa? ¿Y mis seres amados? Adiós, adiós,
¡oh, la plena inmensidad del pasado!

¿Y tú lloras? ¿Por qué? Tú, que no dejas
nada, y te llevas la amada sobre el corazón?
¿Adviertes mi gran dolor,
tú, que eres bueno y significas todo para mí?

Calla. La patria, la casa, la familia,
todo, pasado, presente, futuro,
todo eres tú. Dulce es morir;
para renacer y vivir por ti.

LA AURORA

¡Qué dulce es despertar por la mañana
junto a ti! Si ya tanta dulzura
resulta pensar, despertando, en un amado
lejano, qué inmenso gozo es este
de regresar del reino del olvido
y reencontrar la luz dentro de dos bellos
ojos adorados, y estrechar entre las manos,
junto con la cabeza amada, todo
el sueño de nuestra vida. Brilla
tras los cristales la aurora en círculos de oro,
rodeando con encantados anillos
el nido de nuestro grande y puro amor.

LOS RECUERDOS

Solo una mañana, la primera, al despertar,
(recuerdo aún estaba oscuro) una tristeza
infantil me invadió: repiqueteaba
en la madrugada una sutil
saltarina armonía de campanillas,
vecina o lejana. ¿Era la primera
misa? No sé; me pareció la lejana
campana de mi humilde iglesia donde pequeña
escuchaba la misa; y una infinita
cadena de recuerdos, sí, se volvió
dentro de mí con aquel sonido. Sentí toda
la inmensa lejanía del pasado
y de la patria, y lloré. Tú sentiste
caer sobre tu rostro con mis besos
las últimas lágrimas mías, y me amaste,
comprendiendo todo mi dolor.

TODAVÍA RECUERDOS

¡Ahora no más, no más! Surgid aún
caras memorias: oh, iglesia donde rogué
se cumpliera el bello sueño que hoy se cumple;
casa paterna, pequeño huerto donde,
entre los lirios que rozaban mi frente
vertiendo perfumes y sueños, bajo
las estrellas, en las cálidas y fragantes
noches de junio, te soñaba, oh bello
y cortés esposo mío; oh austera sala
vuelta al oriente, hacia los solitarios

montes, que sabes mis ardientes pero tranquilas
visiones de gloria y mi trabajo;
y vosotras montañas del abril dorado
de retamas, y a vosotras, humildes y grandes
cosas lejanas, que constituisteis toda
mi infancia soñadora y pura;
oh repisa de granito, oh silenciosa
calle, oh camino donde tan dulce
y fácil es el transitar como reina;
oh mis gatitos, oh mi gatito bello
de grandes ojos de perla, que venías
a descansar la cabeza sobre mi brazo
mientras leía grandes libros, y como
compadecido me observabas; oh todas
humildes y grandes cosas, oh voces, oh cantos
patrios sonoros y tristes, ¡oh afectos, o mis
hermanas, oh mis hermanas, oh madre mía!
Todo recuerdo, y las memorias como
reliquias me hieren, pero escucho un furtivo
paso en la contigua sala
y finjo no oír: tú te asomas
en el umbral y espías: no puedo resistir,
vengo a tu encuentro, también río, se unen
los labios gozosos. Y el pasado ha muerto.

EL PRESENTE

Ha muerto el pasado, y el presente es como
una mañana de mayo, azul y pura;
y nosotros vivimos como niños inconscientes
del futuro, que se detienen a jugar

en el borde de un camino florido. O quizá,
tras el verde arbusto hay un campo esparcido
de rocas y espinas; tras el arco puro
del horizonte quizá navega alguna
nube. A todos, lo sabemos, la vida
guarda, esfinge perversa, sus venenos;
y nosotros, aun a nosotros ciertamente,
ella no olvidará. ¿Qué importa? Es dulce,
bello como una flor este presente, y nosotros,
nosotros aspiramos toda la dulzura;
y de ello toda la belleza gozamos.

A menudo por el sendero cantas, y mi nombre
ubicas entre versos de Rodolfo, y frente
al mar repites de Mimi la gran
frase de amor.⁷² Yo digo: ¿pero no ves
que la gente nos mira? Calla. Ayer por la tarde
regresando del paseo, me dijiste
cantando: -Mas tú que alimentas tanto
miedo de la gente no sabrás
el bello placer de un beso en la calle
dado. -Estaba un poco oscuro. De pronto
te di un beso. -Ah, bribonzuela, esta
no me la esperaba, tú dijiste,
¿así es tu moral? ¿Tú que temes
dar un mal ejemplo, si besas por la calle
a los hombres? Por castigo debes
confesarlo en tu pequeño poema.

EL PINAR

Ha comenzado ya la primavera
en esta tierra, y a menudo vagamos
por los campos. Un pinar nos seduce.
Oh adorable lugar, tu dueño
nunca te disfrutó como nosotros, y
nunca experimentará por ti nuestro sentir.
Florece lirios de terciopelo bajo
los esbeltos pinos, y juncos y narcisos
perfuman el aire, tendiendo avenidas de
verdes desiertos, y a lo lejos los ramos
bordan los fondos rosados. En lo alto
se abren prados de asfódelos en flor,
y blancas rocas miran sobre estanques
de madreperla, arados por el lento
vuelo de los flamencos y sobre el mar
sombrio de plata.
Nos encontramos frente
al ocaso, entre las flores, y en los ojos
y en el corazón, nos refulge el sol.
Pero al regresar ya anocheció. En lo alto, el cielo
tiene una tierna palidez púrpura;
Venus brilla como luna en el fondo
del desierto sendero y nuestro paso
lento resuena: desde lejos llega
la fragancia de los almendros floridos
y un croar de ranas. El lugar, y la hora,
y nuestro amor, y todo parece un sueño.

HACIA LO DESCONOCIDO

Y ahora te dejamos, oh rosada, oh bella

ciudad de mar. Adiós. Directos hacia
desconocidas orillas zarpamos sobre
una gran nave negra. El golfo ríe
como un lago a la luna, y los faros brillan
sobre el cielo y dentro del agua. Por la quilla
fluye un río de plata, que se lanza
hacia la luz. Lentamente
desaparece en el horizonte la adorada
tierra, y se desvanece como estrella el último
faro. -¿Fue un sueño? -El alma perdida
contempla el inmenso círculo del mar
y se consterna frente a lo infinito,
lo que deja en el pasado, y cuanto
se logra en el futuro. Pero una voz
querida allí le habla: -¿Miras la pura
luna que parece seguir esta barca?
¿Miras la luminosa estela, plateado
camino que refleja a la luna?
No te angusties, pequeña salvaje,
no llores si allí ves la azulina
ilusión de tu tierra natal:
el mundo es siempre bello, y será nuestro
en tanto que la dulce y querida luna
como miel ilumine nuestro amor:
y brillará por siempre, frente a nuestros
pasos extendiendo un sendero de luz.

LA LUNA DI MIELE

I FIDANZATI

Passano i fidanzati pei sentieri
aperti della placida pianura.
Treman nell'aria trasparente e pura
l'ultime foglie dei contorti peri.

Rosseggiando sui muri, in lontananza,
i pampini strappati ai nati tralci,
sull'acqua verde si sfogliano i salci;
è nell'aria d'autunno la fraganza.

È nell'aria d'autunno la profonda
tristezza delle cose morienti,
la dolcezza delle erbe rinascenti,
del cielo puro, della terra monda.

Frusciano lievi i pallidi canneti
coi lunghi fiori dalla brezza mossi;
chiudon gli sfondi solitari e rossi
gli archi già neri dei densi roveti.

E i fidanzati passano, per mano
tenendosi; la bocca fresca e pura
egli ha ed è bello; di lei nella scura
pupilla splende un incanto sovrano.

Al lor passare tacciono le cose,
si fanno sorridenti anche se tetre;
curvansi i rami, splendono le pietre,
come assorto in visioni radiose.

Vedi, egli dice, come la serena
pianura che d'intorno a noi si stende,
è la limpida vita che ci attende,
soave e pura e di dolcezza piena.

O mia adorata! Come qui passiamo,
lieti e fidenti, in questa sera mite,
andremo per la vita a mani unite;
sorridi dunque, e ripetimi *t'amo*.

-T'amo -dice ella e sorride. Ei si china
e le bacia la fronte radiosa.
C'è alcuna cosa al mondo, alcuna cosa,
come quest'ora d'amore divina?

LA PARTENZA DOPO LE NOZZE

È l'alba. Umida e triste alba invernale:
il vento ha come un freddo odor di neve.
Noi saliamo sul nero treno. Lieve
un sorriso è nel cereo volto ancor.

Non piangete, o sorelle, o madre, o tutti
voi che restate giù, nell'alba, al vento.
Perché pianger? Non è questo un momento
di letizia, e non rido io forse ancor?

Addio; scrivete presto. È freddo. Squilla
la campanella. -E tu solleva il volto,
non far la sciocca, suavia, fra non molto
ci rivedremo: a morir non si va!

Addio. Non vi scordate. Addio, Addio!
Ansa e palpita il treno. Ancora squilla
la campanella. Un fioco lume brilla
entro il vagone. E il mostro ansante va.

Tutto scompare, tutto sfugge. Tutto
io per te lascio, e piango sul tuo cuore:
vana è ogni forza; qualche cosa muore,
qualche cosa si spezza entro di me.

Tu pure piangi? Perché piangi? Assieme
come due bimbi lanciati in un vuoto
mondo, smarriti in un pauroso ignoto
piangiamo, e tu sei più triste di me.

Tutto scomparso! Addio, forte, selvaggia
patria, montagne, verdi valli, addio,
addio pianure, io lascio il sangue mio
nelle solinghe vostre immensità.

Non più saluterò la primavera
con le rose del piccolo orto mio?

E la casa? E i miei cari? Addio, addio,
o del passato pura immensità.

E tu piangi? Perché? Tu che non lasci
nulla, e ti porti l'amata sul cuore?
Senti tu forse il mio grande dolore,
tu che sei buono e sei tutto per me?

Taci. La patria, la casa, i parenti,
tutto, passato, presente, avvenire,
ora sei tutto tu. Dolce è morire;
poi risorgere e vivere per te.

L'AURORA

Come è dolce svegliarsi la mattina
presso di te! Se già tanta dolcezza
è pensare, svegliandosi, ad un caro
lontano, quale immensa gioia è questa
di ritornar dal regno dell'oblio
e riveder la luce entro due belli
occhi adorati, e fra le mani tutto
stringere, con l'amata testa, tutto
il sogno della nostra vita. Splende
dietro i vetri l'aurora in cerchi d'oro,
cingendo come d'incantate anelli
del nostro grande e puro amore il nido.

LE RICORDANZE

Solo un mattino, il primo, allo svegliarmi,
(ricordo era ancor buio) una tristezza
infantile mi presse: rintoccava
nell'ora antelucana una sottile
saltellante armonía di campanella,
or vicina or lontana. Era una prima
messa? Non so; mi parve la lontana
squilla dell'umil chiesa ove fanciulla
ascoltavo la messa; e un'infinita
catena di ricordi, ecco, si svolse
entro di me a quel suono. Sentii tutta
l'immensa lontananza del passato
e della patria, e piansi. Tu sentisti
cader sopra il tuo viso coi miei baci
le mie ultime lagrime, e adorasti,
intendendolo tutto, il mio dolore.

ANCORA LE RICORDANZE

Ora non piú, non piú! Sorgete ancora
care memorie: o chiesa ove pregai
si compiesse il bel sogno ch'or si compie;
casa paterna, piccol orto dove,
fra i gigli che sfioravan la mia fronte
versandovi profumi e sogni, sotto
le stelle, nelle tiepide e fragranti
notti di giugno, ti sognavo, o bello
e cortese mio sposo; o austera stanza
volta a oriente, verso i solitarii
monti, che sai le ardenti ma quiete
mie visioni di gloria e il mio lavoro;

e voi montagne che l'aprile indora
di ginestre, e voi tutte, umili e grandi
cose lontane, che formaste tutta
La fanciullezza mia sognante e pura;
o davanzale di granito, o tacita
strada, o passeggio ove sì dolce cosa
e facile è il passar come regina;
o miei gattini, o mio gattino bello
dai grandi occhi di perla, che venivi
a riposar la testa sul mio braccio
mentr'io leggevo grandi libri, e come
compassionando mi guardavi; o tutte
umili e grandi cose, o voci, o canti
patrii sonori e tristi, o affetti, o mie
sorelle, o mie sorelle, o madre mia!
Tutto ricordo, e le memorie come
reliquie sul mio punge, ma furtivo
un passo sento nell'attigua stanza,
e fingo non udire: tu ti affacci
all'uscio e spii: resistere io non so,
ti vengo incontro rido anch'io, s'uniscono
liete le labbra. Ed il passato è morto.

IL PRESENTE

Morto è il passato, ed il presente è come
un mattino di maggio, azzurro e puro;
e noi viviam come fanciulli inconsci
dell'avvenir, che sostano a scherzare
in un lembo di via fiorita. O, forse,
dietro la verde siepe è un campo sparso

di roccie e spine; dietro l'arco puro
dell'orizzonte forse qualche nube
veleggia. A tutti, lo sappiamo, la vita
serba, sfinge perversa, i suoi veleni;
e noi pure, noi pure certamente,
essa non scorderà. Che vale? È dolce,
bello qual fior questo presente, e noi,
noi ne sugliamo tutta la dolcezza;
e tutta la bellezza ne godiamo.

Tu spesso per la via canti, e il mio nome
metti fra i versi di Rodolfo, e innanzi
al mar ripeti di Mimi la grande
frase d'amore. Io dico: ma non vedi
che la gente ci guarda? Taci. Ier sera
tornando dal passeggio, mi dicesti
canzonando: -Ma tu che nutri tanta
paura della gente non saprai
il bel gusto di un bacio sulla strada
dato. -Era buio un po'. Rapidamente
ti diedi un bacio. -Ah, bricconcella, questa
non mi aspettavo, tu dicesti, è dunque
la tua morale questa? Tu che temi
di dar cattivo esempio, per la strada
gli uomini baci? Per castigo devi
confessarlo nel tuo *Piccol Poema*.

LA PINETA

È cominciata già la Primavera
in questa terra, e noi spesso vaghiamo

pei campi. Una pineta ci seduce.
O adorabile luogo, il tuo padrone
mai t'ebbe come noi vi abbiamo, e come
ti penseremo mai ti penserà.

Fioriscon l'iris di velluto sotto
gli svelti pini, e il giunchi ed i narcisi
profuman l'aria; stendosi i viali
verdi deserti, e in lontananza i rami
ricamano gli sfondi rosei. In alto
s'aprono prati di asfodelo in fiore,
e bianche roccie guardan sugli stagni
di madreperla, solcati dal lento
volo dei fenicotteri e sul mare
d'argento fosco.

Noi sostiamo in faccia
al tramonto, tra i fiori, e dentro gli occhi
e dentro il cuore ci rifulge il sole.
Ma al ritorno è già sera. In alto il cielo
ha un tenero pallore di viola;
venere brilla come luna in fondo
al deserto viale e il nostro passo
lento risuona: da lontano arriba
la fragranza dei mandorli fioriti
e un gracchiare di rane. Il luogo e l'ora
e il nostro amore e tutto pare un sogno.

VERSO L'IGNOTO

Ed ora ti lasciamo, o rosea, o bella
città del mare. Addio. Diretti verso
ignoti lidi noi salpiamo sopra

un'ampia nave nera. Il golfo ride
come un lago alla luna, e i fari brillano
sul cielo e dentro l'acque. Dalla chiglia
sgorga un fiume d'argento, che si slancia
innanzi luminoso. Lentamente
svanisce all'orizzonte l'adorata
terra, e tramonta come stella l'ultimo
faro. -Fu sogno? -L'anima smarrita
guarda l'immenso circolo del mare
e si sgomenta innanzi all'infinito,
a ciò che lascia nel passato, a quanto
va incontro nel futuro. Ma una voce
cara ecco parla: -Vedi tu la pura
luna che seguir pare questa nave?
Vedi la luminosa scia che pare
argentea strada che alla luna adduca?
Non sgomentarti, o piccola selvaggia,
non pianger se laggiù tu vedi il cerulo
miraggio della tua terra natia:
il mondo è ovunque bello, e sarà nostro
finchè la dolce e come miele cara
luna dell'amor nostro brillerà:
e brillerà per sempre, innanzi ai nostri
passi stendendo una lucente via

NOTAS

¹ Profesora de Letras y magíster en Literaturas Comparadas, graduación en la que ha sido distinguida recientemente por la Universidad Nacional de La Plata. Es especialista en Didáctica de la Lengua y la Literatura Italiana por la Università per Stranieri di Siena. Actualmente se desempeña como profesora en la cátedra de Literatura Italiana (FAHCE-UNLP) y como investigadora responsable del área de Literatura Italiana en el Centro de Literaturas y Literaturas Comparadas (IDHICS-Conicet). Ha dictado numerosos seminarios de grado y cursos de extensión en el ámbito académico público y privado. Asimismo, ha publicado diversos artículos de su especialidad. Esta edición forma parte del material inherente a su tesis doctoral.

² “Elías posee un carácter débil, un hombre que no sabe encontrar en su interior la fuerza necesaria para afrontar la vida, donde la presencia del mal y del dolor pueden instalarse gracias a las carencias de su personalidad; pero al mismo tiempo, posee una cualidad que lo rescata, y es su paciente aceptación del dolor, la ofrenda de sí mismo frente al sufrimiento” (Miccinesi 45).

³ “Paulu es un vicioso absolutamente incapaz de cuidar el dinero cuando se encuentra entre amigos, realiza promesas que nunca puede cumplir y carece del mínimo sentido de responsabilidad” (Miccinesi 49).

⁴ “Giacinto, el hijo de Lía, comienza a comportarse de forma irregular; contrae deudas con la vieja usurera del pueblo y firma documentos a nombre de sus desprevenidas tías” (Miccinesi 66).

⁵ *Elías Portolu* había sido publicada en *Nueva Antología* en entregas regulares de agosto a septiembre de 1900. La primera edición como libro

completo se concretó en 1903, por la editorial Roux e Viarengo, en Turín.

⁶ Se entiende por “historia del tercer nivel” a la disciplina que se aleja del campo duro de la historia (política, social, económica) para indagar en fuentes de otro tipo, especialmente literarias (ver Flier y Minellono 155-174).

⁷ “Nace y crece en un rincón del prado, / del tristísimo prado pleno de hielo, / una florcilla gentil y delicada / con los colores dulcísimos del cielo: / hermano del morado, perfumado, / sonriente sobre el lánguido tallo, / pobre flor jacinto te llaman / sobre toda otra flor, jacinto yo te amo!”

⁸ “¿Quién pues la boscosa / paz inunda con esta / música primitiva? / ¿Quizá no dejó Pan / por los bajos pastos / las claras fuentes? / Y aquí, subido frente a / los inhóspitos horizontes / atento y vigilante, / feliz suena, vivo, / fresco cual pura intuición / boscoso motivo. / ¿Entrelaza un afligido / verso árabe, triste, / como un dolor escondido? / Dulce, entre las encinas / hermosas, el cielo tiene un sueño / profundo. ¡Oh! Sobre los helechos / fresquísimos y perfumados / posar la cabeza, y los azulados / sueños, las miradas intensas. / Escuchar desde lejos / La ignota melodía! / El silencio del monte / parece más profundo: calla / incluso nuestro corazón / en idílica paz.”

⁹ Obsérvese la distinción que construye la narradora entre sus experiencias del pasado y el presente de su escritura.

¹⁰ Estas reflexiones que introduce la narradora acerca de la forma en que percibe la realidad circundante son recurrentes en las novelas deleddianas, principalmente en las de tono autobiográfico, tal como puede observarse en *Cósima* (1937) cuando relata los sueños donde dialoga con la abuela o en su encuentro casual con una mariquita, experiencias que son transformadas por el yo narrativo como augurios proféticos o interpretaciones sobrenaturales de la realidad personal.

¹¹ El yo narrativo da inicio, paulatinamente, a un viaje de reconocimiento de sí mismo y de su entorno por medio del aprendizaje interior que se manifiesta en cada acontecimiento de la trama argumental. Philippe Lejeune se hace presente en el pacto autobiográfico que la narradora construye con el lector, por medio del cual acepta, en el mundo ficcional de la novela, la verosimilitud de los hechos narrados. La evolución en el conocimiento interior que vivencia la protagonista puede asociarse fácilmente a *La luna de miel*, donde también vuelca el desasosiego que se instala en el yo poético y narrativo ante el cambio existencial que surge por el casamiento.

¹² Nueva confrontación del yo autobiográfico aún inexperto con el yo escritural del presente, un narrador maduro, que se ubica con distancia frente a las experiencias juveniles.

¹³ El tópicus del viento atraviesa la trama narrativa de *El pueblo del viento*. Elena Gagliardi ha analizado la función simbólica que cumple el paisaje en la narrativa deleddiana, especialmente en sus últimas novelas: “Leyendo con atención, se descubre que el paisaje tiene siempre un valor simbólico, en otros términos, bajo la descripción de un elemento natural a menudo se puede descubrir un significado complementario, escondido.

”En las obras narrativas sucesivas a los años 20 [...] este componente simbólico se acentúa con mayor intensidad, tanto que en las últimas obras viene a crearse una suerte de resonancia entre la naturaleza y las emociones, entre «espacio natural y tiempo interior»; el paisaje parece constituir una especie de contrapunto entre los sentimientos de los personajes” (41).

En la misma línea interpretativa, existe en el mundo ficcional de la historia pseudoautobiográfica de la narradora protagonista una relación directa del viento con la turbación existencial de Nina. En este caso, el viento sopla con “dispettosa violencia”, con una violencia resentida y malvada. Nina sufre una desilusión profunda frente a la realidad tan diversa de sus sueños de novia, desengaño que se traduce en la acción del viento y la proyección de su mundo emocional.

¹⁴ La lectura deleddiana de la realidad transita permanentemente por el camino de lo mágico y lo sobrenatural. Desde el inicio de la novela, la narradora ha relacionado las circunstancias concretas de su existencia con presencias cotidianas de mundos mágicos, como la alusión a los duendes, a los árboles y al viento, seres que asumen roles misteriosos en contacto con el yo protagónico. Esta característica se presenta reiteradamente en la obra de la escritora sarda por medio de personajes correspondientes a la tradición popular y al resguardo de la naturaleza originaria, tema sumamente moderno ya propuesto por otros escritores que comparten con Deledda el amor a la naturaleza y a las tradiciones populares, tales como J.R.R. Tolkien y Konrad Lorenz, entre otros.

¹⁵ Este fragmento descriptivo podría ejemplificar la multiplicidad de modalidades estilísticas que contiene la obra de Grazia Deledda. Por momentos reaparecen, reformulados, algunos códigos estilísticos de

descripción posromántica por medio de la subjetividad del sentimiento del sujeto con el paisaje, en una suerte de diálogo pánico entre ambos. Sin embargo, no se detiene allí, dado que se perfilan asimismo algunos aspectos impresionistas que sirven como disparadores para una lectura simbólica de la realidad ficcional. En la obra de Grazia Deledda coexisten diversos perfiles estilísticos aunque siempre se instalan desde una perspectiva moderna. Este abordaje de la obra deleddiana en clave vanguardista ha sido realizado por la crítica; especialmente se recomienda revisar el estudio de Dubravka Dubravec Labas, *Grazia Deledda e la "piccola avanguardia romana"* (2011). Los juegos estilísticos evidenciados encierran la clave transformadora de su novela. Ha logrado apropiarse de perspectivas caídas en el olvido y resemantizarlas a partir de una visión de vanguardia.

¹⁶ Otro de los aspectos característicos deleddianos es la reformulación de lo antiguo con lo moderno. En este caso nos referimos a las construcciones analógicas de los personajes con diversos animales. El romanticismo francés ya utilizaba este recurso, tal el caso de Alejandro Dumas y Honoré de Balzac. Este último ha sido uno de los escritores más admirados por Deledda hasta el punto de elaborar una traducción del francés al italiano de *Eugenia Grandet* editada por Mondadori, curiosamente publicado en 1931, el mismo año de la primera edición de *El pueblo del viento*. Pero las líneas estilísticas retomadas por Deledda no concluyen allí, dado que Giovanni Verga, desde la narrativa verista, ha volcado en la caracterización de sus personajes las analogías con diversos animales salvajes en el marco del determinismo geográfico de fines del siglo XIX.

¹⁷ El violín representa la afinidad misteriosa proyectada no solo por la música sino también por los sentimientos expresados en los estados anímicos de los personajes. La música funciona en el relato como disparadora del recuerdo por el cual el lector descubre un amor no alcanzado aunque intuido. El yo narrativo presenta de esta manera a Gabriel, el joven que encarna ese amor que nunca se concretó.

¹⁸ La descripción de la casa paterna coincide en muchos aspectos con los espacios descritos en *Cósima*.

¹⁹ Nótese el perfil descriptivo utilizado por la escritora, donde se fusionan multiplicidad de estilos. Sin abandonar el realismo, existen en sus imágenes algunos toques impresionistas de colores y de juegos de luces y sombras según

las horas del día, toques muy cercanos a imágenes de esa escuela pictórica.

²⁰ El arquetipo de campesino rural, simple y llano, dotado de una nobleza natural e instintiva, reaparece una y otra vez en las novelas deleddianas. El mundo rural de *Cañas al viento* aparece representado en el personaje de Efix, al igual que el personaje de Elías, criado y campesino en *Cósima*. Todas estas figuras rurales atesoran los valores primigenios de la tierra no corrompida por la civilización. Asimismo, manifiestan el poder escondido de la heroicidad callada y silenciosa de la gente de campo quien, en su sencillez, posee el poder de cambiar la realidad de su entorno. En este caso particular se asemeja a las otras novelas citadas y deja entrever el carácter autobiográfico donde se inserta el recuerdo de la protagonista.

²¹ La confrontación entre el pasado y el presente que el yo protagónico construye a lo largo de la novela nos recuerda el recurso de la prosopopeya como desfiguración que ha elaborado Paul de Man acerca del texto autobiográfico. Esta técnica atraviesa la trama argumental de la novela por medio de la linealidad de un yo protagónico que analiza los hechos del pasado y los confronta con sus experiencias juveniles.

²² Existen en este fragmento dos aspectos para destacar. Por un lado, el carácter de autodidactismo que la propia escritora sarda experimentó en su juventud por medio de lecturas personales no sistemáticas, dado que su educación escolar culminó en el cuarto año elemental. La segunda cuestión corresponde al placer de la lectura. La descripción autobiográfica que Deledda deja traslucir en el *racconto* de Nina recuerda la privacidad que comporta el acto de leer, característica que Roland Barthes describe en *El susurro del lenguaje* (1984): “Así pues la lectura deseante aparece marcada por dos rasgos que la fundamentan. Al encerrarse para leer, al hacer de la lectura un estado absolutamente apartado, clandestino, en el que resulta abolido el mundo entero, el lector -el leyente- se identifica con otros dos seres humanos -muy próximos entre sí, a decir verdad- cuyo estado requiere igualmente una violenta separación: el enamorado y el místico; de Teresa de Ávila se sabe que hacía de la lectura un sustituto de la oración mental; y el enamorado, como sabemos, lleva la marca de un apartamiento de la realidad, se desinteresa del mundo exterior. Todo esto acaba de confirmar que el sujeto-lector es un sujeto enteramente exiliado bajo el registro del Imaginario; toda su economía del placer consiste en cuidar su relación dual con el libro (es decir,

con la Imagen), encerrándose solo con él, pegado a él, con la nariz metida dentro del libro, me atrevería a decir, como el niño se pega a la madre y el Enamorado se queda suspendido en el rostro del amado” (53).

²³ Podrían existir ciertas reminiscencias leopardianas en este fragmento, sobre todo si lo comparamos con la descripción que el poeta realiza en “A Silvia”, donde recuerda el estudio y, para descansar del trabajo, eleva la vista de los arduos papeles y contempla el paisaje a través de la ventana de su habitación. Ambos escritores comparten una perspectiva idílica de la naturaleza rural, unida a la labor de estudio literario, a pesar de las diferencias estilísticas que puedan surgir del cotejo.

²⁴ Se refiere a la situación histórica generada por el gobierno de Francia, a finales del siglo XVIII. El Directorio francés despojó a Carlos Manuel, rey de Cerdeña, de sus territorios continentales y quedó a disposición de Napoleón Bonaparte como su súbdito. El Convenio de Cherasco, firmado el 15 de mayo de 1796, lo atestigua.

²⁵ Las mascaradas de carnaval forman parte de la mayoría de las tradiciones populares europeas. Algunas de ellas poseen personajes fijos diferenciados por los trajes típicos asignados a cada figura. De ahí que surja el comentario de la buena actuación que Gabriel realiza, cualquiera sea el personaje asignado. Esta alusión a las costumbres populares regionales de carnaval recuerda la tendencia deleddiana a describir los cuadros pintorescos de la región sarda, con sus peregrinaciones, sus bailes y sus trajes típicos. A diferencia de sus primeras obras, donde esta característica era dominante y atravesaba toda la trama narrativa, en *El pueblo del viento* reaparece dentro del recuerdo de la protagonista como parte de su pasado juvenil, dado que Nina ha abandonado su isla para mudarse al continente. Por otra parte, debemos destacarlo como aspecto autobiográfico de Grazia Deledda.

²⁶ Se retoma en este fragmento la idea deleddiana del hombre campesino en contacto con la naturaleza, relación que se sustenta sobre la base de una representación pánica. Asimismo, coexiste esta perspectiva junto al respeto sobrenatural por la ecología y la visión mágica del entorno, donde los elementos de la naturaleza adquieren atributos maravillosos. El hombre debe respetarlos y convivir junto a ellos en armonía y solidaridad. Una actitud similar es asumida por Efix y Elías, personajes deleddianos ya citados y que corresponden a otras novelas de la escritora.

²⁷ Reaparece en este fragmento el tópico de las premoniciones que conforman una representación recurrente del pensamiento deleddiano. Este globo de fuego que se incendia en el aire anticiparía la experiencia negativa del amor que no podrá ser entre Nina y Gabriel. Las figuras románticas vaticinadoras de destinos lúgubres y desdichados se reactualizan aquí en trozos de papel quemado que *semejan pájaros* negros, transformando el globo destruido en aves de mal agüero. De esta manera, las representaciones románticas han sido retomadas por Deledda para elevarlas a un segundo nivel de mayor evocación y simbolismo, donde se construye la premonición en el ámbito de su propia interioridad subjetiva: solo Nina ve los restos del globo como pájaros negros.

²⁸ Nuevas referencias al escenario romántico reactualizado en clave simbólica: el color azul como la búsqueda de la perfección y del ideal absoluto, la ruptura de los límites entre la realidad y el sueño (Albert Béguin), así como la referencia al poeta romántico François-René de Chateaubriand, uno de los escritores más leídos en la juventud de Deledda, aspecto que destaca también un nuevo aporte a la mirada autobiográfica en relación a Nina-Grazia.

²⁹ Aunque de manera muy desdibujada, el tema de la mirada en la tradición literaria stilnovista (es decir, lírica de raíz dantesca, en oposición a la trovadoresca) y romántica resurge en el primer encuentro entre Nina y Gabriel. Sus ojos se encuentran y ambos presienten un futuro prometedor. Como los otros tópicos stilnovistas y románticos que hemos citado, en este caso el tema de la mirada no ha sido asociada literalmente a los grandes encuentros amorosos (Dante-Beatriz, Petrarca-Laura, Werther-Carlota, etc.), pero está construida la asociación de manera indirecta para que el lector la cierre y le dé forma.

³⁰ Los comentarios de la protagonista se enmarcan en la visión intuitiva de la voz autobiográfica de Nina-Grazia, en la perspectiva deleddiana que percibe la realidad más simple y cotidiana de su entorno como vaticinios del porvenir.

³¹ Una similar expresión es utilizada por Deledda para referirse al acto de escritura.

³² Luego también lo llaman cuervo, pero a partir de una mirada despectiva.

³³ Aunque el término *pranzo* habitualmente designa la comida

correspondiente al almuerzo, en algunos casos de uso culto o elevado alude también a la comida de la noche en lugar del término *cena*. En tales casos, desayuno y almuerzo pasan a ser identificados como primera y segunda colación, respectivamente.

³⁴ Se evidencia en estos comentarios del yo experiencial el juego narrativo construido por la prosopopeya como recurso específico del relato autobiográfico. Paul de Man ha analizado el desdoblamiento del yo del presente confrontado al yo del pasado, donde se destaca la conformación de una máscara construida a partir del recuerdo de los hechos vivenciados. Como ya hemos aludido, en Grazia Deledda son recurrentes estos comentarios que unen sus experiencias juveniles con el yo maduro del presente de la escritora, relatos entretejidos con los sentimientos actuales que suscitan esos recuerdos, ya maduros y decantados, de la narradora.

³⁵ La descripción del personaje oscila permanentemente entre las luces y las sombras, entre lo angelical y lo demoníaco. La reactualización de las tensiones románticas entre las dos fuerzas representadas en la mujer ángel y la mujer demonio han sido proyectadas en este caso a un personaje masculino. El uso de la dicotomía romántica sirve de apoyo a Nina-Grazia para describir sus estados anímicos ambiguos frente a Gabriel, por quien experimenta su primer amor y al mismo tiempo el rechazo intuitivo a una zona oculta, lúgubre y peligrosa que vislumbra pero no llega a conocer. Asimismo, cabe recordar la reiterada referencia a Gabriel como un cuervo; la comparación de los personajes con animales refiere a un procedimiento estilístico heredado de Balzac y al cual ya hemos aludido.

³⁶ A partir de estas reflexiones, Grazia Deledda retoma, desde un estilo moderno simbólico prevanguardista, el tema del destino romántico por medio del cual el fatalismo domina las acciones humanas y juega con los jóvenes enamorados impidiendo muchas veces la realización de su felicidad amorosa. Esta característica enriquece el estilo deleddiano donde se fusionan diversas corrientes tradicionales con elementos propios de la narrativa del siglo XX.

³⁷ Cabe recordar con este comentario introducido por el yo autobiográfico el juego de la prosopopeya por medio del cual se confrontan el pasado y el presente, el yo juvenil y el yo adulto, posicionado desde un lugar distante de los hechos narrados. La narradora adulta decide interrumpir el relato de la conversación entre ella y Gabriel haciendo uso de su autoridad como

escritora.

³⁸ Nuevamente reaparece aquí el concepto romántico del amor imposible.

³⁹ La dicotomía ángel-demonio vuelve a construirse sobre la base de la relación amorosa romántica. El personaje masculino condenado, inmerso en el mundo del mal, puede salvarse por medio del amor puro de una mujer angelical. Debemos recordar la relectura romántica de la mujer dantesca stilnovista que ejerce el poder de transformar, elevar y salvar al ser amado más allá de las imposibilidades terrenales. La imagen de la Beatriz dantesca quien abre las puertas del paraíso al poeta recorre las páginas de numerosas historias románticas, tales como el Don Juan de José Zorrilla, el Efraín de Jorge Isaacs, la María de Esteban Echeverría y el jorobado de Víctor Hugo. Aunque Deledda pertenece a una generación cronológicamente posterior al período de los autores nombrados, reescribe en clave simbólica y moderna el tópico del siglo XIX para referirse a este amor impregnado de fatalismos.

⁴⁰ Otra de las lecturas del romanticismo tardío deleddiano puede observarse en la consustanciación del alma sufriente de la protagonista con el paisaje y la naturaleza. La crítica ha comentado la relación pánica que Deledda ha introducido en su narrativa y en su poesía: el alma humana conforma un todo anímico junto al paisaje natural donde cielos, bosques, ríos e insectos comunican y proyectan los estados anímicos del ser humano.

⁴¹ El recorrido por los estados anímicos de Nina podrían relacionarse con las vicisitudes y los cambios que sufrió Deledda en su amor juvenil por Manca. La lectura de su epistolario deja entrever esa oscilación permanente que sufre la joven escritora por el periodista y que manifiesta humillación, amor y rencor al mismo tiempo. A diferencia de *Cósima*, en esta novela, aunque escrita en primera persona, la figura autoral se resguarda detrás de otro nombre que desvincula la narración respecto de los hechos autobiográficos que podrían servir de materia ficcional. Existe una voluntaria ruptura del pacto autobiográfico donde se exige una concordancia entre los nombres del autor/personaje, aspecto ausente en esta novela. Dado que trata una materia tan delicada respecto de un amor no correspondido en su juventud, además de su feliz y posterior matrimonio con Palmiro Madesani, el lector comprenderá la pantalla construida por la escritora reconociendo las similitudes posibles con sus primeras experiencias amorosas.

⁴² Interesante descripción de los ritos sociales para casar a las hijas por

parte de cada familia. Se observa la preocupación por conseguir buenos matrimonios, aunque el pasaje no está exento de cierto humor por parte de la narradora.

⁴³ La adaptación a los cambios genera una serie de estados anímicos conflictivos y turbulentos que se ponen de manifiesto por medio de símbolos recurrentes en la narrativa deleddiana: el viento y el mar. Desde esta perspectiva moderna, la elección de una ciudad marítima como lugar donde se inicia la nueva etapa de la pareja de recién casados, que la crítica ha identificado como Cervia (lugar amado por la escritora, donde pasaba sus vacaciones con la familia), se adapta fácilmente al clima hostil que experimenta la novia frente a su nueva situación. Asimismo, la resistencia de la joven a su nueva realidad se proyecta en la puerta “reacia” y en la llave semejante a la de una cárcel.

⁴⁴ El “desierto flagelado por el viento” abre una interioridad turbulenta frente a los desarraigos y nuevas situaciones. El viento ha corporizado en la novela la revolución que supuso para la protagonista (o Grazia) el desarraigo y el cambio de vida, donde dudas, recuerdos y decisiones existenciales se fusionan en un todo convulsionado. El viento envuelve cosas y recuerdos transmitiendo al lector un nivel de percepción mayor al literal.

Elena Gagliardi ha analizado el simbolismo del viento: “Puede ser símbolo de las emociones y de la convulsión interior de la protagonista cuando reencuentra en la luna de miel al amor de su pasado. El viento en este caso parece ser símbolo, traducción concreta de sus inquietudes, de la turbación que suscita en ella ese encuentro” (74).

⁴⁵ El sonido del violín despierta en la protagonista el recuerdo de su primera experiencia de amor no correspondido, un recuerdo muy semejante a las impresiones proustianas. No es en este caso el sabor sino la música el disparador del recuerdo que acaba de concluir.

⁴⁶ Podría reconocerse en Deledda ciertas coincidencias de estilo con Honoré de Balzac en cuanto a sus descripciones. Tanto el escritor francés como la autora de la novela utilizan la descripción de los objetos como una proyección simbólica de los personajes que habitan en esos espacios. La detallada referencia a los objetos de la nueva morada guardan sintonía con las nuevas sensaciones de la protagonista, quien está advirtiendo un cambio positivo en su estado de ánimo, anteriormente cerrado y hostil. La asociación

con las descripciones balzacianas no es caprichosa, dado que, como ya ha sido comentado, esta novela ha sido publicada en 1931, y el mismo año fue publicada por Mondadori la traducción al italiano de la novela de Balzac *Eugenia Grandet*, realizada por la escritora.

⁴⁷ ¿Podría haber cierta alusión al pasaje evangélico de las doncellas prudentes que esperaban al novio con las lámparas de aceite preparadas? Si aceptamos esta interpretación un tanto audaz, se incorporaría un nuevo detalle a la extraña sensación interior de Nina, convulsionada y conflictiva respecto a su decisión de casarse. La protagonista tiene la lámpara vacía: no estaba preparada aún para experimentar esa realidad.

⁴⁸ En este caso, la ventana establece un símbolo más profundo con respecto a la habitación del ático que se describe en las primeras páginas de la novela. Los postigos y las persianas abiertos adquieren el sentido de apertura y comunicación que la protagonista experimenta respecto a su nueva vida matrimonial. Sin embargo, se conserva la percepción estético-pictórica ya manifestada en otras ocasiones de la obra. El crítico sardo Clara Incani Carta ha analizado la influencia de la pintura en las descripciones deleddianas, proveniente, según él, de la afinidad estética de la escritora con su hermana Nicolina (artista dedicada a la pintura), con quien discutía, leía y comentaba aspectos pictóricos de diversos artistas (205). La ventana funciona como marco estético de los paisajes que son descriptos a la manera en que se describe una obra de arte. Por lo tanto, más allá de la funcionalidad simbólica expresada en la ventana como apertura de la interioridad hacia la realidad del entorno, persiste en Deledda la expresión estético-pictórica a través de los paisajes contemplados desde una ventana.

⁴⁹ La postura deleddiana respecto de la gente de mar se repite en su narrativa. Como ejemplo, ver en *Cósima* el relato del sueño con la abuela donde refiere a la ocupación del abuelo Andrea, que era pescador.

⁵⁰ Nueva expresión de la visión estético-pictórica de la percepción paisajística deleddiana. Por otra parte, el mar, en algunos pasajes de la trama podría contener algún simbolismo psicoanalítico.

⁵¹ Se observa de manera evidente el contraste entre el mundo claro, lumínico y angelical correspondiente al amor del esposo, expresado en la pacífica descripción del paisaje marino de los enamorados en la playa, y el mundo oscuro y tenebroso de Gabriel como representación de lo

pseudodemoníaco. Un solo párrafo separa las dos descripciones donde la narradora reflexiona acerca de la coexistencia de ambas fuerzas muchas veces entrelazadas en la vida humana. Una especie de claroscuro pictórico se traduce al lenguaje literario por medio de la construcción de estos tres párrafos.

⁵² Estos comentarios del yo protagonista podrían compararse con las confesiones que se desprenden de las cartas que la escritora sarda ha mantenido con Stanislaio Manca y con Angelo de Gubernatis.

El amor por Manca, un amor siempre evidenciado ambiguamente pero nunca correspondido, suscitó una situación sumamente cargada de humillación y de agravios a su dignidad por parte de Manca, quien llega a decirle que se parece a una enana. Ello produce una reacción muy intensa en Deledda quien le replica con palabras duras su actitud y sus comentarios, luego de lo cual se observa un enfriamiento en la relación epistolar. Todas estas vivencias traumáticas de su juventud podrían estar estéticamente transformadas en los sentimientos de Nina, expresados en este fragmento ficcional.

⁵³ Las dudas e interrogantes frente a su nueva condición existencial luego del matrimonio quedan expresadas por medio de esta alusión a la creencia acerca del carácter adivinatorio y sobrenatural que posee el cucú en la tradición popular europea. Además, el comentario alude a las inquietudes que ha generado en Nina la aparición de un amor que no pudo ser y la curiosidad por un futuro misterioso y no vivido junto a Gabriel, un secreto que seguramente encierra el cucú por los atributos premonitorios que posee.

⁵⁴ Obsérvese el campo semántico que se construye en torno al personaje de Gabriel, siempre inserto en oscuridad y penumbra. Una vez más se lo presenta como un ave de rapiña, un cuervo o grajo. Podrían existir ciertos puntos de contacto entre la mirada deleddiana y la tradición romántica del cuervo como mensajero del averno (Poe, Isaacs, entre otros). Es la tercera vez que se encuentran ambos jóvenes.

⁵⁵ El fragmento evidencia con exactitud la relación entre el viento y la convulsión interior de Nina. El viento se transforma en símbolo existencial, en el punto que calibra el estado amoroso-pasional de la protagonista. Cada encuentro entre Nina y Gabriel estará atravesado por el escenario ventoso a orillas del mar.

⁵⁶ La irrupción de Gabriel en la armonía reinante dentro del mundo

afectivo de Nina se proyecta en el caos del entorno natural. De la misma manera que describe el equilibrio paradisiaco del primer paseo por la playa junto a su esposo, en este cuadro Nina construye una representación del caos existencial que sufre en esa tormenta que debe superar y desafiar, como la realizan las aves y las mariposas con las cuales se identifica.

⁵⁷ El viento adquiere una cualidad mágica que anula la voluntad de Nina y la envuelve en una fantasía atávica, una fuerza superior a la condición humana. Podría relacionarse, también en este aspecto, con el fatalismo romántico.

⁵⁸ Existe una confrontación viento-mar, tierra-mar, donde el viento anticipa el diálogo de los personajes, concretado recién en el cuarto encuentro entre ambos. Hay tres apariciones previas antes del verdadero intercambio entre Nina y Gabriel.

⁵⁹ El cristal adquiere en la narrativa deleddiana un significado similar al de los cuentos tradicionales. Simboliza la fragilidad de la felicidad y de la contingencia de la vida humana; ambas exigen de nosotros un tratamiento similar al necesario para preservar el cristal, que hasta un viento fuerte podría destruir. Los recuerdos atesorados también son de cristal, frágiles y delicados.

⁶⁰ El uso frecuente del estilo indirecto libre sirve a la narradora para generar un diálogo ambiguo que involucra dos aspectos de análisis relevantes: por un lado, construcción dialógica de la narradora (Nina/Deledda) en un juego autobiográfico acorde a la prosopopeya aludida por De Man y, por otro lado, la potencial conversación entre el yo narrativo y el lector, más cercano al pacto autobiográfico de Lejeune.

⁶¹ La descripción del viento personificado se enmarca en la representación de la naturaleza pánica y en el perfil deleddiano en relación con el estado anímico personal en su diálogo con el paisaje. El furor del viento acompaña el estado anímico de la protagonista, producido por el reencuentro extraño e inquietante con su primer amor juvenil. Completa asimismo el escenario infernal que enmarca la aparición demoníaca de Gabriel.

⁶² Las alusiones acerca de representaciones de la cultura y de cuadros regionales son permanentes en la narrativa deleddiana. De todos modos, en la última etapa de su escritura no han sido numerosos, dado que la escritora se inclinó a un estilo más cercano al mundo simbólico y vanguardista, con una fuerte carga de elementos psicológicos y autobiográficos. Por ese motivo las costumbres son relegadas a un segundo plano.

⁶³ Recuérdese el tono casi pictórico del estilo deleddiano respecto a los paisajes. Existe en sus descripciones un acercamiento al impresionismo, donde el espesor casi corpóreo se absorbe en medio de la imagen visual. Por otra parte, el fragmento transmite una vez más, y ya reactualizado, el tópico romántico del paisaje como escenario premonitorio de la tragedia.

⁶⁴ La comparación elegida por la narradora contiene ciertas similitudes con el estilo propio de la analogía dantesca presente en casi todos los cantos de la *Commedia*. Tomo como ejemplo el primero de ellos, vv. 22-24 del canto 1 del *Inferno*: “E come quei che con lena affannata / uscito fuor del pelago a la riva / si volge a l’acqua perigliosa e guata...” (“Y como quien con afanoso aliento / si del piélago sale a la ribera / se vuelve al agua peligrosa, y mira...”). La traducción ha sido realizada por Ángel Battistessa (1984).

⁶⁵ Las manifestaciones reflexivas de la autora nos evocan los comentarios existenciales que se desprenden de los versos leopardianos y que anticipan la temática existencial del Novecentos.

⁶⁶ Estas actitudes de Bonifacio son relatadas por Chateaubriand en *Los mártires*. Cabe recordar la importancia que tuvo el escritor romántico francés entre las lecturas de Deledda que conformaron su autodidactismo. Por otra parte, se alude a esa novela en el primer encuentro de la protagonista con Gabriel, cuando la joven tenía ese libro entre sus manos, y también en el primer encuentro de los personajes junto al mar.

⁶⁷ Deledda alude a sí misma con humildad y sencillez en todos sus escritos, incluso destacando los aspectos menos atractivos, tanto físicos como los referentes a su personalidad: baja estatura, morena, rasgos carentes de hermosura, huraña, tímida, entre otras descripciones.

⁶⁸ Ópera del compositor Vincenzo Bellini estrenada en la Scala de Milán en 1831.

⁶⁹ Alusión al francés *satisfait* (satisfecho). En el original se copia literalmente la pronunciación fonética del término.

⁷⁰ La descripción del atardecer colmado de colores fantásticos crea un mundo sobrenatural que reafirma el relato posterior. Lo mágico ha sido anticipado por la naturaleza extraña e introduce la aparición de Gabriel. El mar, posible símbolo psicoanalítico del inconsciente, se convierte en testigo de los hechos y también destaca la presencia de las luces titilantes del faro que lo ilumina. Además, confronta el elevado tono festivo del brindis con los

hechos que se narran posteriormente pero que suceden en simultaneidad con estos.

⁷¹ El pacto autobiográfico narrador-lector encuentra aquí la finalidad de toda la trama testimonial, el propósito que ha impulsado el relato de las experiencias vividas. Esta afirmación corresponde al presente narrativo y se evidencia en el distanciamiento que la figura autoral ha construido voluntariamente luego de la confesión íntima y profunda de los hechos compartidos con el lector.

⁷² Mimi y Rodolfo son los protagonistas de la ópera *La bohème*, de Giacomo Puccini, estrenada en 1896